

Bianca®

Amor y perlas

Trish Morey

Trish Morey

Amor y perlas

Bianca (Clemenger 3) [1727]

Cuando descubrió que había heredado casi la mitad del imperio Bastiani, Ruby Clemenger supo que su vida estaba a punto de complicarse,., sobre todo tras la llegada de Zane Bastiani, el hijo del fallecido dueño del millonario negocio de perlas.

Zane deseaba librarse de Ruby cuanto antes, pues pensaba que era la amante de su padre y, como buena cazafortunas, estaba seguro de que podría comprarla fácilmente. Pero Ruby no se vendía así como así, su precio era muy alto… incluso para un millonario. Al darse cuenta de que no podía pagar lo que ella pedía, Zane decidió convencerla,., a través de la seducción.

Decidió seducirla, pero entonces descubrió que ella era inocente… en todos los sentidos.

Capítulo 1

ZANE Bastiani pisó la pista del Aeropuerto Internacional de Broome y notó cómo le envolvía la pegajosa humedad propia del final de la estación de las lluvias. Miró hacia el cielo, irritado, donde el sol tropical resplandecía implacable.

Se había olvidado del calor. Y también de otras cosas: del azul del cielo, del olor a mar y a salitre que colgaba en el aire impregnándolo todo y de la maravillosa calidad de la luz. Nueve años de lluvioso clima londinense y edificios grises de hormigón lo habían desarmado por completo. Ahora se sentía como un extranjero en su ciudad natal.

Nueve años.

Resultaba difícil creer que había pasado tanto tiempo desde el día que salió de allí sólo con su nombre y la absoluta convicción de ser capaz de triunfar por sí mismo, sin el apoyo de su padre. Y lo había conseguido. Ahora era propietario de una lujosa vivienda adosada en Chelsea, un chalet en Klosters y ocupaba la presidencia de uno de esos bancos mercantiles más agresivos de Londres.

Cada uno de esos nueve años esperó que su padre lo llamara para reconocer su error y pedirle perdón, pero cuando por fin llegó la esperada llamada, no fue de su padre.

—Su estado no es crítico —le había asegurado el médico—, pero Laurence desea verle.

Su padre quería verle.

Había sido necesario un infarto, pero después de toda la amargura y rencor que hubo entre los dos, la petición tenía que significar algo.

Y por eso Zane tomó el primer vuelo desde Londres buscando la conexión más rápida con aquella remota ciudad del norte de

Australia. Su tarjeta de crédito se había ocupado de todos los detalles.

Camino de la terminal se encogió de hombros, tratando de fortalecerse para volver a reunirse con su padre. Siendo niño, siempre vio a su padre como un hombre enorme e inalcanzable, con un fuerte vozarrón y una cascada inagotable de grandes ideas que jamás sucumbía ni a un simple resfriado. Por eso ahora le resultaba imposible imaginarlo enfermo en la cama de un hospital. Seguro que Laurence Bastiani odiaba verse recluido así.

Zane recogió la bolsa de viaje y salió a la parada de taxis, cada vez más consciente de que la carísima camisa de algodón que llevaba ya estaba totalmente empapada en sudor.

¿Cuánto tardaría en volver a aclimatarse a las temperaturas tropicales de Broome, después de pasar tantos años lejos de allí?

Aunque lo cierto era que tampoco importaba, se dijo sentándose en el asiento posterior del taxi. Pensaba estar de regreso en Londres mucho antes de que eso sucediera.

Capítulo 2

EL EQUIPO médico ya se había ido de la habitación, después de retirar los tubos y las agujas y apagar los aparatos. Era extraño. Ruby había llegado a odiar el incesante pitido del monitor que en los últimos días fue el constante recuerdo de la condición cada vez más frágil de Laurence. Pero ahora daría cualquier cosa por volver a escucharlo, lo que fuera si eso significaba que Laurence seguía con ella.

Pero había muerto.

Los ojos de Ruby estaban hinchados e irritados, pero en ellos no había lágrimas; todavía no, porque aún era demasiado duro de aceptar. Y muy injusto. Los cincuenta y cinco años es una edad demasiado joven para morir, sobre todo para alguien con la visión y la energía de Laurence Bastiani, el presidente de la empresa de perlas cultivadas de los Mares del Sur más importante del mundo.

Incluso ahora parecía dormido, su mano cálida todavía entre las de ella. Pero el pecho ya no se movía, ni las pestañas aleteaban suavemente como si estuviera soñando, ni le apretaba ligeramente los dedos en respuesta al contacto.

Ruby dejó caer la cabeza en el pecho con desesperación. Ahora sólo podía pensar en las últimas palabras que le había susurrado con urgencia y dificultad mientras agonizaba tras el ataque que por fin estaba terminando con su vida.

—Cuídalo —había logrado susurrar Laurence entre convulsiones y casi sin aliento—. Cuida de Zane, y dile… que lo siento…

Entonces el pitido del monitor cambió a un tono agudo y continuado y ella se sintió presa de pánico. Una décima de segundo después las puertas de la habi—. tación se abrieron de par en par, varias personas entraron con pasos apresurados y rodearon la cama

mientras unas manos comprensivas pero firmes la sacaron al pasillo.

Cuando le permitieron volver a entrar ya había terminado todo, y Ruby no tuvo la oportunidad de preguntarle a qué se refería y por qué tenía que pedir perdón a un hijo que no se había molestado en ponerse en contacto con su padre durante casi una década.

Sin embargo ahora Zane era lo que menos le preocupaba. Ella acababa de perder a su mentor, al hombre que se había convertido en su segundo padre y en su inspiración, y sobre todo en su mejor amigo.

—Oh, Laurence —susurró con la voz entrecortada por el dolor de la pérdida—. Te voy a echar mucho de menos.

Las puertas a su espalda se abrieron. Ruby contuvo un sollozo y respiró profundamente. Serían las enfermeras para pedirle que se fuera, pensó, y levantó la cabeza unos centímetros.

—Casi estoy lista —dijo, apenas volviendo ligeramente la cabeza hacia la puerta—. Sólo un momento más, por favor, si no les importa.

—Preferiría ver a mi padre a solas.

Ruby volvió la cabeza hacia donde estaba el desconocido de voz helada que acababa de hablar. Y sí, durante un breve segundo creyó reconocer en él al hombre que acababa de dejarla para siempre, hasta que la realidad echó un repentino jarro de agua fría al júbilo momentáneo.

Sí, los ojos que la miraban podían haber sido de Laurence. Tenían la misma intensidad de color castaño oscuro, la misma forma alerta y las mismas pestañas morenas. Pero mientras que en los ojos del padre hubo una mezcla de afecto y respeto, los ojos que ahora se clavaban en ella eran fríos y autoritarios.

Zape, pensó ella a la vez que saltaban todas sus alarmas.

¿Y qué que fuera el hijo de Laurence?, se dijo. Eso no lo convertía en su amigo.

La animadversión que el recién llegado expresaba con su lenguaje corporal, con la postura cargada de antagonismo, desde la mandíbula sin afeitar, el pelo muy corto, los vaqueros negros y las botas de piel plantadas en las baldosas del suelo como si el hospital fuera suyo, lo dejaba muy claro. Ni siquiera la camisa blanca y arrugada lograba suavizar la expresión, que en realidad marcaba todavía más el tono bronceado de su piel y las facciones oscuras.

Los ojos del hombre la recorrieron de arriba a abajo y se detuvieron en sus manos, que seguían sujetando la . mano inerte de Laurence, con una mirada que era claramente un reproche. Sin embargo, Ruby no se dejó intimidar. Tenía derecho a estar allí aunque a él no le gustara. Y era evidente que no le gustaba. Pero no le importaba.

Sin embargo, a pesar de todos sus defectos, Ruby reconoció que él también debía de estar sufriendo. Aunque llevaba años sin hablar con su padre, su muerte debió haberlo pillado tan por sorpresa como a ella. Sólo un día antes los médicos esperaban su total recuperación, así que cuando Zane salió de Londres, la muerte de su padre todavía era una posibilidad remota.

Tenía que ser de piedra para no verse afectado al encontrarlo muerto. Nadie podía ser tan duro. Ni tan insensible.

—Tú debes de ser Zane —dijo ella—. Soy Ruby Clemenger. Trabajaba con tu padre.

—Sé quién eres —le espetó él.

Ruby parpadeó y respiró despacio en un intento de tranquilizarse. Quizá se había equivocado y el hijo de Laurence era así de duro e insensible.

—Siento lo de tu padre —insistió ella de nuevo, aunque sólo fuera por Laurence y por cumplir su último deseo—. Tenía muchas ganas de verte, pero llegas tarde.

—¿Tarde? —repitió él—. Oh, sí, desde aquí es lo que parece.

Ruby se estremeció. ¿Por qué tenía la sensación de que estaba hablando de algo más que de la muerte de su padre?

Zane hizo un esfuerzo para controlar su creciente irritación. Tenía que habérselo esperado. Ella tenía que estar allí. En los últimos años no había visto ni una sola fotografía de su padre en la prensa en la que no apareciera ella colgada de su brazo. Ruby Clemenger, su acompañante y mano derecha. A su padre siempre le habían atraído las piernas de una mujer, y a juzgar por el par de piernas largas y torneadas que se adivinaban cruzadas bajo la silla, en ese respecto no había cambiado.

Pero ahora sólo quería que aquel par de piernas largas salieran de allí y lo dejaran a solas con su padre. No llevaba veinticuatro horas viajando desde el otro extremo del planeta para compartirlo con nadie, y mucho menos con aquella mujer.

Por fin ella pareció entender la indirecta. El destello en los ojos azules se apagó mientras ella se levantaba de la silla con movimientos lentos, como si llevara mucho tiempo sentada y estuviera entumecida. Sin embargo, la joven no se apartó de la cama.

Incluso a pesar del cansancio por las horas de vuelo y el cambio horario, Zane no pudo evitar comprobar que no se había equivocado con aquellas piernas que llevaba cubiertas casi hasta la rodilla por una falda suelta y vaporosa. Pero ahora que estaba de pie, era evidente que las piernas no eran su único atractivo físico. Zane recorrió la atractiva mezcla de curvas femeninas y piel sedosa, de ojos azules y labios carnosos que parecían estar hechos para ser besados, tal y como a él le gustaban.

Tal y como a su padre le gustaban, se recordó.

Con amargura, se dijo que la mujer tendría al menos treinta años menos que Laurence Bastiani, y que con una cara y un cuerpo como aquéllos no era de extrañar que su padre hubiera sufrido un infarto.

Mientras la observaba, la joven levantó la mano que sostenía y se la llevó a los labios antes de dejarla suavemente sobre la cama junto a Laurence. Después se inclinó sobre él, le pasó el dedo por la ceja con un gesto lento y cargado de afecto, y depositó un último beso en la mejilla.

—Adiós, Laurence —la oyó suspirar—. Siempre te querré.

Para Zane, aquellas palabras fueron como un puñetazo en pleno rostro. Sin duda la magistral interpretación estaba dedicada a él. Él sabía perfectamente dedo que mucha gente era capaz cuando se trataba de dinero.

Ruby Clemenger no era más que una empleada de la Corporación Perlífera Bastiani, aunque era evidente que sus deberes iban mucho más allá del mero diseño de joyas. También tendría que saber que la empresa estaba valorada en cientos de millones de dólares, y probablemente con la farsa esperaba dejar muy claro que lo que tenía con su padre era mucho más que una simple relación profesional. ¿Pensaría también pedir una parte de la empresa ahora que Laurence había muerto?

Pues podía pensárselo dos veces, porque él no se lo permitiría.

—Conmovedor —dijo él, al límite de su paciencia—. ¿Has

terminado ya?

Ruby se tensó y, tras un momento, volvió a acariciar la mejilla de Laurence una última vez. Después se volvió y, sin apenas mirar al recién llegado, lo rodeó y salió de la habitación.

Su fragancia quedó flotando en el aire, fresca y suave en el frío y aséptico ambiente del hospital.

Seductora.

¡irritante!

Zane gruñó en voz alta y se acercó al lecho de su padre. Estaba cansado y furioso. Su carrera desde el otro extremo del mundo había sido en vano. Para un hombre que se enorgullecía de llegar siempre a tiempo, esta vez había fallado para lo más importante.

Pero peor que eso fue darse cuenta, a pesar de todo lo ocurrido, de lo mucho que le afectaba la suave fragancia de la última persona en la que debería estar pensando: la amante de su padre.

—¿Quieres que te lleve a casa?

Ruby llevaba veinte minutos esperando en la puerta de la habitación de Laurence a que Zane saliera. Pero cuando éste lo hizo por fin, la ignoró por completo y se dirigió hacia el control de enfermería para hablar con los médicos.

A Ruby le importaba bien poco dónde se alojara, pero la petición de Laurence en su lecho de muerte continuaba repitiéndose en su mente como una letanía que no alcanzaba a comprender.

—Cuida de Zane —le había implorado el padre de aquel desagradecido.

Uno a uno los médicos se fueron retirando, y al final una enfermera sacó una bolsa de viaje de detrás del mostrador y se lo entregó a Zane. Así que había ido al hospital directamente desde el aeropuerto. En ese caso era probable que necesitara un coche. Ruby se levantó de la silla e intentó olvidar lo mucho que lo detestaba.

—He pensado que quizá quieras que te lleve a casa —repitió ella la oferta.

El se volvió hacia ella con expresión dura. Aunque el parecido con su padre era más que evidente, era más alto que Laurence y su expresión mucho más amenazadora.

—Te he oído.

—¿Y?

—Tomaré un taxi.

—No hace falta. Yo voy también allí.

—¿No me digas? —Zane arqueó una ceja con curiosidad —. ¿Y por qué, si puede saberse?

Por un momento Ruby titubeó. El acuerdo que tenía con Laurence, y que todo el mundo había aceptado como normal, de repente disparó todas sus alarmas. Tras la muerte de su mentor, las cosas iban a cambiar y pronto; una cosa era compartir una casa con Laurence, que había sido para ella más un padre que un compañero de trabajo, y otra muy distinta imaginar vivir con su hijo, con su abierta animadversión hacia ella y el peligro latente que representaba para ella.

—Porque.., vivo allí.

Los labios de Zane se curvaron. Una amante mantenida como una esposa en la residencia familiar.

—Que práctico —dijo—. Mi padre debió disfrutar… —«.., de tenerte tan a mano», pensó para sus adentrosde tu compañía.

Ruby alzó la barbilla sin dejar de mirarlo a loss ojos.

—Tu padre era un hombre inigualable. Teníamos una amistad muy especial.

—Seguro —repuso él, sin ocultar el sarcasmo en su voz.

Su padre había tenido muchas amistades muy especiales, y la última le costó el respeto de su hijo y la ruptura total de su relación. Ahora Zane estaba decidido a que ésta no le costara nada.

Entre el hospital y la casa no había mucha distancia, pero el aire acondicionado del BMW hizo que el trayecto fuera mucho más agradable que un paseo bajo el húmedo calor del trópico. Mirando por la ventanilla, Zane fue reconociendo su antiguo vecindario, a la vez que trataba de ignorar la fragancia que impregnaba totalmente el— vehículo y que le recordaba exactamente con quién estaba.

Pero al menos ella no habló. Se limitó a conducir en silencio, lo que para él era mucho mejor. Tenía que asimilar demasiadas cosas antes de continuar con el enfrentamiento verbal. De un rato antes. Ya sentía el cansancio del viaje en los huesos y los efectos del cambio de horario en la mente, y apenas tenía fuerzas para pensar,

pero de dos cosas estaba seguro.

Su padre había muerto.

Y su vida iba a cambiar radicalmente a partir de ahora.

Y seguramente no para mejor.

Ruby detuvo el coche junto a la espaciosa mansión colonial que había sido el hogar de Zane durante los primeros veinte años de su vida. Éste bajó despacio del coche y contempló el edificio, sintiendo que Londres y su anterior vida en Europa quedaban muy lejos de allí.

La casa, construida en la década de mil novecientos veinte, estaba rodeada por amplias terrazas y celosías cubiertas de buganvillas y otras flores tropicales desde donde se accedía al interior de la casa.

Un interior vacío.

Una profunda amargura emanó de una herida antigua que ni siquiera el paso del tiempo había logrado cicatrizar. Su madre había amado aquella casa, los altos techos y los suelos de madera, los grandes ventanales diseñados para permitir el paso de la brisa refrescante del exterior. Y también amaba los jardines tropicales que siempre amenazaban con convertirse en una jungla y apoderarse de la casa al mínimo descuido.

—Bienvenido a casa —masculló en voz baja.

—¿Te encuentras bien? —preguntó ella.

—Mi abuelo compró esta casa a uno de los últimos maestros perleros de los de la antigua escuela —dijo él, recitando la historia que tantas veces había oído a su madre—. Entonces Laurence era un niño. El sector estaba agonizando y mi abuelo invirtió todo lo que le quedaba en las nuevas tecnologías para el cultivo. Su sueño era convertirse en el primer maestro perlero de una nueva raza de cultivadores de perlas.

—Y lo consiguió —dijo ella—. Entre tu abuelo y Laurence han creado una empresa sin parangón. Perlas Bastiani vale una fortuna.

Las palabras de Ruby se clavaron en su mente como un cuchillo afilado, y él se volvió a mirarla con rabia. ¿Qué pasaba con aquellas queridas? Anneleise tampoco dejaba de pensar en el dinero. Incluso la última vez que la vio, dos días antes del desesperado y ahora inútil viaje a Australia, le exigió una compensación económica cuando por fin se quiso enterar de que la relación entre los dos

estaba acabada. Y cuando él respondió con una sonora carcajada, la mujer se echó a llorar y lamentó las oportunidades que había perdido mientras dedicaba todas sus atenciones a Zane.

Pero por fin ahora se había librado de ella y sus tendencias parasitarias.

—¿Ocurre algo? —preguntó Ruby, dejando claro que no le gustaba nada la actitud de él hacia ella.

Zane sacó el bolso de viaje del maletero y lo cerró de un golpe.

—Entremos —dijo.

La siguió por las escaleras del porche y se encontró una vez más atrapado en el embriagador aroma que despedía su cuerpo. Sacudiendo la cabeza, entró en la mansión, esperando encontrarla muy cambiada, pero se dio cuenta de que estaba prácticamente igual a cómo la había dejado su madre. Al menos la nueva querida de su padre no tenía delirios de decoradora.

—Le dije a Kyoto que preparara tu antiguo dormitorio por si te quedabas —dijo ella, girándose ligeramente hacia él—. Espero que te parezca bien.

—¿Kyoto sigue aquí?

Parecía increíble que siguiera con vida. Kyoto fue un buceador de perlas que trabajó con su abuelo y que, cuando ya no pudo continuar sumergiéndose en las profundidades del índico, pasó a trabajar primero como cocinero y después como gobernante con la familia Bastiani.

—¿No seguirá trabajando? —preguntó Zane—. Tiene que ser muy mayor.

Ruby asintió, con una trémula sonrisa que iluminó por un momento sus facciones.

—Ahora sólo supervisa, pero hoy le he dicho que se fuera. Estaba destrozado por la noticia de la muerte de… tu padre —dijo ella, tratando de que no se le quebrara la voz.

Ruby apretó los labios y le dio la espalda, conteniendo a duras penas las lágrimas.

0, si tomaba a Anneleise como ejemplo, fingiendo que estaba a punto de romper a llorar. Anneleise podía haber escrito una tesis sobre el arte de manipular a través del llanto, aunque Zane dudaba de que hubiera derramado una sola lágrima sincera en toda su vida. Probablemente el caso de Ruby era el mismo.

—Estoy segura de que no hace falta que te acompañe a tu habitación —murmuró ella, todavía de espaldas a él—. Te dejo para que te instales.

Pero Zane no estaba dispuesto a dejarla creer que iba a poder engañarlo tan fácilmente. Quería dejarle perfectamente claro que sabía cómo funcionaban las mujeres cuando había dinero en juego.

Le puso una mano en el hombro e, ignorando el estremecimiento de miedo que recorrió el cuerpo de la mujer, la volvió hacia él. En los ojos femeninos vio la humedad, las pestañas mojadas, y tuvo que reconocer que era buena, muy buena, si podía provocar las lágrimas con tanta facilidad.

Pero entonces vio lo que había en lo más profundo de los ojos azules y le llegó al alma.

Dolor. Pérdida. Desolación.

Y él reconocía esas emociones. Eran sentimientos que había guardado en lo más profundo de su ser, y ahora los vio perfectamente reflejados en la mirada acuosa que parecía desnudar su alma ante él. Fue una sensación extraña, incómoda, y en absoluto bienvenida.

La vio apretar los labios a la vez que una lágrima solitaria se escapaba por el rabillo de un ojo. Desarmado por un momento, reaccionando únicamente por instinto, le secó la lágrima que descendía por la mejilla con un dedo. Ella apretó aún más los ojos, y entreabrió los labios para respirar en un sollozo. Zane la sintió temblar.

Maldita sea, aquello no estaba yendo como él esperaba. Porque ella no era lo que él esperaba.

—¿De verdad le querías?

La pregunta puso sobre la mesa la opinión que tenía de ella, pero ya era demasiado tarde para retirarla. La idea de que Laurence fuera para ella algo más que una fuente de lujos y comodidades, le repateaba en lo más hondo.

—¿Tan imposible te parece? —dijo ella, apartándose de él—. Laurence era un hombre maravilloso que se dejaba querer.

La sincera admisión lo cambió todo, y transformó la incomprensión de Zane en rabia al oírla admitir clara y llanamente lo que su padre había sido para ella: un amante mayor que la colmaba de atenciones.

—Sí, estoy seguro —dijo con sarcasmo.

—Me parece que no te entiendo —dijo ella—. ¿Qué quieres decir exactamente?

—No es tan difícil. Un hombre viejo y rico que se podía permitir el lujo de mantener holgadamente a una mujer atractiva y joven.

De no haber estado cansado tras el largo viaje y bajo los efectos del cambio de horario, quizá habría podido evitarlo, pero lo cierto fue que no lo vio venir.

Ruby le estampó una sonora bofetada con todas sus fuerzas en la mejilla.

Al instante, ella se echó hacia atrás horrorizada, con los ojos muy abiertos, la mano cerrada en un puño y pegada a la boca. Esperó a que él se frotara la mejilla con la mano, pero Zane no reaccionó, al menos físicamente.

—Desde luego sabes pegar —dijo, moviendo la mandíbula de un lado a otro, con los ojos clavados en ella con dureza.

—Te lo mereces —le aseguró ella—. Y no creas que pienso disculparme. No tengo que aguantar esos insultos de ti.

—¿No puedes soportar la verdad?

—¡Es increíble! ¿De verdad crees que estoy aquí por su dinero?

—Como casi todo el mundo.

—Yo no soy casi todo el mundo —le aseguró ella—. No quiero su dinero. Nunca lo he querido.

—¿Entonces por qué has estado viviendo con él, con un hombre que podría ser tu padre?

Ruby se echó a reír, principalmente porque sabía que, si no lo hacía, rompería a llorar ante la grave injusticia. ¡Qué equivocado estaba! No conocía a su padre, no la conocía a ella. No sabía nada.

—Me das lástima —dijo ella, con una calma que apenas sentía —. Es evidente que no conoces el significado de palabras como «amistad» y «camaradería». Que tú seas incapaz de mostrar ningún respeto o afecto a tu padre —añadió, sacudiendo la cabeza—, no significa que los demás también.

—¿Así que le cuidaste por pura bondad de tu corazón? —preguntó él, entrecerrando peligrosamente los ojos—. ¿Te quedaste con él sólo por su compañía? Encima querrás que me crea que le querías

—¡Alguien tenía que quererlo! —exclamó ella—. Porque sólo

Dios sabe que de ti no recibió más que sufrimiento.

Ruby se zafó de él, deseando salir de allí lo antes posible, pero una mano de acero la sujetó por el brazo y la detuvo, impidiéndole moverse. Se volvió hacia él, indignada, pero la protesta murió en sus labios cuando vio la rabia que cubría el rostro masculino.

—No te pongas moralista conmigo. No tienes ni idea de lo que sentía por mi padre ni por qué. Ni idea.

Ruby intentó zafarse de nuevo de él sin conseguirlo, por lo que se echó hacia delante, tan cerca de él que podía sentir el calor que desprendía su cuerpo como si se tratara de una hoguera. Sin embargo, la ira de Zane no era nada comparada con la suya.

—Tienes razón —dijo, tensando los labios en un gesto de infinito desprecio—. No tengo ni idea de lo que sentías por él ni por qué, pero ¿quién tenía la culpa? ¿Yo, por estar a su lado cuando necesitaba apoyo, o tú, por no molestarte siquiera en llamarle por teléfono?

Capítulo 3

HORAS más tarde, cuando el cielo nocturno empezaba a iluminarse con las primeras luces del alba, Zane seguía tumbado en su cama, rodeado de las fotografías y trofeos de su juventud que seguían estando exactamente donde él los había dejado. Pero en lugar de pensar en el pasado, llevaba las últimas horas sin poder apartar de su mente la imagen de una mujer con fuego en los ojos y veneno en la lengua, una mujer con cuerpo de diosa y que luchaba y se revolvía como una tigresa.

Y recordó la noche anterior, cuando ella le abofeteó y, en lugar de salir huyendo, volvió a por más y continuó discutiendo con él acaloradamente, hasta que por fin a él no le quedó más remedio que soltarle el brazo y dejarla marchar.

Una mujer muy temperamental.

¿Cómo sería en la cama?, se preguntó. Seguro que tenía tanta vida y tanta pasión desnuda como vestida, pensó, a la vez que un cosquilleo de deseo le recorría todo el cuerpo.

Con un golpe en la cama, se levantó y fue al baño. ¿Qué demonios le estaba pasando? ¿Qué le importaba cómo fuera en la cama? ¡No era su intención continuar con lo que su padre había dejado a medias!

Además, en ese momento tenía problemas más urgentes: organizar el funeral y ver el futuro de la empresa. De momento tenía que ocupar el puesto de Laurence, pero también tenía que hacer planes a largo plazo. Y más valía que se pusiera manos a la obra antes de que Ruby empezara a interferir en los asuntos familiares. Aunque hasta ahora hubiera ocupado un lugar preferente en los afectos de Laurence, ahora que él estaba allí, las cosas iban a cambiar, y mucho.

Kyoto estaba esperándolo en la cocina cuando salió después de una larga ducha de agua caliente y un cambio de ropa.

—¡Señor Zane! —exclamó Kyoto, acercándose a él con una sonrisa no carente de tristeza—. Cómo me alegro de verle. Le he preparado un desayuno especial.

—Yo también me alegro de verte —dijo Zane, emocionado, tras intercambiar un rápido y sentido abrazo con el anciano.

—Su padre —dijo Kyoto, sacudiendo tristemente la cabeza mientras le servía un plato—. Lo siento muchísimo.

—Gracias —dijo.

El anciano japonés desapareció y regresó poco después con un pequeño cofre de madera que él conocía perfectamente. La caja del antaño buceador de perlas siempre había ocupado un lugar preferente en el escritorio de su padre, y ahora estaba delante de él, como un reto, como una burla.

La caja de madera almohadillada era una reliquia de tiempos pasados, cuando las perlas naturales eran un auténtico tesoro. Cuando los buceadores de perlas recogían el nácar del lecho marino, las pocas perlas naturales que encontraban se introducían en un pequeño agujero en la tapa y así se mantenían a salvo hasta que los barcos regresaban a tierra firme.

Pero ahora el pequeño cofre ya no contenía perlas, más bien dinamita.

—Su padre dijo que era para usted —dijo Kyoto en respuesta a sus pensamientos.

Zane apartó del plato y apuró la taza de café, sin apartar los ojos del cofre. Sabía exactamente lo que había en su interior, y recordó una ocasión cuando durante unas vacaciones escolares se coló en el despacho de su padre y empezó a rebuscar por los cajones hasta que encontró una vieja llave. Enseguida pensó en el cofre de madera que siempre estaba sobre el escritorio de su padre, una caja siempre cerrada y que siempre le había intrigado. Sin pensarlo dos veces, metió la llave en la cerradura y contuvo el aliento mientras la giraba y abría la tapa.

Pero también recordó la desilusión al encontrar tan sólo un montón de sobres y cartas antiguas. Sin apenas interés, abrió el primer sobre. Era una carta de su padre a Bonnie, la mejor amiga de su madre, en la que había una lista de números y algo sobre una

casa y el pago de unas letras que para él no tenía ningún sentido. Pero no tuvo tiempo de seguir registrando porque la niñera lo sorprendió y le advirtió que no mirara donde no debía, por si acaso se enteraba de algo que ni quería ni necesitaba saber.

Durante un tiempo Zane se preguntó por el significado de aquellas palabras, pero pronto regresó al colegio y se olvidó por completo del contenido del cofre. Hasta otro día, hacía nueve años, cuando recordó la carta y sus contenidos y de repente lo entendió todo.

Zane suspiró pesadamente sin entender qué era lo que su padre pretendía al dejarle aquel cofre. ¿Esperaba que leyera su contenido, sin duda cartas de amor, para que su hijo se enterara de la sórdida verdad? ¿Ése era su legado?

Sin embargo no estaba dispuesto a seguirle el juego. Lo que había leído nueve años atrás era más que suficiente, y por él el cofre podía continuar cerrado para siempre.

Kyoto retiró los platos.

—¿Más café? —le ofreció el anciano con gesto amable.

Zane negó con la cabeza a la vez que se ponía en pie y empujaba ligeramente el cofre hacia atrás. No necesitaba recuerdos del pasado. Bastante tenía con Ruby.

—No, gracias, Kyoto. Tengo que hacer algunas cosas. ¿Hay algún coche que pueda utilizar?

—Sí, sí —asintió el anciano inmediatamente—. Pero ahora ha venido para quedarse, ¿no? Para siempre, ¿verdad?

Zane respiró profundamente. Entre sus planes inmediatos para la Corporación Bastiani estaba organizar la gestión de la empresa a largo plazo, y contratar el personal necesario para poder regresar cuanto antes a Londres y continuar atendiendo sus negocios en la capital británica.

—Ya veremos, Kyoto —respondió sin comprometerse—. Primero tengo que asegurarme de que la compañía sale airosa de este difícil momento ahora que falta la mano de mi padre para guiarla.

—Eso no es problema —le aseguró Kyoto, moviendo el trapo en el aire como para tranquilizarlo—. La señorita Ruby se ocupará de todo, no se preocupe por eso.

Zane se tensó de repente.

—¿Qué quieres decir?

—La señorita Ruby ya está en el despacho. Ella se ocupará de que todo funcione como siempre.

La encontró sentada en el despacho de su padre, en su mesa, en su sillón, como si fuera la presidenta de la compañía, escribiendo en un ordenador portátil mientras consultaba una carpeta de documentos abierta sobre la mesa.

—Ya veo que no has perdido ni un minuto —dijo él desde la puerta, anunciando su presencia.

Ruby alzó la cabeza momentáneamente sorprendida. Pero enseguida se recuperó y lo miró con frialdad.

—Pensaba que ibas a dormir más.

—¿Para ponerte a dirigir la compañía antes de que me despertara?

Ruby frunció el ceño.

—¿De dónde has sacado eso?

—Estás aquí —dijo él, señalando con el brazo a su alrededor—, en el despacho de mi padre, en su mesa, en su sillón, apenas veinticuatro horas después de su muerte.

Ruby dejó el bolígrafo y apoyó la espalda en el sillón.

—¿Eso es lo que te preocupa? —preguntó ella, alzando burlona una ceja—. ¿Que te deje sin tu preciosa herencia y te quite la compañía sin que te des cuenta?

—¡No lo conseguirías ni loca! —estalló él furioso con las mandíbulas apretadas.

Ruby esbozó una sonrisa que apenas pasó de sus labios.

—O quizá porque ni siquiera me interesa.

—¿Y entonces qué haces aquí? —quiso saber él, acercándose a la mesa—. Es sábado.

«Tenía que salir de la casa», pensó ella. «Tenía que alejarme de ti».

Pero no lo dijo. No quería reconocer la verdad de sus pensamientos, ni siquiera para sí misma.

—Laurence y yo estábamos trabajando juntos en un proyecto la semana pasada cuando se puso enfermo. Los documentos aún estaban en su mesa, y no pensé que le importara que continuara trabajando aquí.

—¿Qué clase de trabajo? —dijo él, rodeando la mesa y acercándose a ella.

Ruby lo observó con suspicacia, resintiendo cada paso que daba hacia ella.

¡Maldito Zane! La noche anterior se dijo, se prometió, que ahora que ya se habían conocido y sabían lo que pensaban en uno del otro, sería inmune a su poder y a su fuerza masculina, y por fin logro convencerse de que la ira y la rabia que sentía hacia él serviría como un escudo de acero para su magnetismo. Pero se estaba engañando. ¿Por qué si no había huido de la casa al romper el alba? ¿Y por qué estaba sintiendo el calor que desprendía el cuerpo masculino como si fueran las llamas de una antorcha?

A pesar del resentimiento y de la rabia, no había forma de evitar el carisma de los Bastiani.

De tal palo, tal astilla, pensó.

Pero mientras la fuerza de Laurence lo convirtió en un colega excepcional, y un mentor y fuente de inspiración fascinante, Zane parecía llevar el carisma heredado de su padre a un nuevo nivel. Su cercanía y su irresistible magnetismo masculino la dejaban totalmente vulnerable y a su merced.

—¿Qué son? —preguntó él, mirando los dibujos que había sobre la mesa.

—La Colección Pasión —dijo ella con una nota de orgullo—. El lanzamiento es dentro de tres meses.

—¿Aquí?

—Como todas las colecciones, primero las lanzamos aquí en Broome, en el festival Escalera a la Luna, y una semana más tarde la presentamos a nivel nacional en el Teatro de la Ópera de Sidney. Y después de eso llevamos una serie de diseños seleccionados a Londres y Nueva York. Desde luego contamos con tu presencia para ocupar el lugar de Laurence.

Ruby intentó dar un tono de bienvenida a su voz, pero si a Zane le impresionó el ambicioso programa de lanzamiento o quería formar parte de él, no lo manifestó.

—Son unos diseños muy ambiciosos —dijo—. Son extraordinarios —no pudo evitar reconocer.

—Gracias.

—¿Son tuyos?

Ella asintió con la cabeza. «Del primero al último», pensó sin decirlo.

—Por eso trabajo aquí —le dijo ella, sosteniendo la mirada—. Diseño las monturas para las perlas que produce la Corporación Bastiani.

—Entonces te habrás dado cuenta de que no ha sido precisamente un cumplido. Estos diseños no pueden funcionar.

Ruby se quedó inmóvil, sin creer lo que estaba oyendo.

—¿Perdona?

—Estos diseños, «Colección Pasión: El abrazo del amor». El concepto no está mal, pero ¿no te parece muy ambicioso para ser realizado sólo con perlas, oro y piedras preciosas? No podemos hacer toda una colección basada en una idea tan descabellada. Es demasiado riesgo.

—Claro que funcionará —argumentó ella—. Es ambicioso, sí, y es un riesgo, pero las piezas ya están en fase de producción. Y prácticamente terminadas.

—Pero no demostradas. ¿Me estás diciendo que el futuro de la empresa depende de una colección que puede ser un estrepitoso fracaso?

—Laurence estaba enamorado de esta colección y la apoyaba al cien por cien.

—Laurence ya no está aquí.

—Pero yo sí. Y llevo diseñando colecciones de perlas para Bastiani desde que empecé a trabajar aquí, y hasta el momento todas con gran éxito. No hay razón para pensar que esta vez no será así.

Zane dejó el dibujo que llevaba en la mano y se sentó a medias en la mesa, apoyando las manos a ambos lados de las piernas.

Estaba demasiado cerca, y Ruby deseó haberse puesto algo más que una sencilla falda estampada y una camiseta de algodón color limón. Con el pretexto de llenar el vaso de agua se levantó de la silla, y sólo se volvió hacia él después de respirar profundamente tres veces y serenarse.

—No pienso defraudar a Laurence ni a la compañía —dijo ella, tratando de recuperar el aplomo—. Y ya que estamos en eso, ¿te has molestado en leer los informes financieros que tu padre te ha mandado de manera regular en los últimos años? —preguntó—. ¿Te

has dado cuenta de que los beneficios de la compañía empezaron a multiplicarse a partir de la decisión de vender dos colecciones al año en lugar de sólo perlas cultivadas y algunos diseños sencillos?

—Y supongo que ahora me dirás que fue gracias a ti —dijo él con un desprecio que no se molestó en ocultar.

—No —dijo ella, negando con la cabeza—. No fue gracias a mí. Laurence me contrató como diseñadora recién salida de la Escuela de Diseño. Me dijo que quería a alguien creativo y original, sin ideas preconcebidas sobre cómo debían ser las joyas con perlas. Y juntos trabajamos en la idea de crear colecciones que pudieran mostrar la belleza y la mística de estas magníficas perlas en todo el mundo. La idea fue de Laurence, ése fue su sueño, pero los diseños, sí, son todos míos.

Ruby se detuvo, repentinamente mareada, como si le faltara oxígeno, consciente de que él no había dejado de estudiarla fríamente desde el escritorio, con los ojos entornados.

Desesperada, bebió un trago de agua del vaso que probablemente había llenado demasiado. Un par de gotas de agua se deslizaron por el vaso y después por sus dedos hasta que cayeron en la camiseta, dejando su marca sobre la tela que cubría sus senos.

Los ojos de Zane siguieron el recorrido del agua. Estaba fascinado por la reacción de la mujer, primero la huida al acercarse él demasiado a la mesa y después las respiraciones relajantes para tranquilizarse antes de volverse hacia él y defender su postura. Y tenía que reconocer que, muy a su pesar, sus palabras le habían impresionado.

Pero ahora estaba más impresionado aún por los círculos húmedos que se estaban dibujando en el tejido de algodón, y le gustó verla perder el aplomo, pero todavía le gustó más el efecto de la tela mojada en sus pezones. En un instante se endurecieron y se dibujaron claramente bajo la tela, y como una invitación que no podía rechazar, fue hacia ella.

—Estás resultando ser una mujer de considerable talento —murmuró, deteniéndose ante ella.

Aunque Ruby era bastante alta, tuvo que levantar la cabeza para mirarlo a los ojos, y tragó saliva cuando estiró la mano y puso los dedos sobre la gargantilla de perlas que llevaba y levantó ligeramente unos centímetros.

—¿Ésta también es tuya?

Ruby no podía respirar, no podía moverse, y un miedo que no había sentido en mucho tiempo volvió a atenazarla de nuevo, amenazante.

Peligro, aquel hombre significaba peligro. Estaba demasiado cerca, era demasiado fuerte, y cuando lo vio estirar la mano, pensó… Oh, Dios, sólo de recordar cómo le había mirado el pecho fue como sentir la caricia de su mano. Y si su mirada podía tener tanta fuerza… si estiraba la mano para acariciarla…

Pero en lugar de eso, él levantó la gargantilla en un gesto cálido e íntimo, y ella se estremeció al darse cuenta de que el peligro que él representaba no era el tipo de peligro que ella había vivido antes. Este tipo de peligro era más fuerte, más intenso y mucho más magnético.

—Es preciosa —dijo con voz ronca mientras examinaba la joya —. Igual que la persona que la lleva —levantó los ojos y la miró—. ¿La has diseñado tú?

La gargantilla, con una magnífica perla redonda de dieciocho milímetros, fue un regalo de Laurence después del gran éxito de su primera colección.

—La hice yo —admitió ella por fin.

De manera instintiva fue a tocar el collar, y su mano se encontró con la de Zane, que todavía lo sostenía. Por un segundo sus dedos se rozaron, y ella vio el destello en los ojos masculinos, que apenas duró una décima de segundo, a la vez que sentía una dulce oleada de calor en el bajo vientre.

—Es una perla exquisita —murmuró el sin soltarla, mirándola a los labios en vez de a la perla.

Ruby tragó saliva, tratando de reaccionar, a la vez que sus sentidos se llenaban del olor masculino, cálido, viril y cargado de deseo que resultaba totalmente embriagador.

—Gracias —susurró, imaginando el sabor de sus labios en ella, casi disfrutando de la unión de sus bocas—. Me la regaló Laurence.

El parpadeó, y sus ojos pasaron de cálido caramelo a granito helado en un instante. Entonces soltó la gargantilla y se incorporó.

—Sin duda te lo trabajaste.

El momento pasó, dejándola totalmente perdida. Esta vez, cuando sus dedos encontraron la perla, la rodearon como si fuera

un talismán, y Ruby rezó para que le diera fuerzas. Pero necesitaba más que una perla para mantenerse alejada de aquel hombre.

Por eso recuperó el aplomo, y respondió:

—Oh, sí. Estoy convencida de ello.

Los ojos de Zane, que hasta ahora habían estado cargados de deseo, pasaron a reflejar ira y repulsión.

—Dime que no es verdad —quiso saber de él—. Dime que no te acostabas con mi padre.

Ruby levantó los ojos y se permitió esbozar una media sonrisa. Ahora lo entendía. El no estaba asqueado con ella. Estaba asqueado consigo mismo, asqueado por sentirse atraído por una mujer que había pertenecido a su padre. Quizá el regalo de Laurence la protegería después de todo, pensó, porque mientras Zane la viera como la querida de su padre estaría a salvo de él. Y, más importante aún, estaría a salvo de sí misma.

—No tengo que decirte nada. No es asunto tuyo —dijo ella, rodeándolo y volviendo a la mesa.

Pero las manos de Zane la sujetaron por los hombros y la pegaron a él.

—¿Te acostabas con él?

Ella le miró a las manos.

—Me extraña que puedas soportar tocarme —dijo, arqueando una ceja con gesto provocador—. ¿0 sólo quieres asegurarte de que heredas todas las posesiones de tu padre?

Ruby no esperó su respuesta. Le apartó las manos y fue hasta la mesa, donde empezó a recoger sus diseños y planos.

—Perdona, me encantaría quedarme y seguir charlando contigo, pero tengo trabajo. Cuando termine iré a casa a recoger mis cosas.

—¿Por qué? ¿Dónde vas?

—No lo sé —reconoció ella, camino de la puerta—. Pero ya va a ser bastante horrible trabajar contigo hasta la presentación de la colección, y te aseguro que no puedo soportar la idea de vivir también bajo el mismo techo.

—¿Qué quieres decir, hasta la presentación? —dijo él a su espalda.

Ruby respiró profundamente, y con lentitud se volvió hacia él, pidiendo disculpas a Laurence para sus adentros por lo que iba a hacer.

—Me voy, Zane. Me quedaré hasta la presentación de la nueva colección. Terminaré lo que tengo que hacer, pero ya no tendrás que aguantarme más. Presentaré mi dimisión.

Capítulo 4

PERO ésos no eran los planes de Laurence. Unos días más tarde, Ruby y Zane escuchaban incrédulos en el antiguo despacho de Laurence las condiciones de su testamento.

—No lo entiendo —dijo Ruby.

Derek Finlayson suspiró como disculpándose.

—Ya sé que es difícil de aceptar de momento, pero la situación es básicamente que a Zane y ti os ha legado el noventa por ciento de las acciones de la compañía a partes iguales. A partir de ahora, cada uno controla ese cuarenta y cinco por ciento de la empresa.

—Pero… —Ruby miró a Zane, buscando ayuda, sin embargo, éste estaba sentado en su silla totalmente rígido y con la cara como una máscara—. Pero yo no lo quiero.

Zane giró la cabeza y la miró con incredulidad.

Ruby sacudió la cabeza. Era ridículo. Precisamente el fin de semana anterior se había mudado a un bungalow en un lujoso complejo hotelero junto a la playa, fundamentalmente porque era lo que más lejos había encontrado de la mansión Bastiani, pensando que era una solución temporal. Ya había concertado algunas entrevistas con importantes joyeros de Sidney. En los últimos años, se había labrado una excelente reputación como diseñadora de joyas para la corporación Bastiani y sabía que no le faltarían buenas ofertas de trabajo.

—No lo quiero —repitió con un nudo en la garganta—. No entiendo por qué Laurence tomó esa ridícula decisión. De hecho, tengo pensado irme a trabajar fuera de aquí. Ni siquiera estaré en Broome…

El abogado se quitó las gafas y se frotó el puente de la nariz, a punto de decir algo. Sin embargo, pareció pensárselo mejor, suspiró

y volvió a ponerse las gafas.

—Es evidente que según el testamento —continuó el hombre—, Laurence quería que se quedara aquí para dirigir la compañía con Zane. Quizá quiera pensarlo un poco. El diez por ciento restante de la empresa será repartido entre los empleados de la compañía dependiendo del tiempo que lleven trabajando aquí. Y para obtener beneficios necesitan que la empresa continúe funcionando como hasta ahora.

—Deje que se vaya —le interrumpió Zane—. No quiere quedarse. Compraré su parte.

Derek Finlayson parpadeó y dirigió su acerada mirada gris hacia Zane.

—Entiendo su punto de vista, señor Bastiani, pero en este momento lo que me preocupa son los deseos de su padre. Es evidente que Laurence deseaba que ustedes dos se ocuparan de la dirección de la empresa en beneficio de todos los accionistas. Pero, después de todo, ha sido la señorita Clemenger quien ha trabajado junto a Laurence en los últimos años. Ahora ella conoce mucho mejor el funcionamiento de la empresa y es crucial que continúe trabajando aquí para asegurar el futuro de la compañía.

—Yo no he estado precisamente de brazos cruzados —dijo él—. Tengo asuntos que me reclaman en Londres.

—Su padre también pensó en eso —dijo el abogado, buscando entre sus notas—. Ah, sí, aquí está. Tendrá todo el tiempo que necesite para volver a Londres y disponer como considere más conveniente de sus asuntos allí. Le explicaré los detalles más adelante.

El abogado se interrumpió un momento y miró a Ruby.

—Señorita Clemenger —continuó—, Laurence conocía bien su preocupación por el bienestar de sus empleados y confiaba en que usted continuara defendiendo sus derechos y ejecutando su sueño, que era mantener a la Corporación Bastiani a la vanguardia del diseño y la innovación del sector.

—Pero si no quiere quedarse…

—¡No! —Ruby giró la cabeza y clavó los ojos azules en los castaños de Zane—. Finlayson tiene razón. Era lo que Laurence quería. Él me quería aquí, y no voy a abandonar mi responsabilidad con la empresa y los demás empleados.

Derek Finlayson curvó los labios en una sonrisa a la vez que daba un puñetazo sobre la mesa.

—Así me gusta. Laurence estaría orgulloso de usted, querida. En cuanto a usted, Zane, ¿cuánto tiempo cree que necesita para organizar sus negocios en Londres? Es decir… —le dirigió una mirada astuta,. con las cejas arqueadas—, si piensa volver a Broome para dirigir la empresa junto con la señorita Clemenger, claro.

—Oh, volveré —dijo Zane, mirando a Ruby con una hostilidad que hacía arder el aire entre ellos—. Esté seguro de ello.

—¿Cómo lo conseguiste?

Cuando el abogado se fue y en el despacho sólo quedaron Ruby y Zane, éste se volvió a mirar a la diseñadora con rencor.

—¿A qué te refieres? —preguntó ella con expresión ausente mientras el miedo se iba apoderando de ella.

El testamento de Laurence no era un favor, ni un legado que ella deseara, era más bien una sentencia.

—No eres parte de la familia, tan sólo una empleada. ¿Cómo te las arreglaste para convencer a mi padre que te dejara el cuarenta y cinco por ciento de la compañía?

—No he hecho nada para convencerlo. No tenía ni idea de que ésas eran las intenciones de tu padre.

—¿No me digas? —preguntó él, burlón—. ¿Vivías con él y no lo sabías?

—¡Desde luego que no lo sabía! —protestó ella—. Ya te dije que iba a presentar mi dimisión. Mi intención era irme de aquí en cuanto termináramos con la presentación de la Colección Pasión.

—No te hagas la inocente. Nunca has tenido ninguna intención de irte. Y lo de quedarte hasta el lanzamiento de la nueva colección sólo era una excusa.

—El dinero no me importa —le aseguró ella con firmeza—, pero si me voy, ¿qué será de los empleados? ¿Quién dirigirá la compañía si tú estás en Londres? ¿Quién continuará con el sueño de Laurence?

—¿Te quedarías por el bien de los empleados? —dijo él, incrédulo—. ¡Qué noble por su parte! Pero perdóname si no me lo creo.

—No hay nada que perdonar —repuso ella—. No espero que creas nada, y mucho menos la verdad.

—La verdad es que mi padre te ha dejado el cuarenta y cinco por ciento de la empresa. Y tú ya has admitido que mi padre era una persona muy especial en tu vida.

Furiosa, Ruby sintió la necesidad de defenderse.

—¿Estás insinuando que tu padre me dejó una fortuna por ser su amante?

—Has dado en el clavo.

Ruby quería desmentirlo, pero ¿no era eso lo que quería en el fondo? Si Zane la odiaba por acostarse con su padre, no quema tocarla, y si no la tocaba, al menos ella tendría la oportunidad de resistirse al gran magnetismo masculino y no caer víctima de su poder.

Pero arqueando provocadoramente una ceja, sonrió seductoramente y echó el pecho hacia delante. A Zane le gustaban sus senos, eso ya lo había dejado más que claro. Y esta vez los ojos del hombre, cargados de deseo, siguieron sus movimientos. Ruby sabía que lo estaba provocando, pero decidió seguir con el juego.

—Eso no lo puedo negar, Zane —dijo con una voz ronca a la vez que se pasaba una mano lentamente por la cadera—. Sabes muy bien que yo era muy especial para él. Es evidente que nuestra relación era mucho más importante para él de lo que yo me había dado cuenta. No esperaba que fuera tan generoso. ¿Sabes? —continuó sin perder la sonrisa—. Me parece que ya sé qué es lo que te molesta. Que para él yo era más importante que su propio hijo. Por eso me odias tanto, ¿verdad?

Zane dio un paso hacia delante con las facciones contusionadas por la ira, y por un momento Ruby sintió miedo. ¿Por qué se enfurecía tanto si ella no estaba haciendo más que confirmar las sospechas de las que estaba tan seguro? Sin embargo, al ver la cólera reflejada en su rostro, Ruby se dio cuenta de que había ido demasiado lejos.

—Zane… —murmuró, dando instintivamente un paso atrás para alejarse de él—. No quería…

—Claro que te quería más que a, mí. ¿Por qué no? —dijo él en un tono extrañamente seductor que nada tenía que ver con su actitud en general.

Zane estiró una mano y le sujetó un mechón que se enrolló despacio alrededor de un dedo, antes de acariciarle las mejillas, mientras sus ojos recorrían el rostro femenino, y los hombros, el escote, y más abajo…

Ruby tragó saliva.

—No —susurró, sintiendo que el peligro tomaba una nueva dirección. Se humedeció los labios, respirando entrecortadamente como si le faltara el aire—. No quería decir eso. No debía haber…

Zane le puso un dedo sobre los labios y la hizo callar.

—Tenías razón —reconoció él por fin, deslizando la mano desde los labios femeninos, por la garganta femenina y sobre el pecho—. Es evidente que le diste algo que yo no pude. Pero tengo que preguntarme una cosa.

Zane titubeó, con la cara a pocos centímetros de ella, sin dejar de mirarla a los ojos, buscando algo en ellos mientras la suave presión de sus dedos en el mechón los mantenía muy cerca. De repente ladeó la cabeza y curvó los labios en una sonrisa cargada de desprecio.

—Te ha dejado el cuarenta y cinco por ciento de la compañía, alrededor de doscientos millones de dólares. ¿Tan buena eres en la cama?

Capítulo 5

LA PRIMERA reacción de Ruby fue abofetearlo, pero se dijo que últimamente estaba dejándose llevar demasiado por sus emociones con aquel hombre, y se reprimió. No se dejaría llevar de nuevo por los instintos, por grave que fuera la provocación.

Por eso cerró los puños con fuerza a la espada, clavándose las uñas en las palmas de las manos.

—Yo que tú no le daría muchas vueltas —dijo ella, echando la cabeza hacia atrás y soltando el mechón de entre los dedos masculinos—. Porque eso es algo que nunca sabrás.

Y girando triunfalmente sobre sus talones, se dirigió hacia la puerta.

Él la observó alejarse, como si hubiera ganado una importante batalla, a pesar de que sus movimientos seguían teniendo una cierta indecisión, como si le costara pasar de cálida y cariñosa a fría y distante.

Y un momento antes había sido cálida y cariñosa, una mujer cargada de poder femenino. Cuando estaba furiosa era espectacular, y sin embargo tenía una vulnerabilidad que la hacía mucho más cercana.

No era de extrañar que su padre estuviera tan prendado de ella, pensó.

—A mi padre siempre le han gustado las mujeres —le recordó—, pero por todos los millones que te ha dejado, sinceramente espero que lo hayas dejado muy satisfecho.

Los ojos de Ruby brillaron de rabia e irritación.

—¡Cómo te atreves! —exclamó, volviéndose hacia él con indignación—. De mí puedes pensar o decir lo que quieras, me da igual, pero no permitiré que faltes el respeto al recuerdo de tu

padre. ¿Qué clase de hijo eres para decir cosas así cuando el cuerpo de Laurence todavía no se ha enfriado en la tumba? Tu padre era un hombre lleno de integridad, aunque tú no tengas ni idea de qué significa eso.

Zane arqueó las cejas. ¿Todavía le quedaban ganas de pelea? Tenía que reconocer que la mujer no se rendía fácilmente.

—Créeme —le aseguró él, apoyándose en la mesa—. Sé mucho más de mi padre de lo que tú insinúas. Pero termina con la farsa de una vez, no tienes que seguir defendiéndolo. Ya has conseguido lo que querías.

—¿Qué? ¿En serio crees que esto era lo que quería? ¿Verme obligada a trabajar contigo? En estos momentos, una sentencia de cárcel sería mejor bienvenida.

Zane se apartó de la mesa y caminó hacia ella.

—En eso estoy de acuerdo contigo —dijo, acercándose a ella con movimientos lentos y deliberados—. Es evidente que ninguno de los dos quiere tener ningún tipo de relación con el otro, así que tengo la solución perfecta—. Te compro tu parte. Te pagaré en metálico y así podrás largarte de aquí en el primer vuelo y aprovechar todas esas oportunidades laborales que tienes no sé dónde. Aunque con la pasta que te vas a llevar no te hará falta.

Oh, sí, a juzgar por el movimiento de la cabeza y el brillo de esperanza en los ojos de Ruby, la idea le resultaba de lo más tentadora. ¿Estaría calculando su parte? Sin duda alguna.

—El abogado ha dicho…

—Lo que él diga no importa —le interrumpió él—. Esto es entre tú y yo. Ahora somos los principales accionistas. Nuestra decisión es lo que cuenta.

—¿Y el lanzamiento de la colección?

—Está casi todo listo. Se te reconocerá el mérito por los diseños, por supuesto, y tendrás libertad para hacer lo que quieras. Sólo que esta vez no tendrás que buscar perlas. Esta vez el mundo entero será tu ostra.

Ruby titubeó, y Zane se dio cuenta de que casi la había convencido, como estaba seguro. Porque conocía a esa clase de mujeres demasiado bien.

—Es la oportunidad para empezar de cero— continuó él—. Con todo el dinero que necesitas.

Pero de repente, inesperadamente, ella negó con la cabeza.

—No, no puedo hacerlo. Olvidas a Laurence. Él quería que me quedaraa y dirigiera la compañía, no que me hiciera con el dinero y me fuera. Sabía que la empresa necesitaba una cierta continuidad.

Zane echó las manos al aire. ¿Cómo podía insinuar que no era capaz de dirigir la compañía?

—Es la empresa de mi familia, dirijo uno de los bancos mercantiles más agresivos y rentables del mundo, ¿y crees que no soy capaz de ocupar el puesto de mi padre? —estalló con rabia.

Ruby lo estudió con frialdad.

—Es evidente que tu padre tenía sus dudas —fue su comentario.

Zane cerró la boca. Oh, para tener el aspecto de una diosa, sus palabras eran corrosivas como un ácido. Si lo que intentaba era conseguir más dinero por sus acciones, lo estaba haciendo muy bien.

—Te pagaré —repitió él con los dientes apretados—. Te daré un veinte por ciento más sobre el valor de mercado de las acciones. Nadie te dará tanto.

Ruby abrió mucho los ojos.

—¿Tanto me pagarías?

«Más», pensó él, si era lo que hacía falta.

—¿Lo aceptas?

Ruby negó con la cabeza una vez más.

—Quédate tu dinero, Zane. No busco un trato más ventajoso. Porque acabas de confirmar lo que sospechaba. No puedo vender mi parte y dejar la empresa totalmente en tus manos. ¿Crees que puedo dejar el diez por ciento de los empleados a tu merced? No tardarías en acabar con ellos —afirmó ella—. No puedo dejar la compañía en tus manos —repitió, tratando de convencerse también a sí misma.

Zane se tragó el orgullo y planteó la pregunta que pensaba que no tendría que plantear.

—¿Cuánto dinero quieres?

—No lo entiendes —dijo ella—. No quiero tu dinero. No puedes echarme de la empresa con dinero.

—Todo el mundo tiene un precio.

Ruby lo miró a los ojos, y sonrió.

—Entonces quizá debas aceptar que no puedes pagar el mío.

—No te quedarás —le advirtió él, amenazante—. Cuando vuelva

de Londres, si sigues aquí, no durarás ni diez minutos más. Y entonces me suplicarás que compre tu parte y saldrás huyendo.

Ruby sonrió ligeramente.

—Nunca te venderé mi parte. Prefiero morir a dejarte al mando.

¡Maldita lluvia! Zane echó el sillón de piel hacia atrás y cruzó los brazos detrás de la cabeza, estirando los hombros entumecidos tras largos (lías y noches en su despacho reorganizando sus compromisos profesionales. Afuera caía un aguanieve que se estrellaba casi horizontalmente contra las ventanas, dejando rastros helados por los cristales y sumiendo a la ciudad en la acostumbrada neblina grisácea.

Era primavera, pero en los últimos días el viento y la lluvia helada no habían dejado de caer. Y por primera vez en su vida estaba impaciente por volver a Broome. Porque lo que necesitaba en ese momento era sol y calor. Necesitaba el colorido y los contrastes que sólo podía encontrar en Broome, desde los exuberantes manglares verdes a las transparentes aguas azules de la Bahía de Roebuck, desde el polvo rojizo de los caminos de tierra que conducían desde la ciudad a las arenas blancas y las aguas cristalinas de Cable Beach.

Y necesitaba ver a una mujer…

Se incorporó en el sillón y golpeó la mesa con los puños.

¡Maldita Ruby Clemenger!

Desde que llegó a Londres, en lugar de concentrarse en cómo sufragar los costes de la gestión de sus intereses en Europa, la imagen de Ruby se había colado continuamente en su mente, impidiéndole concentrarse.

Por eso no le extrañaba que hubiera tardado en organizar sus asuntos mucho más de lo esperado; era imposible concentrarse en el trabajo cuando tenía en mente otros asuntos de una naturaleza mucho más carnal. Las imágenes lo torturaban durante el día, y los sueños lo atormentaban por la noche, mientras el hambre y el deseo le retorcían las entrañas como un cruel roedor buscando huir.

Imágenes de ella tendida desnuda en su cama, con la melena desparramada sobre la almohada, y la mirada nublada por la pasión. Sueños de sus cuerpos entrelazados, satisfaciendo sus

intensos deseos carnales, poseyéndola.

¡Se estaba volviendo loco! ¿Por qué la amante de su padre podía tener tanto poder sobre él? Era una mujer muy bella, la personificación de la perfección, pero no era para él. Nunca lo había sido.

Su padre se había ocupado de ello.

Con un gruñido cerró el ordenador. Hacía tiempo que no se acostaba con una mujer. Demasiado tiempo, se dijo.

Hizo unas cuantas llamadas antes de ponerse el abrigo y salir hacia el ascensor. Su trabajo en Londres estaba prácticamente terminado y él tenía que volver a Broome.

No tenía nada que ver con las visiones que imaginaba, ni con los sueños que soñaba ni con el deseo que sentía. Tenía que volver para poder solucionar los problemas que ella hubiera causado en su ausencia.

Tres semanas exactas.

Ruby respiró profundamente, tratando de relajarse y calmar los nervios que la embargaban. Apartó los ojos de la joya que estaba estudiando para mirar el calendario que tenía sobre su escritorio.

¡Por supuesto que estaba nerviosa! Apenas faltaban dos meses para la presentación de la Colección Pasión y todavía quedaba mucho por hacer. Su nerviosismo nada tenía que ver con el inminente regreso de Zane.

¿A quién quería engañar? Hacía veintiún días que Zane se había ido y ni uno solo había dejado de preguntarse cuándo volvería.

Y si estaría pensando en ella tanto como ella pensaba en él.

¡Maldito él! No quería pensar en él, no quería tener ningún tipo de relación con él. Pero entonces, ¿por qué no podía apartarlo de su mente? ¿Por qué incluso sus sueños se veían dominados por imágenes de él, imágenes inquietantes y apasionadas de cuerpos entrelazados entre las sábanas?

Era como una lenta tortura, aquel no saber. En las pocas llamadas de trabajo desde Londres, Zane no había hecho ninguna mención a la posible fecha de su regreso, pero a medida que pasaban los días, Ruby sabía que su vuelta era inevitable. Zane no la dejaría sola dirigiendo la empresa más tiempo de lo estrictamente

necesario.

Volvería.

A reclamar su herencia.

A convertir su vida en un infierno.

Ruby se estremeció, y la valiosa joya que tenía en la mano se deslizó entre sus dedos y cayó a la mesa, sacándola de su ensimismamiento.

—¡Piensa! —se ordenó, a la vez que recogía la espectacular joya que era la pieza central de la colección y se aseguraba de que no había sufrido ningún daño.

Despacio giró la joya entre los dedos. Las delicadas tiras de oro amarillo y diamantes incrustados se intercalaban con perlas doradas estratégicamente colocadas. Al principio podía tomarse únicamente como una joya de gran belleza, una yuxtaposición de arte, ciencia y una exquisita manifestación de lo que la madre naturaleza era capaz de proporcionar. Pero mirándola desde cierto ángulo, bajo cierta iluminación, aparecía otra imagen. Dos amantes entrelazados, con las extremidades entrecruzadas y la pasión reflejada en el cálido destello de un número indefinido de diminutos diamantes.

Era la joya más maravillosa que había creado nunca, se dijo con orgullo.

¿Y por qué aquel colgante le recordaba a Zane?

Esta vez, el timbrazo del teléfono fue una intrusión bien recibida. Escuchó un momento las palabras atolondradas de su ayudante.

—Está bien, Claudette, pásamela —dijo.

Se oyó un chasquido en el teléfono, y después:

—Quiero hablar con Zane, no con otra secretaria —dijo una voz acalorada con acento escandinavo al otro lado de la línea.

—Lo siento —respondió Ruby—, pero en este momento Zane no está en el despacho. Soy Ruby Clemenger, ¿puedo ayudar en algo?

—Oh —al otro lado de la línea se hizo una pausa—. ¿Tú eres Ruby? Zane me ha hablado mucho de ti —añadió, cambiando de tono, más suave, menos agresivo y mucho más sensual—. Zane me ha dicho que eres toda una belleza.

Ruby quedó sin habla. ¿Zane había hablado a aquella mujer de ella? ¿Y le había dicho eso?

—¿Con quién hablo? —preguntó.

—Soy Anneleise Christiansen —dijo la mujer—. Seguro que Zane te ha hablado de mí.

Ni una sola vez, pensó Ruby, aunque Zane y ella apenas habían tenido tiempo de hablar de nada. Todas sus conversaciones se habían limitado a discutir por la empresa y por Laurence.

—Por supuesto que sí, Anneleise —respondió Ruby, dando la respuesta que la otra mujer esperaba—. Pero lo siento, no sé cuándo volverá. ¿Quieres que le deje un mensaje?

—Oh… sólo quería asegurarme de que había llegado bien a Broome. Es un viaje muy largo, y cuando nos despedimos, parecía muy cansado —dijo la mujer en un sensual ronroneo.

Sin duda Anneleise no era un contacto profesional. La realidad de la situación cayó sobre ella como un jarro de agua fría. Ruby intentó concentrarse y pensar, pero no pudo evitar las imágenes que invadieron su mente, imágenes de Zane besando a otra mujer, abrazándola, haciéndole el amor.

Aunque a ella no le importaba. Le traía al fresco con quién se acostara; después de todo, Zane no significaba nada para ella. Ni siquiera le atraía.

¿Y entonces por qué había pasado buena parte de las últimas tres semanas pensando en él? ¿Qué demonios le ocurría?

Desde el primer momento sabía que Zane era un desalmado que había abandonado a su padre y que sólo había vuelto después de su muerte. Sabía exactamente qué clase de hombre era, y a pesar de todo no podía evitar soñar con él cada noche, tener pensamientos prohibidos, sentir sensaciones secretas y despertar insatisfecha y empapada en sudor.

¿Cómo podía haber caído víctima de su poder, aunque sólo fuera en sueños, cuando él la había tratado como si no fuera más que una furcia y una cazafortunas?

—Seguro que sentirá no haber podido hablar contigo —dijo Ruby por fin—. Cuando vuelva le diré que has llamado.

—Oh, y si cuando llega es demasiado tarde para llamar, por favor dile… —la sensual voz al otro lado de la línea se detuvo un momento, y Ruby oyó algo que sonaba sospechosamente como un sollozo—. Dile que estoy haciendo todo lo posible, como él dijo, para no pensar en lo lejos que está.

Ruby colgó el teléfono, y una cascada de sensaciones y

pensamientos la asaltaron. Pero ¿qué le importaba que tuviera una novia? Seguro que un hombre como él tenía docenas de novias, de amantes y de queridas.

De hecho, debería estar agradecida a Anneleise por la llamada. Todas las veces que Zane le había parecidoo una amenaza desde el punto de vista físico, todas las veces que había invadido su espacio dejándola sin oxígeno, como cuando le sujetó el colgante que llevaba al cuello y le rozó la garganta con los dedos, o como cuando le pasó la mano por el cuerpo en un gesto tan delicado pero con un efecto tan devastador, lo había hecho únicamente para inquietarla, para incomodarla y para asustarla. Esas eran sus tácticas, diseñadas para obligarla a tomar la decisión de abandonar la empresa.

¡Y casi la había convencido de hacerlo!

Pero ahora ella no se dejaría manipular tan fácilmente.

Al menos ahora, cuando Zane regresara, no se pondría en ridículo con él, mostrándose receptiva con él y medio anticipando sus avances. Ahora su comportamiento sería distante y profesional.

Se alegró de estar de vuelta. Zane cerró los ojos y dejó que el agua caliente le cayera sobre la cabeza, el cuello y los hombros, y masajeara los músculos cansados y entumecidos tras horas de viaje en un avión. Pero a pesar del largo vuelo se sentía lleno de vida, como si bajar del avión y respirar el aire tropical de Broome le hubiera dado nuevas energías.

Cerró el agua, se secó y se vistió rápidamente. Era tarde, peroo estaba seguro de que Ruby seguiría en el despacho. No le había avisado de su regreso, porque quería sorprenderla y, sobre todo, no darle la oportunidad de ocultar nada. Probablemente ahora estaría dispuesta a reconocer que no estaba hecha para dirigir nada, y mucho menos una empresa tan compleja como la Corporación Bastiani. Seguramente ahora ella estaba más que dispuesta a aceptar su generosa oferta.

Lo que Zane no esperaba era la visceral reacción que se apoderó de él al verla de nuevo. La encontró sentada en uno de los bancos de trabajo del taller, tomando notas mientras estudiaba con

expresión concentrada los objetos expuestos en la mesa de trabajo. A su alrededor, otras mesas de trabajo se alineaban junto a las paredes en aquella habitación de máxima seguridad iluminada con luz artificial. La única fuente de luz natural era una estrecha hilera de ventanucos en la parte superior.

Bajo los focos, incluso rodeada de algunas de las joyas más valiosas del planeta, ella era el objeto más bello. El vestido cruzado que llevaba acentuaba la generosa forma de los pechos y la cintura estrecha. El taburete en el que estaba sentada no ayudaba a ocultar las curvas femeninas ni las largas piernas cruzadas debajo. A Zane se le secó la boca, y en ese momento entendió perfectamente que su padre la hubiera tomado como amante.

Apretó los puños con rabia y se reprendió por su debilidad. Además, ¿qué estaba haciendo ella allí, jugando con las joyas? Seguro que tenía otras cosas más importantes que hacer.

—¿Qué haces? —dijo en tono autoritario.

Al oír su voz, Ruby dio un respingo y volvió la cabeza. Pero tras superar la sorpresa inicial al verse interrumpida, sus ojos rápidamente se helaron y ella continuó con su trabajo tomando notas.

—Ya has vuelto —dijo sin dar importancia a su tono de voz—. ¿Has tenido un buen viaje?

Zane sintió una intensa frustración. Esperaba una reacción más apasionada, no aquel desinterés. ¿Dónde estaba el pánico? ¿Dónde la necesidad de ocultar sus huellas? Y sobre todo, ¿dónde estaba su reacción física al verlo?

—¿Preparándote para la presentación? —preguntó él, avanzando despacio hacia el interior de la sala, curioso por volver a respirar la fragancia femenina y ver si seguía siendo como él recordaba.

—Dado que es dentro de unas semanas —respondió ella sin mirarlo—, la pregunta es bastante superflua.

—¿Y no puedes dejar lo que estás haciendo para otro momento más oportuno? ¿No tienes asuntos más urgentes que atender? —atacó él con rabia.

—Y tú eres quien mejor sabe cuál será ese «momento más oportuno», supongo, después de estar tres semanas fuera.

—¿Por qué tienes que discutirlo siempre todo?

—Puedes hacerte la misma pregunta.

Zane apretó los labios. Pero ahora estaba más cerca de ella, tanto que ya tenía la respuesta a su primera pregunta. Respiró su fragancia, la saboreó con la lengua y sintió una oleada de calor por todo el cuerpo. Ruby olía incluso mejor de lo que él recordaba, si es que eso era posible. Más fresca, más viva.

Más mujer.

—He pensado que quizá quieras cenar conmigo.

Cuando se oyó pronunciar aquellas palabras en voz alta, Zane se pregunto qué demonios estaba haciendo. Su plan era volver y atacar con toda la artillería, pero ahora…

—Seguro que han ocurrido muchas cosas en estas últimas semanas que necesito saber.

—¿Tú crees? —respondió ella, ausente, ignorando su presencia mientras continuaba examinando las joyas, esta vez un par de pendientes de perlas suspendidos en espirales de oro.

¿A qué diablos estaba jugando? Tan sólo tres semanas atrás su reacción ante él era la de cualquier mujer. Cándida y sensual, a pesar del fuego que salía por su boca. Y así era como lo quería. No porque estuviera interesado en ella, sino en las acciones que su padre le había dejado en el testamento. Su intención era hacerla sentirse tan incómoda que no vieran el momento de irse de allí. Pero ¿qué había ocurrido durante su ausencia para ese cambio de actitud? Fuera lo que fuera, no le gustó.

—¿Qué estas haciendo? —quiso saber él.

—Organizar el desfile de la presentación. Llegan tres modelos de Europa, con diferente color de pelo y de piel. Estoy decidiendo qué joyas debe presentar cada una, y con qué ropa. Es importante no dejar nada al azar.

—No, no me refería a eso.

—¿Entonces a qué? —preguntó ella inocentemente aunque sin levantar la cabeza.

—Mírame —dijo él, harto de hablarle al pelo.

—Ahora estoy ocupada, Zane, y es tarde. ¿No puede esperar hasta mañana?

—¡Mírame!

Ruby quedó paralizada, y por unos momentos su único movimiento fue el de la respiración. Después dejó los pendientes,

unió las manos sobre la mesa de trabajo y lo miró con los ojos muy abiertos.

—¿Sí?

La mirada fría y carente de expresión enfureció a Zane. ¿Qué estaba pasando? Y tuvo que hacer un esfuerzo para no lanzarse sobre la mesa, tomar la cara inocente entre las manos y besarla hasta que ella cambiara de actitud y le suplicara que le hiciera el amor allí mismo.

Ruby no tenía que haber levantado la vista.

Al instante, deseó apartar los ojos de la mirada intensa, de la expresión exigente y dominante, pero no se atrevió a hacerlo. No podía echarse atrás. Y no debía hacerlo, al menos si recordaba qué clase de hombre era.

«Es un arrogante», se recordó, iniciando un listado de todos sus defectos. «Está resentido y amargado por cómo le trató su padre, por mucho que se lo mereciera». Y, dado que había mantenido su relación con Anneleise en secreto a la vez que fingía estar interesado en ella, probablemente también era tan bajo y ruin como para engañar a una mujer.

—Bien, ahora que tienes toda mi atención —preguntó ella, desafiante—, ¿qué es tan importante?

—¿Has terminado con lo que estabas haciendo?

—¿Importa?

—¿Has terminado con la organización del desfile?

Ahora estaba de pie sobre ella, con las manos apoyadas en la mesa y el cuerpo peligrosamente inclinados hacia ella. Ruby intentó ignorar los hombros anchos, los brazos musculosos y el cuello abierto de la camisa, donde la piel bronceada se adivinaba bajo la suave capa de vello oscuro que se asomaba por el cuello abierto de la camisa.

—De momento —dijo, tragando saliva—. Pero no veo…

—Entonces vamos a cenar. Tienes que comer —insistió, inclinándose más hacia ella—. Además, tenemos asuntos pendientes. Necesito un informe completo sobre el lanzamiento. Estás gastando mucho dinero contratando a modelos europeas e invitando a famosos y personalidades.

—El presupuesto ya se ha aprobado.

—Yo no he aprobado nada. Quiero un informe completo.

Ruby se puso en pie y luchó contra el impulso de acercarse más a él y respirar su olor. Dios, ¿cómo podía afectarla de aquella manera después de lo que sabía de él? Debía de estar más cansada de lo que creía. Necesitaba dormir, dormir de manera profunda e ininterrumpida, para reforzar sus defensas. Hablarían al día siguiente, pero aquella noche tenía que dormir.

—¿Puedo entregar el informe mañana? —sugirió ella, tratando de poner cierta distancia entre ellos. Empezó a recoger sus papeles y meter las joyas en sus cajas—. Es tarde, y debes de estar cansado después del vuelo.

Él rodeó la mesa, impidiéndole huir.

—¿Quieres decir que en todo el tiempo que he estado fuera no ha ocurrido nada de lo que debo estar informado?

—Te he mandado mensajes por correo electrónico. ¿No los has leído?

—He leído lo que me has mandado.

—Entonces es todo lo que hay.

—¿Sólo eso? ¿No ha habido nada más que merezca mi atención?

Ruby lo miró, resintiendo el tono incrédulo de su voz. Ahora resultaba que, además de todo lo que se prefiguraba, él también la creía una incompetente y una inútil incapaz de ocuparse de la empresa en la que llevaba años trabajando mano a mano con Laurence.

—Ahora que lo dices, tienes razón, Zane. Perdona que no se me haya ocurrido decírtelo.

—¿De qué se trata? —preguntó él.

Ruby recogió las últimas joyas, metió sus notas en el portafolio y lo miró.

—Llamó tu novia. Quería saber si habías llegado bien. Estaba preocupada por qué cuando os despedisteis tenías aspecto de estar muy cansado.

Capítulo 6

ZANE titubeó apenas un segundo.

—¿Anneleise ha llamado aquí?

Sus palabras no debían haber afectado su salida triunfante, pero en el fondo no hacían más que confirmar lo que sospechaba, que él tenía otra mujer esperándolo en Londres, y Ruby supo que no había habido ningún error ni ningún malentendido. El interés de Zane en ella no tenía nada que ver con la atracción entre dos personas y sí con la intimidación.

Giró en redondo, harta del engaño y de las mentiras, harta de la tensión que flotaba en el aire cada vez que se encontraba con ese hombre.

—¡Claro que era Anneleise! —le espetó furiosa—. Dime, Zane, exactamente ¿cuántas novias tienes?

—Anneleise no es mi novia.

Ruby pestañeó sorprendida, y se dio cuenta de que ahora Zane estaba muy cerca de ella, tanto que tuvo que dar un paso atrás.

—Tu querida entonces.

—¿Y eso te preocuparía?

—En absoluto —respondió ella sin mirarlo—. Tu vida privada no es asunto mío.

Zane no dijo nada, pero lentamente las comisuras de los labios masculinos se curvaron y en sus ojos brilló un destello de calor, de poder y de peligro.

—Olvida a Anneleise —dijo casi pegado a ella—. Sólo es una vieja amiga. No tienes que tener celos de ella.

—Oh, no, no tengo celos. Te equivocas.

La astuta sonrisa de incredulidad apenas duró unos segundos en la boca masculina. Rápidamente cambió a otra expresión, —más

intensa, más urgente.

Más desesperada.

—Te he echado de menos —reconoció él con voz pastosa—. He echado de menos tus discusiones, y el destello de tus ojos azules, y sobre todo he echado de menos tenerte cerca y acariciarte.

Levantó una mano y le recogió un mechón de pelo detrás de la oreja. Ruby se estremeció, hipnotizada por sus palabras, con el pulso acelerado. Zane ladeó la cabeza y lo obligó a mirarla a los ojos, a la vez que le sujetaba a la barbilla con los dedos.

—¿Has pensado en mí durante mi ausencia?

—No… —Ruby parpadeó y buscó una rápida ruta de escape—. No lo recuerdo, la verdad. Tenía mucho en qué pensar.

Esta vez él se echó a reír, con una risa grave y sensual que la hizo olvidarse por completo de huir.

—Es una lástima, porque yo sí. He pensado mucho en ti. Me has costado muchas horas de sueño.

—Es una lástima —dijo ella con más valentía de la que sentía—. Espero que ahora puedas recuperarlas.

—Oh, yo también —dijo con los labios a unos centímetros de los suyos—. Yo también.

El tiempo casi se detuvo entre ellos, y Ruby ya podía sentir los labios masculinos en ella, ya podía saborearlo, ya estaba separando los labios…

Inmediatamente Zane advirtió el cambio en los ojos azules, los interrogantes y la incertidumbre, pero concentró toda su atención en la sensación de unir sus labios. Con la mano libre le rodeó la cintura para evitar que retrocediera, a la vez que con la mano que le alzaba la barbilla la sujetaba por la nuca, pero aparte del respingo inicial por la sorpresa, ella no hizo amago de huir.

Zane le acarició despacio los labios, saboreándola. Cielos, era mejor incluso de lo que había anticipado, mucho mejor.

Las manos femeninas se posaron en su cintura, con los dedos sujetándose a la camisa, como titubeante, y él respiró despacio. Era un comienzo, Ruby le estaba acariciando, aunque él deseó sentir las manos no a través de la camisa, sino sobre su piel, con las uñas clavándose en él. Y quiso sentir su cuerpo desnudo deslizándose bajo el suyo.

¡Quería hacerla suya! ¡Ya!

Encontró el pasador que sujetaba la melena morena y, con un suave apretón, logró soltarlo y que el pelo cayera sensualmente sobre sus hombros. Dejó que el accesorio acabara en la mesa mientras extendía los dedos por entre los mechones rizados, disfrutando del contacto sedoso en la piel.

La apartó de la mesa, sintiendo la curva del cuerpo femenino bajo la mano, y la apretó contra él, haciéndole sentir la desesperada necesidad de hacerla suya a la vez que depositaba un reguero de eróticos besos por la garganta femenina. Sin soltarla, utilizó la otra mano para apretarla más contra él, y…

¿En qué demonios estaba pensando? El ruido del pasador rasgó la neblina sensual con la que él estaba envolviéndola. Ruby abrió los ojos a la dura realidad, incluso a pesar de que los besos de Zane continuaban seduciéndola para que cerrara los ojos y se dejara llevar por las sensaciones.

Ese era el problema: que no estaba pensando. Y por eso estaba así, pegada a él, sintiendo su erección contra el vientre, incendiando su cuerpo y acabando con la capacidad lógica de su mente.

Las manos que sujetaban la camisa de Zane lo empujaron hacia atrás, tratando de poner algo de distancia entre ellos, mientras los labios masculinos volvían a ascender por la garganta hasta su boca. Ruby tragó saliva y giró la cabeza, tratando de resistirse, a pesar de que su cuerpo se sentía tan débil, tan lánguido y tan líquido, con los senos hipersensibles y deseando el mínimo roce contra él. ¡Pero tenía que resistirse!

—Zane —exclamó ella, volviendo la cabeza—. Basta ya.

El continúo besándola y le tomó un seno en la palma de la mano, acariciándolo con delicadeza, provocando una oleada de placer que la recorrió de la cabeza a los pies.

—Tú también lo quieres —susurró roncamente sobre su piel—. Lo noto.

Le acarició el pezón erecto con el pulgar, y ella se estremeció de nuevo. Una batería de sensaciones la asaltó, haciéndola desear pegarse a él otra vez, cuando eso era lo último que necesitaba.

Desesperada, utilizó el arma más potente que tenía para su defensa.

—¿Y qué es lo que quieres tú? —preguntó con una voz temblorosa que apenas reconoció como la suya—. ¿Saber qué tal lo

haces comparado con tu padre?

Zane la soltó como si fuera veneno, y la empujó apartándola de él sin decir una palabra. Temblando, Ruby se alejó deprisa, sin dejar de mirar de soslayo por encima del hombro por si acaso él volvía a atacar.

Pero Zane no se movió. La dejó marchar, y sólo cuando ella desapareció por completo, estrelló el puño cerrado contra la superficie de la mesa con una rabia que amenazaba con dominarlo por completo.

Apenas oyó el crujido de los huesos contra la madera sólida. Porque en ese momento, nada era peor que el asco que sentía hacia sí mismo. Tres semanas lo habían convertido en poco más que un animal. Había estado a punto de hacerla suya allí mismo, aquella misma noche. Había estado a punto de tumbarla sobre la mesa, meterse entre sus piernas y poseerla.

¡A la querida de su padre!

Él no era mejor que su padre, no mejor que el hombre a quien tanto despreciaba. Salió del edificio en dirección al coche mientras se frotaba con gesto ausente el puño dolorido en la palma de la otra mano, todavía ardiendo de deseo, con la testosterona disparada y la imagen de Ruby ante los ojos.

Y despreciándose como nunca había despreciado a nada.

Ya era bastante horrible que Ruby se acostara con su padre. Que hubiera estado enamorada de él y sido su amante.

Pero su verdadero problema era por qué, a pesar de todo eso, continuaba deseándola con tanta intensidad.

¡No debió permitir que la besara! ¿Cómo podía fingir que no quería sus insinuaciones, como podía asegurar que el magnetismo de Zane no la afectaba en absoluto?

Durante los dos días que siguieron al incidente en el taller, los dos se evitaron el uno al otro en la medida de lo posible, apenas intercambiando un gruñido cada vez que se encontraban, pero Ruby sabía que no podían seguir así mucho tiempo. Así no podían dirigir la compañía. Tarde o temprano tendrían que hablar. Miró en el

calendario del ordenador y tragó saliva al ver lo que su ayudante personal había anotado para las nueve y media.

Reunión con Zane, sala de juntas.

Sabía que tenían asuntos que debatir. Zane continuaba esperando el informe sobre el presupuesto del lanzamiento de la Colección Pasión, y también tenían que organizar una visita para el inicio de la inminente cosecha de perlas. No quería ir con él; no quería verse expuesta a él ni a su potente magnetismo. No quería sentirse atraída por él.

«Tú también lo quieres», le había dicho, y era cierto, no podía negarlo.

Le había permitido que la besara, que la acariciara, que la tocara tan íntimamente como si la poseyera, y ella había disfrutado cada segundo y cada caricia, y quería más.

Quería ser poseída por él.

Y habría sucedido allí mismo si no hubiera recobrado repentinamente el juicio. Pero incluso entonces, no fue su determinación lo que la salvó, sino Laurence. Igual que la había protegido en otra ocasión cuando necesitó ayuda, ahora era de nuevo su escudo protector.

¿Cuánto tiempo creería Zane que había sido su amante? ¿Y qué ocurriría cuando descubriera la verdad? ¿De qué serviría entonces ella a la compañía, si era incapaz de llevar a cabo los deseos de Laurence, incapaz de vivir consigo misma si sucumbía a los deseos de su cuerpo?

No podía permitir que sucediera.

Cuando llegó a la sala de juntas, Zane la estaba esperando, sentado a la cabeza de la mesa, golpeándose con impaciencia la mano con un lápiz, aunque el reloj de pared dejaba claro que apenas llegaba un minuto tarde.

—Por fin te dignas a aparecer —le espetó él al verla entrar por la puerta.

Ruby le sonrió con toda la dulzura de la que fue capaz bajo las circunstancias.

—Oh, te aseguro que el placer es mío.

Lo vio apretar la mandíbula y los labios, y se dio cuenta de que

todavía estaba furioso consigo mismo por lo que había estado a punto de suceder dos noches antes. Lo que a ella le venía perfectamente. Cuanto más furioso estuviera, más fácil sería olvidar lo que sintió en sus brazos y más fácil sería rechazarlo.

Esperó a que ella se sentara a cierta distancia de él.

—Bien —dijo—. Empecemos con el informe que me prometiste sobre el presupuesto de la presentación.

Dos horas después Ruby se sentía como si la hubieran centrifugado, todavía sin recuperarse del implacable interrogatorio al que acababa de ser sometida, pero si a él le impresionó su defensa y justificación de cada dólar invertido en el lanzamiento de la nueva colección, no lo demostró. En lugar de eso, Zane parecía estar cada vez de peor humor.

Después repasaron el resto de los asuntos más de prisa, entre ellos la visita a las granjas perlíferas para supervisar la cosecha de perlas que estaba a punto de comenzar. Ruby no tenía muchas ganas de acompañar a Zane, pero el cultivo había cambiado considerablemente en los últimos años, y era importante que le informara sobre su funcionamiento ahora que Laurence no estaba allí para hacerlo.

Cuando terminaron, Ruby empezó a recoger sus papeles para irse.

—Una última cosa —empezó Zane—. Creo que ya es hora de que fijemos algunas normas sobre cómo dirigir la empresa. Ahora que he vuelto, yo me ocuparé de la dirección de la compañía y tú puedes dedicarte de nuevo al diseño.

Ruby sintió que le hervía la sangre en las venas. Volvió a sentarse en el sillón y lo miró con una sonrisa.

—Agradezco que te hayas interesado tanto por mi opinión sobre las normas y que quieras darme tiempo para diseñar, pero la verdad es que me gusta la gestión de la empresa, Zane, así que prefiero continuar haciéndolo si no te importa.

Una mirada a la expresión de pocos amigos en el rostro de Zane era clara indicación de que le importaba, y mucho.

—No será necesario —insistió él, que no estaba dispuesto a dar su brazo a torcer—, ahora yo me ocupo. Así tú tendrás la

oportunidad de concentrarte en lo que estás contratada para hacer.

—Pareces olvidar que ahora no soy una simple empleada —le tuvo que recordar ella—. Soy propietaria de casi la mitad de la empresa, de cuya gestión me ocupaba con Laurence antes de su muerte.

—Mi padre estaba enfermo. Yo no necesito tu ayuda.

—No siempre estuvo enfermo. Además, mi parte de la empresa me da derecho a participar en la gestión de la misma, como es evidente que tu padre deseaba.

Una vena en la sien masculina empezó a latir peligrosamente.

—No cometas el error de hacer esto más difícil de lo que ya es —le advirtió él sin levantar la voz.

La amenaza quedó flotando en la cargada atmósfera de la sala de juntas, y Ruby cruzó mentalmente los dedos para que sus ojos no reflejaran toda la hostilidad que sentía por él en ese momento.

—¿0 qué? —le desafío ella—. ¿Volverás a besarme?

El lápiz que Zane tenía entre los dedos se partió en varios trozos que salieron disparados, y Ruby contuvo el aliento mientras se desparramaban sobre la mesa.

A Zane no le importaba el lápiz. Estaba demasiado ocupado mirándola a los labios. Sí, eran dulces. Carnosos y ácidos como fruta tropical madura, y deseosos de abrirse bajo los suyos y dejarse devorar, a pesar de sus protestas. ¿Y ahora lo desafiaba a que la besara?

¡Ni loco!

Volvió a mirarla a los ojos, esta vez con una sonrisa en los labios y la sensación de que por primera vez desde que la vio entrar por la puerta de la sala de juntas tenía la sartén por el mango.

—Si eso es lo que estás esperando, me temo que te vas a llevar un buen chasco.

Y salió de la sala antes de que ella pudiera protestar, satisfecho de haber dicho la última palabra y sabiendo que había sobrevivido a la reunión, resistiendo el impulso de tumbarla sobre la mesa y terminar lo que había empezado dos noches antes.

Podía resistirse a ella, a pesar de sus curvas y sus labios.

Se resistiría a ella, y de paso le dejaría muy claro cuál era su lugar.

Capítulo 7

DOS HORAS al norte de Broome, en 'una protegida y cristalina cueva frente a la costa de acantilados rojos, manglares verdes y arenas blancas de Kimberley, la lancha llegó a donde estaba la embarcación encargada de la recolección de perlas, en la primera de las diez granjas perlíferas de la Corporación Bastiani. Las aguas eran azules y transparentes, y las ostras perlíferas estaban bajo la superficie del agua en paneles unidos entre sí y formando largas hileras donde podían balancearse al ritmo de las mareas.

Ruby levantó la cara al cielo y aspiró el cálido olor a sal del Océano índico. Era agradable estar lejos de la tensión de las oficinas, aunque la fuente de tensión no se había quedado allí.

Aquel día Zane estaba más relajado que nunca, en pantalones cortos y un polo, el pelo negro azotándole la cara mientras la lancha avanzaba deprisa paralela a la costa, con gafas de sol que ocultaban unos ojos que ella sentía clavados en su cuerpo continuamente.

Su reunión de unos días atrás había precipitado una heladora intolerancia entre ellos, y se evitaban en la medida de lo posible. Pero cuando no podían evitar verse por motivos profesionales, la situación era insoportable. Sin embargo, Ruby podía sentir el calor masculino, así como el resentimiento que emanaba de algo parecido a una fuerza vital, y los ojos castaños que seguían sus movimientos en todo momento, continuamente al acecho, como un depredador, observando y esperando.

¿Por qué insistía? Si había aceptado que ella no era para él, ¿por qué continuaba observándola? ¿Por qué no la dejaba en paz? ¿0 estaba tan resuelto a deshacerse de ella fuera como fuera que había decidido que la manera de conseguirlo era incomodarla al máximo para que tirara la toalla de una vez por todas?

Pues podía ir pensándoselo otra vez, se dijo, porque no se libraría de ella tan fácilmente.

Recogió sus cosas y sintió el nerviosismo que reinaba entre todo el equipo ante el inicio de una nueva cosecha. Cada perla era especial, pero siempre estaban las que destacaban por encima de todo a ojos del diseñador. En ese momento estaba impaciente por ver las nuevas oportunidades que traería la cosecha del año.

Volvió hacia el lado del barco y encontró a Zane ofreciéndole una mano para ayudarla a pasar de la lancha rápida a la embarcación de operaciones. El llevaba los ojos ocultos tras unas gafas de sol y tenía la mandíbula apretada. Por un momento, Ruby se echó hacia atrás. La última vez que se tocaron… Pero ahora sólo le ofrecía una mano. Con un leve asentimiento de cabeza, tomó la mano masculina y saltó a la cubierta de la otra embarcación, deseando que el contacto fuera lo más breve posible. Pero Zane aprovechó el momento para tirar de ella levemente, y Ruby tuvo que estirar la mano y apoyarse en el pecho masculino para evitar caer contra él.

Ruby lo miró a la cara, sin aliento, con el corazón latiendo irracionalmente y la íntima sensación de que bajo las gafas oscuras, los ojos de Zane ardían por ella.

—Gracias —logró decir, echándose hacia atrás.

El gesto serio de Zane dejó entrever, durante una décima de segundo, una breve sonrisa que enseguida desapareció tras un suspiro. Zane respiró hondo y la soltó, a la vez que le daba la espalda para saludar al director de la embarcación.

Éste les dio la bienvenida a bordo y los fue presentando a la tripulación mientras hacían un breve recorrido por el barco. Después esperaron a que sacaran los primeros paneles de ostras del mar y observaron, fascinados, cómo los técnicos abrían las conchas sólo lo suficiente para retirar los tesoros que contenían en su interior.

Con admiración observaron cómo uno de los técnicos utilizaba un par de pinzas largas para retirar una perla perfecta de la primera ostra antes de plantar hábilmente, en el interior de la misma, otra perla, ésta un poco más grande que la anterior, y depositar la ostra de nuevo en su sitio.

Observaron el proceso varias veces con fascinación, maravillados

ante los tesoros que se generaban en el interior de las ostras tras años sumergidas en el mar.

—¿Cuánto hace que no veías este proceso? —susurró Ruby a Zane mientras los técnicos continuaban con su delicada labor.

—Demasiado para recordarlo —reconoció él con sinceridad, fascinado por un mundo que debería serle más que familiar pero que de repente parecía nuevo y muy interesante—. Las cosas han cambiado mucho. Recuerdo que antes traían las ostras a tierra.

—De este modo —explicó ella— nos aseguramos de que las ostras sufran el menor estrés posible. De esta manera, el rendimiento ha aumentado considerablemente.

Tenía su lógica, y no por primera vez desde su regreso Zane recordó lo que se había perdido en los últimos años. Mientras se estaba labrando su propia carrera profesional en Europa, su padre había continuado innovando y mejorando el cultivo de perlas, y durante los años de su ausencia, Ruby había estado junto a él.

Y había aprendido mucho, tenía que reconocerlo.

Zane se movió ligeramente, cambiando el peso de pierna, incómodo ante la idea de que Ruby era mucho más que una serie de atributos físicos muy agradables y tentadores. Se inclinó sobre ella, no porque deseara hacerle ninguna pregunta, sino porque era una excusa para acercarse a su cuerpo y poder respirar la delicada fragancia que emanaba de ella y que tanto le afectaba.

—¿Cuántas perlas harán hoy? —preguntó, a unos milímetros de su oreja. ,

Ruby se volvió ligeramente para responder, y él vio el destello de confusión en los ojos azules.

—Ya te lo he dicho antes. Normalmente se hacen unas cinco mil al día, y suelen tardar diez días en terminar con la cosecha completa de una granja.

¿No habían hablado antes? No lo recordaba. Pero quizás se había estado fijando más en su aspecto, en los pantalones cortos y la camisa de algodón blanca que llevaba sobre una camiseta de tirantes. Nada especial en el conjunto, pero él no había podido dejar de mirarla durante todo el viaje.

Y ahora la tenía lo bastante cerca como para aspirar su fragancia y memorizar todos los olores individuales que la envolvían: el aroma tropical del champú en el pelo, la suave caricia de la crema

hidratante en la piel y el toque de perfume, suave y floral, que acompañaban la esencia inconfundible que era ella.

Era un aroma que se metía en su cuerpo y lo atraía como un imán, a pesar de saber que no debía.

Reticente, concentró de nuevo su atención en las operaciones, y los dos continuaron observando el proceso, viendo las enormes diferencias entre las perlas que recogían, cada una un descubrimiento excitante, algunas perfectamente redondas, otras marcadas por las constricciones de la concha en la que habían crecido, otras de formas imperfectas y otras muy pequeñas, las llamadas keshi, formadas de manera inesperada y totalmente natural. Y los colores eran magníficos. La gama iba desde el blanco plateado al rosa, el dorado y todos los tonos intermedios que caracterizaban las perlas de los mares del Sur.

Zane miró el perfil de Ruby, los labios carnosos y ligeramente entreabiertos mientras ésta continúa observando el proceso con admiración.

Una fruta prohibida, pensó, y tan tentadora.

—Las perlas se clasificarán en Broome —le explicó ella en la lancha motora en el camino de regreso—. Mantendremos las mejores para futuras colecciones, y el resto las exportaremos al mercado internacional.

Él asintió.

—Me alegro de haber venido. En una década han cambiado mucho las cosas, y parece que mi padre sabía lo que se hacía.

Ruby le apoyó una mano en el antebrazo y le sonrió, como si por fin hubiera dicho algo bueno.

—Gracias —le dijo ella, mirándolo a los ojos.

En sus ojos de Ruby se reflejaba el azul profundo del océano mientras los mechones rizados de pelo le azotaban la cara. Y en sus labios había una sonrisa que le llegó, hasta lo más hondo. Zane nunca la había visto sonreír así, y tuvo que luchar contra el impulso de tomarle la cara y besarla hasta dejarla sin sentido.

—¿Gracias por qué? —preguntó él con voz ronca, y casi sin recordar de qué estaba hablando.

En realidad estaba pensando en la noche en el taller, cuando

sucumbió a la tentación y la besó, cuando el cuerpo flexible y maleable se pegó a él acariciando su erección. ¡Cómo se detestó por dejarse llevar por aquel beso!

Pero desde entonces se había arrepentido muchas veces de no haber continuado.

—Gracias —respondió ella—, por reconocer por fin algo a tu padre.

Zane cerró los ojos, sacudiendo la cabeza y tratando de apartar las excitantes imágenes de su mente.

Pero tampoco quería pensar en su padre, ni en lo que pensaba de él, ni por qué. No mientras tenía la mano de Ruby apoyada en el brazo, su rostro tan cerca de él, y se sentía endurecerse de nuevo.

Pero si no pensaba en su padre, probablemente se rendiría ante el inexplicable deseo que sentía por ella.

Por una mujer que no podía ser suya.

Dejó que la mano femenina se apartara mientras él se pasaba los dedos por el pelo. Nunca podría ser suya. Nunca podría continuar lo que su padre había dejado. ¿Cómo podía acostarse con la amante de su padre? Pero, peor aún, ¿cómo podía continuar en Broome, viviendo con aquel insano deseo, sintiendo cómo la necesidad lo consumía cada vez que ella estaba cerca?

¡No podía vivir así!

Y por eso sólo había una respuesta. Tenía que librarse de ella, fuera como fuera.

Todavía pensando en sus planes, Zane giró por la carretera que conducía hacia el hotel de Ruby sin apenas darse cuenta de que estaba atardeciendo y de que pronto sería de noche. Primero tenía que ponerse en contacto con el abogado. Derek Finlayson tendría que entender que las cosas no funcionaban, y que Ruby y él no podían dirigir la compañía juntos. Y si Zane aumentaba su oferta, quizá conseguiría que Finlayson hablara con Ruby y la convenciera para aceptarla.

A su lado, Ruby se estremeció y se frotó los brazos.

—¿Tienes frío? —preguntó él, ajustando automáticamente el aire acondicionado.

Era la primera vez que hablaba desde que subió al coche.

—No es frío —dijo ella, frotándose el puente de la nariz—. Supongo que no me había dado cuenta de lo cansada que estaba. Hoy ha sido agradable salir de la oficina.

Zane sintió una punzada de remordimientos. Mientras él se ocupaba de sus negocios en Londres, había dejado la dirección de la compañía totalmente en sus manos, sin pensar que a la vez tenía que ocuparse de su trabajo como diseñadora. De hecho, había esperado, mejor dicho deseado, que ella fracasara. Sin embargo, no fue así. Todo lo contrario, Ruby se había ocupado de todo sin necesidad de pedirle apoyo ni consejo, y después de su regreso, las cosas se habían puesto mucho más complicadas.

Volvió ligeramente la cabeza para mirarla. Estaba relajada en el asiento, con la cabeza apoyada y los ojos cerrados, y, a la luz de los últimos rayos de sol, Zane vio las ojeras bajo sus ojos y la tensión en la mandíbula. Y sin embargo, había algo en ella, la forma de los ojos, la línea de los pómulos, los labios carnosos, generosos y tentadores. Y su cuerpo…

Ruby abrió los ojos y lo sorprendió mirándola, pero no desvió la mirada. En lugar de eso, ladeó ligeramente la cabeza, y preguntó:

—¿Por qué odias tanto a tu padre?

—¿Quién dice que lo odio? —dijo él con los ojos en la carretera.

—Todo lo que haces y lo que dices. Y el hecho de que te fuiste y no lo llamaste en nueve años. Hoy ha sido la primera vez que te he oído decir algo decente sobre él, pero cuando lo he mencionado, has vuelto a cerrarte de nuevo, como si hubieras roto una promesa de no decir nunca nada agradable sobre él.

Ése no había sido en absoluto el motivo que lo llevó a terminar la conversación, pero no pensaba decirle en qué había estado pensando.

—¿Qué pasó hace tantos años para que te fueras sin volver la vista atrás? —insistió ella.

«Todo», pensó él, los nudillos blancos sobre el volante. «No podía soportar verlo».

—Tenía mis razones.

Ruby permaneció un momento en silencio.

—¿Tuvo que ver con la muerte de tu madre?

La cabeza de Zane se volvió hacia ella como impulsada por un resorte.

—¿Qué te hace pensar eso?

—No lo sé. Quizá que te fuiste poco después de su muerte.

—No murió; la mataron.

—Laurence mencionó un accidente de coche —recordó ella sin entender sus palabras.

—¿Te dijo quién conducía?

Desesperada, Ruby intentó recordar lo que Laurence le contó unos años antes después de sufrir un pequeño infarto.

—No estoy segura. Pero sé que no era él, si eso es lo que sugieres.

Zane se echó a reír con amargura a la vez que aparcaba frente al hotel.

—¡Siempre saltas a defenderlo como si te fuera la vida en ello! —le reprochó—. No, no conducía él, ¿pero te dijo algo de la mujer que conducía, la mujer que provocó el accidente que la sacó de la carretera, las aplastó a las dos y mató a mi madre?

—No lo sé —dijo ella, tratando de recordar—. No lo creo.

Zane dejó escapar un largo suspiro.

—Bonnie Carter —dijo por fin, haciendo un esfuerzo sobrehumano—. La mejor amiga de mi madre desde el colegio, su dama de honor el día de su boda y mi madrina. Era parte de la familia.

—No lo entiendo —dijo Ruby, moviendo la cabeza.

—Yo tampoco hasta el día del accidente —continuó—. Entonces todo encajó. Bonnie era guapísima. Para mí, mi madre también lo era, pero diferente. Era de estatura y peso normal, pero con una sonrisa que iluminaba todo lo que la rodeaba. Sin embargo, Bonnie podía haber sido modelo, alta y elegante y con una cara que hacía volver cabezas por donde quiera que fuera. Como tú —añadió, mirándola—. Nunca se me ocurrió pensar por qué no se había casado. Siempre estuvo con nosotros, la mejor amiga de mi madre, la madrina más generosa y atenta, pero en realidad fue una traidora. Mi padre le pagaba para que fuera su querida. Una furcia.

Zane abrió la puerta del coche y salió afuera. Necesitaba más espacio y aire para respirar. Cruzó el césped hasta la barandilla de madera que marcaba el límite con las dunas que llevaban a la playa y respiró profundamente el aire del océano.

En ese momento el sol caía en silencio en el horizonte,

acariciando la superficie del océano y brillando brevemente antes de esconderse en el mar. Detrás de él, Zane oyó el chasquido apagado de la puerta del coche al cerrarse.

No se volvió. Continúo mirando al mar hasta que la luz del sol no era más que un punto en el horizonte, extinguiéndose de la misma manera que se había extinguido la relación con su padre.

—Zane, lo siento —la oyó decir a su lado.

—Tú no tienes la culpa —respondió él.

—Pero no puedo creerlo. Laurence no le habría hecho eso a tu madre. Era un hombre de honor, íntegro, y la quería. Sé que la quería. Debes recordarlo.

—¿Entonces por qué se acostó con Bonnie? Él mismo lo reconoció.

—Pero… ¿cuándo?

—Después del accidente mi padre se volvió loco, consumido por el dolor. Me di cuenta de que estaba organizando un funeral doble y que pensaba enterrarlas a las dos en el panteón familiar, juntas. Sabía que eran muy amigas, pero era una locura. Cuando le pregunté por qué, tuvo el valor de decirme que Bonnie le había dado algo que mi madre nunca pudo.

—No puedo creer que traicionara así a tu madre.

—¿Por qué? —preguntó él, mirándola con resentimiento—. ¿Crees que eras la única mujer especial para mi padre?

Le dio la espalda y volvió a perder la mirada en el océano, a la vez que se frotaba la nuca con la mano.

—Cuando le supliqué que negara que se había acostado con Bonnie, no lo hizo. No pudo hacerlo. Porque Bonnie había sido su querida y él traicionó a mi madre. Por eso, en cuanto enterraron a mi madre, me fui de Broome. ¡Y él ni siquiera intentó impedirlo!

Muy al contrario. Todavía podía escuchar las palabras de su padre: «¡Solo nunca lo conseguirás! ¡Volverás arrastrándote por el suelo, suplicándome!».

Sin embargo no había vuelto, demostrándole a su padre que era capaz de triunfar sin su ayuda.

Pero entonces, ¿por qué se sentía tan vacío?

Cuando por fin volvió para hacer las paces con su padre, había sido demasiado tarde. Ahora Laurence nunca podría reconocer que se había equivocado. Como también fue demasiado tarde para

impedir que su padre tuviera otra amante, esta vez una mujer que deseaba para él.

La noche descendió sobre el cielo y los envolvió.

Ruby cruzó los brazos al pecho y se estremeció. No podía ser cierto. Aquél no era.el Laurence que ella conocía. Y sin embargo, algo tuvo que ocurrir. Quizá ésa era la clave de las últimas palabras de Laurence a su hijo.

—Quizá por eso… —empezó ella, pensando en voz alta, pero se interrumpió.

—¿Quizá por eso qué? Ruby tragó saliva.

—Quizá por eso tu padre quería disculparse.

—¿De qué estás hablando? —quiso saber dando un paso hacia ella—. ¿Cuándo?

—Justo antes de morir. Yo le sujetaba la mano y él dijo: «Dile a Zane que lo siento».

—¿Sus últimas palabras fueron para mí y a ti no se te ocurrió decírmelo? —preguntó él en tono acusador.

—Lo siento muchísimo —susurró ella.

—¿Y no dijo nada más?

Ruby miró hacia el océano, a cualquier sitio donde no tuviera que ver la acusación en los ojos oscuros. Pero no podía decirle el resto. «Cuida de él». Zane no tenía que saberlo. No querría saberlo.

—No hubo tiempo para más. Los aparatos empezaron a pitar y enseguida vinieron los médicos y me sacaron de allí. Fue lo último que dijo, pero no entendí por qué —lo miró—. Tú te fuiste de aquí y lo abandonaste. ¿Por qué iba a pedirte perdón?

—¿Y por eso decidiste no decírmelo? —volvió a acusarla.

Ruby abrió la boca para defenderse, pero en el fondo sabía que lo que había hecho no tenía perdón. Había decidido que Zane no merecía las disculpas de su padre y le había ocultado sus últimas palabras.

—Lo siento, Zane —dijo—. Tenía que habértelo dicho.

—Hablaré con el abogado cuanto antes —dijo él con los dientes apretados—. Llegaremos a un acuerdo, pero te quiero fuera de la empresa y fuera de Broome.

—Pero el lanzamiento…

—¡Es tu colección! Te quedas para el lanzamiento y las presentaciones en el mercado internacional, pero después te quiero

fuera de aquí. Te lo pagaré muy por encima de lo que vale.

Ruby levantó la barbilla con determinación.

—Ya te he dicho que no quiero tu dinero.

Zane fue al coche de dos zancadas y abrió la puerta. Desde allí la miró con rabia.

—Si una cosa he aprendido, es que todo el mundo tiene su precio. ¡Especialmente las furcias!

Sus palabras la desgarraron por dentro, dejándola helada, como si estuviera desangrándose y perdiendo la vida, mientras él daba marcha atrás y se alejaba a toda velocidad.

Después de lo que Zane acababa de contarle, nunca creería la verdad. Pero tenía derecho a estar furioso con ella por no contarle las últimas palabras de su padre.

Laurence le había pedido dos cosas, y ella no había cumplido ninguna de las dos. Ahora estaba segura de que nunca podría trabajar con él.

—Has ganado, Zane —susurró a las luces rojas que se alejaban —. Me voy.

Ruby estaba en su despacho a la mañana siguiente a las cinco y, en cuanto mandó el correo electrónico a Zane en el que confirmaba su abandono de la empresa después del lanzamiento de su última colección, sintió que las nubes negras que cubrían el cielo desaparecían y el aire volvía a ser fresco y respirable.

Con una nueva sensación de optimismo, se dirigió al taller donde pasó la mañana comprobando por última vez todas las joyas de la colección, asegurándose de que se habían realizado los últimos cambios en todas las piezas antes de firmarlas.

Porque por fin podía escapar, ahora que sólo quedaban unas horas para la entrevista con los abogados donde concretarían los términos de su decisión. Y si Zane quería ofrecerle dinero para obligarla a marcharse, ella lo aceptaría. No lo quería para ella, pero sí para donarlo a alguien que lo necesitara.

Su parte de la empresa, decidió, se gestionaría en un fideicomiso para los empleados. Después de todo, si los abandonaba tenía que asegurarse de su futuro, como deseaba Laurence, y no dejarlos completamente a merced de Zane. Encargaría al abogado que

invirtiera el dinero con los empleados como beneficiarios. Y en cuanto al veinte por ciento extra que Zane le había ofrecido por las acciones, sería para Pearl's Place, el refugio para mujeres maltratadas que su hermana había establecido en Sidney.

Giró el colgante entre los dedos, sintiendo la sensación de logro que siempre le acompañaba al verlo, pero esta vez la emoción estaba mezclada con otra, ésta de tristeza. Era un alivio dejar la empresa, pero también una importante pérdida. Los años que había pasado con Laurence fueron maravillosos. De él había aprendido mucho, y había recibido mucho más. Pero al final ella podía ofrecerle la Colección Pasión, dedicada a su recuerdo. Sería su último regalo de despedida.

—Me alegro de que por fin hayas entrado en razón.

Ruby levantó la cabeza y encontró a Zane delante de ella, sonriendo victorioso. Pero no era el único que salía ganando, ella también, y por eso se incorporó en el taburete.

—Has recibido mi correo.

Él se acercó sin responder, y Ruby tragó saliva, sintiendo que la temperatura se elevaba considerablemente.

—¿Qué es eso? —preguntó él, señalando el objeto que tenía ella en la mano.

Instintivamente, Ruby cerró los dedos para proteger el collar, pero el sentido común se impuso y le enseñó la pieza más importante de la Colección Pasión.

—El collar Pasión —dijo ella—. Está terminado.

Zane fruncido el ceño, sin creer lo que estaba viendo.

—¿Ése es el collar que has creado para la colección? ¿El que vi sólo en papel? —preguntó, tomándolo y alzándolo a la luz.

Ruby asintió.

Zane lo movió entre los dedos, viendo el juego de luz y sombras sobre la superficie de las gemas, y la imagen que se revelaba al moverlo de una forma muy concreta.

¡El abrazo de los amantes!

Ruby había convertido el concepto en una realidad, la experiencia de la pasión en una obra de arte. Se le puso la piel de gallina al ver la ilusión creada por aquella maravillosa obra de arte: el suave y cálido destello del nácar, las piernas esbeltas que se entrelazaban con las de su amante. Era apasionado y provocativo, e

insinuaba lo prohibido, lo apasionado, lo peligroso…

¿Pero a quién quería engañar? La colección estaba dedicada a Laurence. ¿No se había inspirado Ruby en él? Lo que él estaba viendo era su padre, el recuerdo de su relación con Ruby plasmado en una exquisita joya para la posteridad.

Zane le devolvió la joya y fue hacia la puerta con movimientos cargados de necesidad y reproches. Sí, la colección sería un éxito, ahora no le cabía la menor duda.

Pero al menos después ella se habría ido y él no tendría que enfrentarse continuamente a la realidad de que no era mujer para él.

—¿Zane?

El se volvió y la miró serio.

—¿Qué?

Ruby frunció el ceño.

—El abogado, ¿cuándo podemos reunirnos con él? Sobresaltado, Zane recordó el motivo que lo llevó a verla.

—Finlayson se ha ido de vacaciones y no quiero hablar de esto con su ayudante.

—¿Cuánto tenemos que esperar? —preguntó ella, ansiosa, sin duda desesperada por hacerse con el dinero y largarse de allí.

—Tranquila —dijo él—. Volverá en un mes. He concertado una reunión con él en su primer día. El día después de la presentación.

En cierto modo, trabajar con Zane empezó a ser un poco más fácil. Los dos sabían lo que tenían que hacer, y eran conscientes de que había una fecha límite a su relación profesional, lo que hacía todo mucho más soportable.

Ruby se enfrascó en el lanzamiento y los planes para llevar la colección a Sidney, y después a Nueva York y Londres. Zane ya había decidido no acompañarla en los viajes internacionales, aunque sí pensaba asistir a la presentación en Sidney.

Y era maravilloso poder concentrarse en los aspectos relacionados con el diseño y dejar que Zane se ocupara de la gestión en general. Aunque no iba a permitir que hundiera la empresa, a medida que pasaban las semanas Ruby tuvo que admitir que Zane sabía lo que hacía, y sus discusiones por motivos profesionales

prácticamente desaparecieron.

Los preparativos para el lanzamiento consumieron las últimas semanas a gran velocidad. Cronometrada al minuto, con un desfile de las piezas más espectaculares de la colección, la ceremonia estaba planificada para concluir apenas cinco minutos antes del famoso fenómeno Escalera a la Luna.

Era una de las cosas que no podía controlar y sabía que era un riesgo. Si todo iba bien, la luna llena se alzaría como una perla gigante sobre la Bahía de Roebuck y su luz se reflejaría sobre la marea baja, creando la apariencia de una escalera subiendo desde la tierra a la luna. Para ello, era necesario que el cielo estuviera totalmente despejado.

Diez minutos antes de la llegada de los primeros invitados, todo parecía estar preparado. Ruby estaba en el salón de baile del hotel mirando por los enormes ventanales y buscando alguna nube en el cielo.

—Parece que has tenido suerte —dijo Zane, apareciendo a su lado con doss copas de champán—. Felicidades —añadió, ofreciéndole una copa—. Has preparado hasta el último detalle, incluso has conseguido que el tiempo coopere contigo.

Ruby miró hacia la bahía y esbozó una sonrisa, cuando en realidad lo que tenía que hacer era recordar cómo respirar. ¿Zane la estaba felicitando? Cierto que en las últimas semanas desde que tomó la decisión de marcharse; había habido entre ellos una tregua, pero su relación apenas se limitó a unas breves reuniones para aprobar presupuestos o planes de promoción.

Enfundado en un esmoquin negro y una camisa blanca, Zane estaba más atractivo que nunca, y mucho más peligroso.

—Me parece que ahora no necesito champán. Tengo que tener la cabeza despejada —dijo ella, aunque era difícil, tal y como se sentía tan cerca de él.

Zane bebió un sorbo sin dejar de mirarla.

—Te relajará.

«Lo dudo», pensó ella, llevándose la copa a los labios.

—Por la presentación —dijo él, alzando la copa en un brindis—. Estoy completamente seguro de que será todo un éxito —añadió

antes de beber de nuevo.

Zane podía sentir la tensión en el cuerpo femenino, la rigidez de los hombros, y recordó que a la mañana siguiente se reunirían con Derek Finlayson y fijarían las condiciones de su salida de la empresa, lo que probablemente terminaría definitivamente con la incómoda situación que se había creado entre ellos.

Pero para eso todavía faltaban muchas horas, y Zane sintió el impulso de estirar las manos y masajear los hombros desnudos, relajar los músculos que se adivinaban tan tensos… Ruby pronto desaparecería de su vida. ¿Por qué no acariciar la piel blanca y sedosa, aunque sólo fuera una vez y disfrutar de la perfección de…?

Zane respiró y cerró el puño de la mano libre. No debía hacerlo. No debía tocarla. Si la rozaba aunque sólo fuera un momento, sería incapaz de resistirse a deslizar los tirantes del vestido por los brazos, a besar la piel de la garganta, a quitarle el traje de noche que la envolvía de forma tan seductora.

Para la ocasión Ruby había elegido un vestido de noche de color rosa plateado con pequeñas lentejuelas salpicadas por todo el tejido que destellaban al moverse, y el pelo recogido en un moño bajo la nuca que acentuaba la hilera de perlas perfectas de las que pendía un pequeño colgante de la Colección Pasión.

Ruby parpadeó y se ruborizó mientras los ojos masculinos la estudiaban con todo descaro.

—Estás preciosa —no pude evitar decir él—. Como un tesoro del fondo del mar.

Los ojos azules sostuvieron la mirada masculina, el tiempo suficiente para dejar claro lo que sentían: «Te deseo».

Zane sintió que se quedaba sin respiración. No podía continuar negándolo. Ni fingiendo. La deseaba.

Y aquella noche nada impediría que fuera suya.

Las palabras silenciosas se repitieron en el aire como un eco mudo antes de que las voces de los invitados los interrumpieran.

—Empieza el espectáculo —dijo ella, dejando la copa casi vacía en una mesa.

Poco después, la presentación estaba en pleno apogeo. Zane habló brevemente en lugar de su padre, presentando a Ruby como

el genio creador de la colección. Cuando le tocó a ella, Ruby habló de la magia de trabajar con perlas, que en tiempos antiguos se consideraban regalos de los dioses e incluso lágrimas de la luna. Por fin, haciendo un esfuerzo para no llorar, dedicó la colección al recuerdo de Laurence Bastiani, reconociéndolo como el hombre que había hecho un sueño realidad para que todo el mundo pudiera disfrutar las perlas más hermosas del mundo.

Entonces llegó el momento de la presentación de la colección, y las modelos desfilaron por la pasarela luciendo los exquisitos diseños. Collares de perlas y turmalina, largas tiras de perlas doradas perfectas, pulseras de oro y formas barrocas, pendientes elegantes y misteriosos. El público aceptó cada una de ellas con creciente interés, para culminar con un aplauso triunfal cuando se mostró la última pieza, el espectacular Collar Pasión.

¡Era demasiado! Lágrimas, esta vez de alegría, llenaron los ojos de Ruby. Alguien le apretó la mano. Zane.

—Felicidades —dijo él, llevándose la mano a la boca y besándola—. Ahora sube y saluda.

Sin saber cómo, Ruby logró subir las pocas escaleras del escenario para recibir una cálida ovación del público, mientras se disparaban los flashes y las modelos la abrazaban.

Sólo el sonido de un didgeridoo, el ancestral instrumento aborigen, podía acallar al público, al dar la señal de que la luna pronto se alzaría en el cielo. Las puertas que daban a la espaciosa terraza se abrieron y los invitados salieron a contemplar el fenómeno que todos estaban esperando.

Unos momentos después, tras las redondeadas colinas que se alzaban al otro lado de la bahía, emergió un pequeño destello de luz. Todos los presentes contuvieron el aliento y todas las miradas se concentraron en aquel punto, viendo cómo lentamente la espectacular luna llena se alzaba poco a poco sobre la bahía.

Lentamente, mientras la luna ascendía por el horizonte como una perla gigante, su radiante luz iluminó la marea baja con un haz de luz dorada que lentamente fue descendiendo hasta la tierra, peldaño a peldaño, hasta completar la escalera. Y allí estaba, la escalera, tan clara y tan real, la Escalera a la Luna.

Zane observaba el perfil de Ruby, y vio cómo cambiaba su expresión y reflejaba la admiración que sentía ante el espectáculo, con los labios ligeramente entreabiertos y los ojos brillantes.

Él había visto tantas veces aquel fenómeno en su juventud, que llegó a no saber apreciarlo, pero ahora, observando la expresión de Ruby, con el sonido ancestral del didgeridoo anunciando la ocasión, fue como verlo por primera vez. Como entender la magia de repente. Era una luna hecha para amantes, para ellos, y él lo entendió. No le quedaba más remedio que desearla. Al igual que la luna alzándose en el cielo cada noche, su pasión por ella era inevitable.

—Es preciosa —dijo Ruby en un susurro, echándose ligeramente hacia atrás, hacia él.

—Tú eres preciosa —murmuró él casi en su oído—. Exquisitamente preciosa.

La sintió temblar, pero Ruby no se apartó. Le pasó un brazo por los hombros para sujetarla, y tras una breve vacilación, la sintió relajarse sobre él.

La luna continuó ascendiendo en el cielo hasta que los peldaños de la escalera se fueron rompiendo uno a uno y separándose, y lentamente la mágica ilusión desapareció. Los invitados empezaron nuevamente a conversar entre ellos y a moverse, y continuaron disfrutando de la velada dando cuenta de los manjares y viandas preparados para la ocasión.

Zane sintió a Ruby moverse ligeramente, y supo que tenía que soltarla. Ruby tenía que atender a los fotógrafos y a la prensa, así como a los clientes y admiradores que se habían reunido en aquella celebración sin igual en la que ella era la protagonista. Pero antes de soltarla por completo, se inclinó hacia delante y le susurró al oído:

—Hasta luego.

Era tarde. Los invitados se habían ido despidiendo, y Ruby nunca se había sentido más llena de energía en su vida. Fue a despedirse del último invitado, pero fue Zane quien le tomó la mano.

—¡Zape! Ha sido maravilloso, ¿verdad? —dijo ella,

resplandeciente—. La colección ha sido un éxito.

—Y tú su artífice —le aseguró él, atrayéndola hacia sí—. Quería felicitarte.

—Gracias —susurró ella, incapaz de apartar la mirada.

Y entonces los labios masculinos rozaron los suyos, en una suave caricia cálida y sensual.

—Es tarde —dijo con voz grave, sujetándole la mano con fuerza —, y sería una tontería conducir teniendo reservadas habitaciones aquí.

Ruby tampoco quería conducir. Estaba intoxicada de éxito, de deseo, del peligro que sentía aquella noche.

Durante toda la velada se repitió la frase que él le había dicho: «Estás preciosa, como un tesoro del fondo del mar», y recordó la forma de mirarla, los ojos que la estudiaban con admiración, y el calor que emanaba de su cuerpo.

Ahora lo miró, todavía embriagada por el éxito, reticente a terminar una velada que había salido mejor de lo que había esperado.

—No pensaba ir a ninguna parte —dijo ella.

—Entonces te acompañaré a tu habitación —dijo él con un destello en los ojos.

¿A su habitación? ¿0 llegaría más lejos?

Ruby se estremeció al imaginarse a Zane besándola, desnudándola, haciéndole el amor. Sólo la idea de acostarse con él la hacía sentirse mareada.

Dejó que la tomará de la mano y la sacara del salón de baile a los jardines y la cálida brisa nocturna. Allí, él le pasó un brazo por los hombros y la llevó por entre el laberinto de cascadas y plantas tropicales exquisitamente cuidadas hacia su habitación.

Inmersa en la sensación del contacto y de la magia de la noche, a Ruby se le clavó un tacón entre los adoquines y estuvo a punto de caer. Pero él la sujetó, y al hacerlo, le puso sin querer una mano en el pecho. Ruby recuperó el equilibrio y pensó que Zane retiraría la mano, pero se equivocó. La mano permaneció allí, en un contacto que era más bien una suave caricia, con un sutil movimiento de los dedos.

Ruby lo miró a la cara, y bajo la suave luz de la luna se adivinaban las facciones masculinas, que a pesar de quedar medio

ocultas en las sombras de la noche no lograban ocultar su intensidad. Los ojos oscuros destellaban de deseo, y un gemido escapó de su garganta.

Ruby levantó una mano para cubrir la de él, —¿para apartarla quizá?—, pero si ésa era su intención, lo olvidó en cuanto sus pieles se rozaron. Entrelazó los dedos con los de él y los deslizó hacia la muñeca, mientras él la acariciaba despacio, y entonces ella le apretó la mano, en una silenciosa súplica para que continuara con la excitante y sensual caricia.

No tuvo que esperar su respuesta. Zane le tomó las dos manos y las sujetó a su espalda. Esta vez el beso fue diferente, más intenso, más urgente, más pasional. Los labios masculinos eran cálidos, y sabían a café y a vino, a noche y a luna, y su cuerpo se pegó a ella haciéndole sentir todo su poder y su deseo mientras la hechizaba con la boca.

Zane bajó ligeramente la cabeza y fue dejando un rastro de besos por la mandíbula femenina.

—Te deseo.

—Lo sé —respondió ella sin dudarlo.

Porque Ruby sabía que, si dudaba, pensaría, y no quería pensar. Al día siguiente habría tiempo para pensar, para planear. Al día siguiente habría visitas al abogado y acuerdos, y sin duda un nuevo resurgir de la ira y el resentimiento que había marcado sus meses juntos.

Pero ahora era ahora. Y ahora era su única oportunidad de hacer realidad la única fantasía que había ocupado sus sueños en los últimos meses. Se acostaría con él, como había soñado, aunque sólo fuera una noche.

Zane se echó hacia atrás y la miró a la cara, como si quisiera asegurarse de que ella era consciente de lo que acababa de aceptar. Pero, si le sorprendió ver la expresión en sus ojos, no lo manifestó. En lugar de eso, sus ojos brillaron en la oscuridad, y sin perder un segundo la alzó en el aire y la llevó en brazos por los jardines.

Aquella noche sería suya.

Capítulo 8

TIENES que ser mía —exclamó el, dejándola en el suelo y apretándola contra la puerta cerrada, tomándole la boca una vez más. Le deslizó los finos tirantes del vestido por los brazos y la apartó de la puerta sólo un segundo para sujetarla por la espalda y arquearla contra él. Le desnudó los senos y contempló por un segundo los pezones erectos antes de tomar un pecho con la boca y acariciarlo y saborearlo con la lengua, a la vez que mordisqueaba el pezón endurecido con los dientes, antes de pasar al otro.

Después la besó en la garganta, y otra vez en la boca, mientras la sangre le hervía en las venas, y el corazón le latía con tanta fuerza que apagaba todo excepto su deseo. Un deseo que lo consumía todo y que estaba en todo su cuerpo, en su boca, en sus manos, en su piel.

Quería hacerle el amor.

¡Lo había imaginado tantas veces desde la primera vez que la vio!

Pero ahora no había tiempo para hacerle el amor. Ahora tenía que hacerla suya.

Le levantó el vestido hasta los muslos con manos apresuradas. Mientras, ella le acariciaba la piel bajo la camisa, deslizando las palmas por la cintura, incitándolo. Zane le quitó la prenda de fino encaje que era la última barrera y la tomó con la palma, separándola con los dedos, y al notar la humedad de la excitación femenina, su deseo se disparó y lo cegó.

Ruby se colgó de su cuello con los brazos mientras él se desabrochaba y se preparaba sin dejar de besarla, sin dejar de saborear la dulzura y el placer, sabiendo que por fin tendría todo lo que había deseado. La alzó y se colocó las piernas femeninas

alrededor de la cintura, abriéndola por completo y encontrando el centro de su necesidad.

—Por favor, ahora —gimió ella, abrazándolo con las piernas.

Zane respondió, acercándola más a él y aprovechando la excitación femenina para penetrarla con un movimiento desesperado. Sintió cierta resistencia durante un momento, pero enseguida se sumergió en el paraíso que tanto había ansiado.

Sintió músculos que se contraían en su cintura, la presión de los brazos de Ruby en el cuello, y por encima de los desbocados latidos de su sangre oyó un grito, no de placer, sino de dolor, y de repente lo comprendió todo.

Y el paraíso se convirtió en un infierno.

Todavía jadeando y con la respiración entrecortada, Zane se apartó, tiró de los brazos que le rodeaban el cuello y la dejó deslizarse al suelo antes de ponerse bien la ropa. Ruby tenía los labios muy apretados, el rímel corrido alrededor de los ojos cerrados, que empezaban a humedecerse de lágrimas, mientras ella se subía el vestido para cubrirse el pecho.

—¿Por qué no me lo has dicho? —dijo él, incrédulo, en un tono que era casi una acusación.

Ruby abrió los ojos y lo miró con rabia.

—¿Me hubieras creído? ¡Me temo que no!

—Me dejaste creer que te acostabas con mi padre.

—¡Tú creíste lo que quisiste creer! —se defendió ella—. Lo decidiste en cuanto me viste, y nada de lo que hiciera o dijera te hubiera hecho cambiar de opinión. ¡Incluso me dijiste que era su furcia! —le recordó.

Zane giró en redondo, atormentado, apretándose las manos en la nuca. Ruby tenía razón. La había acusado de ser la querida de su padre, pero lo cierto era que era virgen.

O había sido virgen hasta hacía unos momentos. Acababa de gritar de dolor. Y él, en su precipitada desesperación, ni siquiera había podido esperar a tumbarla en la cama. No tenía que haber sido así.

Se volvió, y la vio recoger la ropa interior del suelo.

Se había colocado el vestido, ahora con los tirantes en

su sitio, y tenía la prenda de encaje en la mano.

—¿Te he hecho daño?

«No más de lo habitual», pensó ella.

—¿Te importa?

—No quería hacerte daño. No sabía…

—Estoy bien —dijo ella, aunque era evidente que no era cierto.

Zane dio un paso hacia ella. —Ruby…

—Olvídalo. Ha sido un error —dijo ella, sujetando el pomo de la puerta—. Creo que los dos lo sabemos. Afortunadamente me iré pronto de aquí.

Zane cruzó hasta ella y cerró de un golpe seco la puerta que ella había abierto apenas unos centímetros. Hasta ahora había pensado que era la querida de su padre. ¡Cómo se había equivocado! Su padre nunca se acostó con ella. Lo que no era normal, conociendo a su padre.

—¡No te vayas así! ¿No te das cuenta? Esto lo cambia todo…

No sabía cómo, pero la situación tenía que cambiar.

—Esto no cambia nada —dijo ella, apenas conteniendo la histeria—. Ha sido un error, nada más. Mañana nos veremos en el despacho del abogado y fijaremos las condiciones de mi partida, tal y como teníamos planeado. Como si esto no hubiera sucedido, lo que estoy segura de que es lo mejor para los dos. Y ahora… —miró el brazo masculino que seguía sujetando la puerta cerrada—, si me disculpas.

Zane la estudió en silencio. Ruby tenía razón. Sería mucho mejor para los dos fingir que nada había ocurrido. Sin hablar, abrió la puerta de par en par.

¡Tenía que estar loca por haber ido con él! A salvo en su habitación, contigua a la de Zane, Ruby se quitó el vestido y lo tiró en la cama antes de ponerse unos pantalones de algodón y una camiseta. Quería ducharse para tratar de lavar todo lo sucedido, pero allí no, pensó. Tenía que salir de allí cuanto antes, se dijo mientras reprimía las ganas de llorar. Igual que había hecho en el dormitorio de Zane, cuando él se apartó de ella, y para ella fue como una bofetada en el rostro. Él no la quería.cuando era la querida de alguien, y tampoco ahora que era virgen. ¿Cuándo se le

metería en la cabeza que él no la deseaba? El único interés de Zane en ella eran sus acciones, unas acciones a las que él se creía con derecho.

Pues al día siguiente las tendría.

Recogió con rapidez las pocas cosas que tenía. Más tarde habría tiempo para un baño, y también para las lágrimas. Lágrimas por todos los errores que había cometido aquella noche que había empezado como una de las más felices de su vida.

Tan segura estaba de lo mucho que lo deseaba, que pensó que él no se daría cuenta de su inexperiencia. ¡Cuán equivocada estaba!

Pero su primer error fue permitir que sucediera.

Sólo una cosa continuaba uniéndolos. Al día siguiente, el abogado se ocuparía por fin de cercenar definitivamente su relación profesional. Después, en unas semanas, Ruby terminaría con sus obligaciones de la Colección Pasión y se iría. Sería libre para siempre.

Al salir de la habitación, vio su reflejo en un espejo y se detuvo en seco. Tenía el rímel corrido, los ojos enrojecidos e hinchados por los besos de Zane, y la sonrisa que un rato antes estaba segura duraría para siempre había desaparecido de su rostro.

Para acabar de incorporarse después de unas largas vacaciones, Derek Finlayson estaba muy tenso. Con preocupación, el abogado los miraba por encima de las gafas, expectante.

—Ustedes dirán qué desean de mí. La nota de mi ayudante era bastante vaga —empezó el abogado.

Sentado frente a él al otro lado de la mesa, Zane miró a Ruby, pero ésta se limitó a mantener la vista al frente y evitar cruzarla con la suya mientras sujetaba lo que parecía una carta en la mano, ignorándolo como lo había ignorado desde que llegó al despacho del abogado.

Sólo las ojeras bajo los ojos indicaban que ella tampoco había dormido la noche anterior.

—Queremos redactar un acuerdo —dijo él, mirando al abogado —. Ruby ha decidido dejar la empresa y venderme su parte.

Derek Finlayson parpadeó lentamente antes de mirar a Ruby.

—¿Es eso cierto, señorita Clemenger?

Ella asintió.

—Tengo que terminar la gira de la colección, pero en cuanto regrese de Nueva York y Londres, dentro de dos semanas, me gustaría que estuviera todo preparado para mi partida.

Ruby se inclinó hacia delante y dejó sobre la mesa el papel que llevaba en la mano.

—Aquí están mis instrucciones —añadió.

Derek se quitó las gafas de metal y miró el papel con suspicacia.

—¿Están completamente seguros de esto?

—Desde luego —le aseguró Zane —. El acuerdo del que hablamos no funciona, y los dos pensamos que ya es hora de hacer algo. He ofrecido a Ruby comprarle sus acciones a precio de mercado.

Ruby giró la cabeza hacia él.

—¿Y el veinte por ciento? Mencionaste un veinte por ciento más —le recordó ella.

Zane sintió que le ardían las entrañas. Así que al final era por dinero. Tanto hablar de no quererlo, tanta pretensión de que no quería nada, y allí estaba, con una carta con las instrucciones sobre qué hacer con su parte.

Cierto, se había equivocado con ella en un sentido: no había sido la amante de su padre. Pero seguía viéndose con toda claridad que era una cazafortunas.

—Y yo que pensaba que no te interesaba el dinero. ¿Quieres más? ¿Te parece mejor el treinta por ciento? —preguntó él con sarcasmo.

Ruby lo miró, furiosa.

—Tú fuiste quien lo ofreciste. ¿Quieres echarte atrás después de…?

Ruby se interrumpió, y Zane supo lo que estaba pensando. Después de lo que ocurrió la noche anterior. Pero ella enseguida se recuperó y continuó.

—¿… ahora?

¿Por eso había accedido a ir a su habitación, para ganarse aquel veinte por ciento? Zane sintió que su alma se enfurecía de nuevo.

—Oh, ya veo que no hay muchas esperanzas —dijo el abogado, interrumpiendo el enfrentamiento verbal—, pero el señor Bastiani insistió en que dirigieran la empresa juntos.

—Lo siento —dijo Ruby, mirando a Derek—, lo hemos intentado, en serio. Pero ahora la Colección Pasión está prácticamente terminada y es hora de que yo continúe con otras cosas. Además, Zane controla perfectamente la empresa. Estoy segura de que eso era lo que preocupaba a Laurence, así que no veo ningún problema.

—Además —añadió Zane—, mi padre tampoco está en condiciones de obligarnos a hacer nada. Ahora controlamos la empresa.

El abogado suspiró.

—En fin, siento que hayamos llegado a esto, pero me temo que no es tan sencillo.

El hombre abrió una de las carpetas que había sobre la mesa y buscó la hoja que le interesaba.

—Aquí está. Verán, cuando Laurence redactó el testamento, me pidió que les ocultara un detalle en concreto. El reparto del cuarenta y cinco por ciento de las acciones para cada uno y el resto para los empleados tenía una condición.

—¿Qué condición?

Derek Finlayson los miró por encima de las gafas, consciente de que había llegado el momento más difícil de su cometido.

—Que para que los empleados tengan derecho a su diez por ciento y ustedes a recibir la herencia, deben gestionar la empresa conjuntamente por un periodo no inferior a doce meses.

Zane no podía dar crédito.

—¿Doce meses? ¿Está diciendo que ahora Ruby no se puede ir? —exclamó, incrédulo.

—Mis disculpas. Entiendo lo difícil que es esto para ustedes, pero Laurence insistió —el abogado respiró profundamente y miró a Zane en silencio unos segundos antes de continuar—. Usted no está en condiciones de comprar la parte de la señorita Clemenger, señor Bastiani, porque hasta que pase el periodo de doce meses indicado en el testamento, ninguno de los dos tiene en sus manos la venta de las acciones.

—¿Y no se puede ir?

—Ninguno de los dos se puede ir antes, a menos que quieran abandonar sus acciones y el diez por ciento de los empleados. Así que me temo que si quieren asegurar el futuro de empleados como

Kyoto y todos los demás, tendrán que seguir trabajando juntos otros nueve meses.

—No puede ser —murmuró Ruby, abatida, con una voz apenas audible—. Tiene que haber alguna forma de salir de esto.

Zane la miró, y le sorprendió verla totalmente pálida, los ojos azules muy abiertos, y la angustia claramente reflejada en ellos. Sintió una punzada de remordimientos.

Porque Ruby era una luchadora, y en otro momento habría aceptado el desafío para honrar la memoria de su padre.

Pero no después de la noche anterior. Ahora ella ya no estaba ansiosa por largarse con sus millones. Ahora estaba desesperada por huir de él.

—Lo siento, querida. No puedo hacer nada más —se disculpó el abogado.

Ruby se levantó antes de que éste terminara, y salió del despacho corriendo con un sollozo, como un animal herido.

—¡Ruby!

—¡Señorita Clemenger! —dijo el abogado, poniéndose en pie con la carta de Ruby en la mano.

Rápidamente, Zane le quitó la carta y fue hacia la puerta.

—Yo se la llevo —dijo.

En el parque que había enfrente de la sede de la Corporación Bastiani, Ruby se detuvo un momento para respirar, tratando desesperadamente de no vomitar.

¿Cómo podía haberle hecho eso Laurence? ¿En qué demonios estaba pensando? ¿Y cómo pudo pedirle que cuidara de Zane si ni siquiera podía cuidar de sí misma? La noche anterior había sido un claro ejemplo.

Ruby hizo exactamente lo que había jurado no hacer nunca: permitir que Zane la desnudara, le quitara la ropa y la penetrara, pero lo peor de todo era que ella lo había deseado tanto como él.

¡Se comportó como la furcia que siempre la había acusado de ser!

Avergonzada y asqueada de sí misma, Ruby se apoyó temblando en un árbol, y se llevó la otra mano a la garganta. ¿Cómo podía quedarse allí después de lo que había hecho? ¿Cómo podía

continuar trabajando con Zane?

—¡Ruby! —la llamó él desde el otro lado de la carretera.

Ella no respondió, sino que se metió aún más entre los arbustos, tratando de ocultarse.

Pero unos momentos después, él se detuvo junto a ella.

—¿Te encuentras bien?

—¿Tú qué crees? Me acabo de enterar de que tengo que quedarme aquí contigo otros nueve meses. Claro que no estoy bien.

—¿Y crees que a mí me hace gracia? —respondió él—. No me eches a mi la culpa. Échasela a tu querido Laurence. Él fue quien decidió esta locura.

Ruby le dio la espalda.

—Sólo porque no se fiaba de ti. Lo cual es muy comprensible.

Zane la tiró del, brazo, obligándola a volverse hacia él.

—No sé por qué lo hizo, pero créeme, me horroriza tanto como a ti.

—¡No me toques! —gritó ella, zafándose de su mano y frotándose el brazo, echando chispas por los ojos.

Claro que le horrorizaba. Le horrorizaba tenerla cerca, recordándole el desastre de la noche anterior, y que era la dueña de unas acciones y un control de la empresa que él quería para sí.

Pero ella tenía una solución, aunque sólo fuera para las siguientes semanas.

—Queda menos de una semana para la presentación en Sidney —dijo ella—, pero aún me quedan días de vacaciones. Estoy pensando en irme unos días antes. Así puedo ver a mi familia antes de ir a Europa.

—Está bien —dijo él—. Nos veremos en Sidney antes de la presentación.

—¡No! —protestó ella, humedeciéndose los labios—. No hace falta que vengas. Lo principal ya está hecho, y si vamos a estar juntos cuando vuelva de Londres, creo que nos vendrá bien estar separados, sobre todo…

Ruby no pudo continuar, pero se alegró de ver que él tenía al menos la decencia de parecer incómodo.

—Está bien, me quedaré —dijo—. Pero si hay algún problema, quiero saberlo enseguida.

Zane comprobó sus mensajes y colgó el teléfono con rabia. Un mensaje de su despacho de Londres diciendo que todo iba bien, tres mensajes de Anneleise pidiéndole que por favor la llamara, y ni una sola llamada de Sidney.

Ruby llevaba dos días fuera, y todavía no se había puesto en contacto con él. ¿Tan impaciente estaba por librarse de él?

Zane apretó los dientes, y recordó.

Cuando se enteró de que había sido virgen, pensó que las cosas entre ellos podrían ser diferentes. No sabía bien cómo, pero la situación entre ellos había cambiado, y quizá ahora, si lograba arreglarlo todo, podría hacer algo para acabar con la desesperada necesidad de poseerla.

A fin de cuentas, ella también lo deseó aquella noche, entregándose y abriéndose a él por completo.

Y quería creer que eso no había cambiado. Porque a pesar de todo, seguía deseándola con toda su alma.

Sin embargo, la realidad parecía desmentir todo eso. Lo que ella quería era dinero.

El teléfono sonó y se abalanzó sobre él. Esta vez tenía que ser ella.

—¡Ruby! —exclamó al auricular.

—Soy Anneleise —ronroneó una voz de mujer al otro lado—. Y tengo una noticia maravillosa.

Cuando por fin salió del despacho aquella tarde, Zane había perdido las esperanzas de saber nada de Sidney. Camino del coche, se puso la chaqueta, y al hacerlo notó un bulto extraño en el bolsillo. Se metió la mano y sacó un papel.

Enseguida lo reconoció. Eran las instrucciones de Ruby para el abogado. Había olvidado dárselo, aunque ahora ya no le serviría de mucho. Estaba a punto de arrugarlo y tirarlo a una papelera cuando unas palabras llamaron su atención. «Fideicomiso. Empleados de Bastiani».

Zane se sentó tras el volante y puso el motor en marcha. Si era algo sobre la empresa, también era asunto suyo, pensó con curiosidad, y decidió leerla. Abrió la hoja y enseguida comprendió de qué se trataba.

Ruby no pensaba quedarse con nada de lo que sacara de la venta de las acciones. Con nada. Con lo obtenido por la venta de las acciones, sus instrucciones eran crear un nuevo fideicomiso para los empleados, mientras que el veinte por ciento extra que le había ofrecido Zane se donaba a un refugio para mujeres llamado Pearl's Place, en Sidney. ¡Por eso le preocupaba tanto aquel dinero! ¡Porque ya tenía destinatario!

Zane apagó el motor y se echó hacia atrás, sintiendo que su mundo se hundía todavía más. ¿Cómo podía haberse equivocado tanto?

Capítulo 9

PARECÍA que toda la alta sociedad de Sidney se había reunido en el Teatro de la ópera de la ciudad australiana para admirar la Colección Pasión. Fue otro gran éxito para Ruby, y éste muy especial, porque entre los presentes estaban su hermana y su madre.

Si el entusiasmo de los aplausos del público se convertía en dólares, sería un excelente año para la Corporación Bastiani, y en parte se debería a la creatividad de Ruby, lo que representaba cierto consuelo ahora que se había visto obligada a continuar en la empresa.

Pero ahora, al aceptar el aplauso del público, su corazón rebosaba de orgullo y alegría. Había conseguido hacer realidad sus sueños cuando dejó Sidney en dirección a Broome tan sólo acompañada de una licenciatura de Diseño bajo el brazo y el deseo de crear las joyas más bellas del mundo.

Se inclinó por última vez, mirando al auditorio a rebosar, cuando un movimiento atrajo su atención. No podía ser, pensó, estremeciéndose. Pero un segundo vistazo confirmó lo peor.

¡Zane! Elegantemente ataviado con un esmoquin negro y una camisa blanca, los ojos oscuros eran lo único incivilizado de su persona. Ruby tragó saliva, y sus ojos se encontraron.

¿Qué demonios estaba haciendo allí?

Bajó del escenario mientras los aplausos continuaban, y vio a Opal y a su madre abrirse camino hacia ella. Nerviosa, miró a su alrededor, pero no vio a Zane.

—¡Ruby! —exclamó su hermana, echándole los brazos al cuello—. ¡Eres una estrella!

—¡Qué colección tan espectacular! —dijo su madre—. Vas a tener a todo Sidney a tus pies.

—No sólo a Sidney; al mundo entero —dijo una voz masculina a su espalda.

—¡Domenic! —exclamó Ruby mientras su atractivo cuñado italiano la levantaba en el aire y la hacía girar.

—Tus diseños son tan maravillosos que cualquiera diría que eres italiana —le aseguró el apuesto marido de su hermana Opal.

Ruby se echó a reír. Con un beso, Domenic la dejó en el suelo.

—¡Cómo me alegro de verte! —dijo a su cuñado sin soltarle del brazo.

En ese momento sintió una mano en el hombro, que le sorprendió por la fuerza con que la sujetaba. Aunque no tuvo que ver a su dueño para saber de quién se trataba.

—Siento interrumpir la feliz reunión, pero tengo que hablar con Ruby de algo urgente.

Ruby se volvió y lo miró. Zane estaba muy tenso, con las facciones rígidas y expresión de determinación en el rostro.

—Zane, ¿qué haces aquí? ¿Ha ocurrido algo?

Zane no la estaba mirando, probablemente ni siquiera la había oído. Estaba con los ojos clavados en Domenic, con expresión asesina. Y Domenic estaba respondiendo de la misma manera. Los dos hombres se medían como dos ciervos a punto de enzarzarse en una pelea de cornamentas.

Opal interrumpió el silencio.

—Domenic, ¿no lo has oído? Tiene que hablar con Ruby. Suéltala.

—¿Es eso cierto, Ruby? —preguntó Domenic sin dejar de mirar Zane.

—Familia —dijo Ruby, tratando de concentrarse a pesar de los dedos abiertos que la sujetaban por la espalda, marcándola con un calor intenso—. Os presento a Zane Bastiani, codirector de Perlas Bastiani. Zane, ésta es mi familia, mi madre, Pearl, y mi hermana Opal. Y él es Domenic Silvagni, el marido de Opal.

Si conocer a su familia le pilló por sorpresa, Zane no lo dejó ver. Sin inmutarse, saludó a las dos mujeres y después estrechó la mano de Domenic.

—Reconozco el nombre. Hoteles, ¿no? Alguna vez me he alojado en el Silvers Hotel de París. Es uno de los tuyos, ¿no?

—Efectivamente —dijo Domenic—. Aunque supongo que

conoces mejor los Hoteles Clemenger, propiedad de la familia de tu diseñadora estrella.

Zane dirigió una mirada fulminante a Ruby, pero ésta lo ignoró y prometió volver a reunirse con su familia antes de alejarse con Zane.

—¿Qué ha pasado? —preguntó ella, temiendo algún importante problema en Broome.

—¿Por qué no me lo dijiste? —preguntó él, llevándola hacia el exterior del auditorio donde pudieran hablar en privado:

—¿Decirte que? —preguntó ella, ansiosa de volver de nuevo a la recepción, donde se sentiría mucho más protegida.

—Que eras una de los Clemenger.

—No me lo preguntaste —respondió ella sencillamente—. Te pareció mucho más divertido tacharme de cazafortunas.

Zane la sujetó por la muñeca y la obligó a mirarlo.

—No lo sabía.

—Evidentemente. Y por eso te lo inventaste. Te inventaste una historia a medida con tus prejuicios. Te dije que no necesitaba el dinero de tu padre y no te molestaste en averiguar por qué. Preferiste pensar que era una furcia y una cazafortunas.

Los ojos masculinos centellearon de rabia, pero inmediatamente expresaron todos los remordimientos que sentía.

—Por eso he venido, para disculparme…

Ruby miró la mano que la sujetaba con firmeza.

—¿Y esto es para ti una disculpa? —preguntó, burlona—. Normalmente la gente empieza por decir que lo siente.

—Maldita sea.

Zane la soltó, le dio la espalda y empezó a pasear por uno de los pasillos del Teatro de la Opera con las manos apoyadas en las caderas y el gesto preocupado. Las cosas no iban como había planeado, pero la bomba de que Ruby era una de los Clemenger era una más en la sucesión de sorpresas que demostraban lo mucho que se había equivocado con ella desde el principio. Tenía que haberse dado cuenta de quién era, o al menos permitirle explicar por qué no necesitaba el dinero.

Un grupo de gente pasó por el pasillo, hablando y riendo, y Zane la tomó de la mano.

—Vamos, aquí no podemos hablar.

—La recepción… —empezó ella.

—No te entretendré mucho.

Zane la llevó de la mano escaleras abajo mientras ella se recogía el vestido con la otra mano para no tropezar. Aquella noche Ruby parecía un recuerdo dorado del imperio romano, con el pelo recogido en un moño con un pasador de perlas, y pendientes y pulsera de perlas a juego. El vestido era increíble, de seda color ámbar que la envolvía elegantemente y caía en sensuales pliegues a sus pies.

—¿Qué querías decirme? —dijo ella al pie de las escaleras, zafándose de la mano que la sujetaba.

Zane respiró y ordenó sus pensamientos mientras caminaban por el paseo junto al puerto. Era una noche de invierno perfecta, cálida y ligeramente húmeda, una humedad a la que él empezaba a volver a acostumbrarse.

Zane deseaba detenerla y abrazarla, y dar vida a los sueños que lo torturaban desde aquella noche en Broome. Pero ahora tenía menos derecho a hacerlo que nunca. Por eso, en lugar de decirle lo hermosa que estaba o tomarla en brazos, continuó caminando con la mirada perdida en el horizonte.

—Me equivoqué —empezó él—. Me equivoqué contigo desde el primer momento, y todo lo que he hecho no ha servido más que para empeorar las cosas. Y lo siento. Lo siento muchísimo.

Ella lo miró con el ceño fruncido.

—Y con eso piensas arreglarlo todo, ¿no?

—En absoluto. Pero tenía que decírtelo. No podía esperar a que volvieras de Europa. Era muy importante, sobre todo después de lo ocurrido…

Zane se interrumpió y los dos se detuvieron.. Se apoyaron en la barandilla que bordeaba el paseo marítimo y miraron hacia las aguas oscuras del océano.

—Me equivoqué en todo —reconoció él—. Puse en duda tu talento, puse en duda tus motivaciones y te acusé de todo lo que odio en una mujer, y encima de eso, tuve que hacerte daño físicamente.

Antes de continuar, Zane levantó la mirada hacia el cielo.

—Tenía celos de mi padre —confesó muy a su pesar—. Tenía celos de él, y de vuestra relación, y no podía soportar desearte tanto

cuando pensaba…

—Cuando pensabas que me acostaba con él.

—¡No me siento orgulloso! Pero ¿tanto cuesta entenderlo? Eres una mujer bellísima, vivías con él en la misma casa, y te ha dejado prácticamente la mitad de sus negocios. ¿Qué otra cosa podía pensar?

—Pudiste preguntar —sugirió ella, seca—, en lugar de acusar.

—Sí, tienes razón, pero la noche del lanzamiento te deseaba tanto que ya no importaba, tenía que hacerte mía antes de que te fueras. Aunque sólo fuera una vez. El deseo me cegó tanto que sólo pensé en hacerte mía. Pero eras virgen. Nunca te habías acostado con nadie, y menos con mi padre.

—No quería que lo supieras —reconoció ella—. Esperaba que no te dieras cuenta.

Zane se volvió hacia ella.

—¿Pero por qué? Fui muy deprisa, demasiado. Y te hice daño.

—Porque estaba a punto de irme y era mejor así. Así era más fácil odiarte.

—No te lo reprocho —le aseguró él—. Pensé que lo único que te interesaba era el dinero de las acciones, y después vi para qué necesitabas el otro veinte por ciento extra que te ofrecí.

Ruby ladeó la cabeza, sin entender.

—Dejaste las instrucciones en la mesa de Derek Finlayson. Iba a devolvértelas, pero me las metí en el bolsillo y se me olvidó. Cuando las encontré, ya estabas en Sidney, y entonces me di cuenta de lo equivocado que estaba. No podía esperar a que volvieras. Tenía que decirte lo equivocado que estaba y lo mucho que lo sentía.

Los dos permanecieron un rato en silencio, cada uno perdido en sus pensamientos mientras la brisa del puerto los acariciaba como un bálsamo.

—Tengo que volver a la recepción —dijo ella—, pero gracias.

Él se encogió de hombros y asintió.

—Sólo hay una cosa que no entiendo. ¿Por qué vivías en casa de mi padre?

Ruby titubeó un momento.

—Supongo que debía parecer extraño, pero es una larga historia. Tu padre me salvó.

—¿Cómo?

Ruby respiró profundamente y empezó a hablar despacio con la mirada perdida en el horizonte. Zane tenía todo el derecho a conocer el motivo que la había llevado a instalarse en la mansión familiar de los Bastiani.

—Llegué a Broome recién salida de la universidad con un nuevo trabajo, una nueva ciudad y todo un abanico de posibilidades ante mí. Un compañero de trabajo vivía en una casa con otra pareja y estaban buscando a alguien más. Yo podía haber vivido sola, pero quería hacer amigos —explicó con un suspiro—. Él era muy amable conmigo, siempre ayudándome en todo, llevándome al trabajo en su coche y ayudándome con todo lo que necesitaba. Al principio no me di cuenta, pero poco a poco empecé a ver que estaba siempre pendiente de mí. Si iba a salir, insistía en acompañarme. Si iba a comprar, venía conmigo. Si salía tarde del trabajo, me esperaba. Un día alguien me invitó a salir…

Zane ladeó la cabeza y estudió el perfil femenino y la mirada perdida en la distancia.

—¿Qué ocurrió?

Ruby se miró las manos apretadas y respiró profundamente.

—Se puso histérico. Me dijo que no podía ir, que no me dejaría. Yo ya estaba harta de aquella situación. Tampoco es que tuviera ningún especial interés en el otro, pero quería ver caras nuevas, conocer a otra gente —continuó ella—. Y cuando le dije que me dejara en paz, me dijo que yo era suya y que nadie más me tendría —explicó Ruby, estremeciéndose al recordar aquella pesadilla—. Y entonces fue cuando me asusté de verdad.

—¿Y la policía?

—Me dijeron que no podían hacer nada contra él hasta que cometiera algún delito.

—¿Y tu familia?

—No quería preocuparlos. Además, me encantaba trabajar con las perlas y no quería que mi aventura en Broome terminara en un fracaso profesional y personal.

Zane se volvió hacia ella y dejó de fingir interés en el paisaje.

—Tú nunca fracasarás —dijo, deslizándose una mano por la curva de la mejilla—. Lo has demostrado con creces.

Ruby apretó los labios, como si no lo creyera, pero tampoco se

apartó.

—El caso fue que, para no alargarme demasiado, hizo una tontería y la policía pudo detenerlo.

—¿Te hizo daño?

Ruby no respondió directamente a la pregunta, pero a Zane no le pasó por alto la mueca de dolor en su rostro ni su estremecimiento.

—Físicamente no, pero la experiencia me dejó tan marcada que ya no podía confiar en nadie. Un día debió echarme algo en la bebida, porque me desperté en una cabaña de pescadores abandonada a las afueras de Broome. Hacía tanto calor que apenas podía respirar. Mis compañeros de casa dieron la alarma, pero aun con todo la policía tardó un día en encontrarme. Pasé muchísimo miedo, y Laurence no se lo podía creer. Fue uno de los primeros que vino a verme al hospital. No podía creer que uno de sus empleados se hubiera portado así con otro, y en parte se sentía responsable. Mi hermana y mi madre vinieron a verme, y Laurence nos invitó a la tres a alojamos en su casa. Cuando ellas se fueron, Laurence sugirió que me quedara hasta que me sintiera más tranquila, y yo acepté encantada la invitación.

Ruby se incorporó desde la barandilla y se volvió a mirarlo.

—Te parecerá extraño, pero en el año que llevábamos trabajando juntos, yo confiaba en él. Lo respetaba por su trabajo, y por lo mucho que me enseñaba. Y él valoraba y respetaba mi trabajo. Seguramente era la única persona en Broome en quien podía confiar a ciegas. Mi padre había muerto hacía unos años, y Laurence fue para mí mucho mejor padre que él. Como ves… —sonrió—, tu padre me salvó y me trató como a una hija. ¿Puedes entender por qué lo quería y lo respetaba tanto?

Zane se movió, incómodo. Aquél no era el padre que él había dejado.

—Te quedaste a vivir con él muchos años. ¿Tanto miedo tenías?

—No. Unos meses después empecé a buscar un apartamento, pero entonces fue cuando Laurence sufrió su primer susto. Fue sólo una angina de pecho, pero entonces no podía dejarlo. Necesitaba a alguien. Kyoto es maravilloso, pero ya es mayor para hacerse con una responsabilidad tan grande.

A Zane se le hizo un nudo en el estómago. Probablemente su

padre había sufrido del corazón desde hacía años, pero nunca le dijo nada. Y Zane nunca se había tomado las molestias de averiguar cómo estaba.

—Lo siento —dijo él—. ¡Qué equivocado he estado!

Ruby sabía que no era sólo culpa suya. En lugar de contarle la verdad, ella le dejó creer que sus sospechas eran ciertas.

—Tengo que volver a la recepción —dijo ella por fin—. Si no hay nada más.

Él la miró con expresión extraña, como si acabara de darse cuenta de algo totalmente inesperado…

—Quizá sí —dijo—. Creo que por fin sé cuáles eran los verdaderos planes de Laurence al redactar el testamento.

—Lo hizo para asegurar el futuro de la empresa y de los empleados —afirmó Ruby.

—Seguro que en parte sí, pero siendo él, seguro que tenía otro plan en mente. Creo que esperaba que nos casáramos.

Capítulo 10

ME TOMAS el pelo! —exclamó ella—. Qué tontería.

—¿Tú crees? ¿0 es tan evidente que no se nos ha ocurrido a ninguno de los dos?

—¿Qué quieres decir?

—¿Por qué si no iba a dejarnos el cuarenta y cinco por ciento de la empresa a cada uno? No creo que quisiera dividir la empresa de manera permanente. Pero juntos tenemos el noventa por ciento. ¿No te das cuenta? Por eso le dijo a Finlayson que no nos hablara de la condición de los doce meses a no ser que fuera estrictamente necesario. No quería enfrentarnos desde el principio, y esperaba que lo nuestro surgiera de manera natural, sin forzarlo.

—¿Pero casarnos?

—¿Por qué no? ¿De qué serviría a la empresa si a los doce meses íbamos cada uno por nuestro lado? Si estábamos casados, entre los dos asegurábamos la buena marcha de la compañía, yo en la dirección de la compañía y tú garantizando la creatividad de los diseños, así como la continuidad de la empresa.

Era una locura. Ruby sacudió negativamente la cabeza, pero entonces recordó las últimas palabras de Laurence. «Cuida de Zane».

—Laurence quería formar una dinastía. Ya había creado la empresa perlífera más grande e importante del mundo, pero no tenía heredero. Su único hijo lo dejó plantado. Y como no pensaba dejar el futuro de lo que tanto le había costado hacer al azar, tenía que hacerme volver a Australia, y seguro que pensó que serías una buena pareja para mí —explicó Zane—. Estaba muy orgulloso de su diseñadora y protegida, y quizá te vio no sólo como alguien capaz de llevar a la empresa hacia el futuro, sino también para hacer volver al hijo pródigo.

—¿Y por qué no puso como condición que nos casáramos? —preguntó ella.
—Porque probablemente sabía que ninguno de los dos lo aceptaríamos como imposición.
Ruby descartó su sugerencia con un movimiento de la mano.
—¿Y ahora me vas a decir que este supuesto plan de tu padre te parece bien, cuando desprecias absolutamente todo lo que él representa?
Un músculo latió peligrosamente en la mejilla masculina,
—Durante el tiempo que hemos estado juntos nos hemos conocido mejor. Tal y como has dicho, ésa fue mi primera reacción al pensarlo, pero después al meditarlo un poco… no sé, hay peores maneras de manipulación.
—No puedo creer que hables en serio —le espetó ella, irritada—. ¿Tan desesperado estás por tener el control de mis acciones, que serías capaz de pensar en casarte conmigo?
—¿Por qué crees que esto es por las acciones?
—¿Qué si no ibas a sacar tú?
Él sonrió y se acercó a ella, con movimientos medidos y seguros, como un animal a punto de atacar.
—A ti.
¡Oxígeno
Ruby necesitaba oxígeno para que le funcionará el cerebro, para poner sus músculos en movimiento y escapar. Pero a su alrededor no quedaba nada de oxígeno, todo había sido consumido por el fuego del cuerpo masculino
—Entendería que no quisieras volver a verme, pero desde que te fuiste de Broome sólo he pensado en tener una segunda oportunidad contigo y hacerte el amor como mereces.
Ruby tragó saliva mientras él la recorría con los ojos, y de repente se vio en sus brazos, y era su boca la que la devoraba, y ella se vio otra vez en Broome, en la habitación del hotel, sintiendo las mismas sensaciones y la misma pasión que se apoderó de ella aquella noche sin pensar en las consecuencias.
Las manos de Zane la rodearon y le apretaron contra él, recordándole lo que habían estado a punto de compartir. Ruby se colgó de él y se pegó a su cuerpo.
Porque lo deseaba. Deseaba sentirlo de nuevo dentro de ella,

dentro de su cuerpo.

Y él la deseaba a ella. Ahora incluso hablaba de matrimonio: ¿Sería posible que sintiera algo más por ella?

—Te deseo —susurró él, deslizando las manos por la curva de la columna vertebral hasta los hombros—. Y te necesito, esta noche.

—Pero uby trató de pensar—. Debería… tengo que volver a la recepción.

La mano de Zane descendió desde la mandíbula femenina al pecho, y acunó un seno en la palma en un cálido abrazo a la vez que le acariciaba el pezón por encima de la tela.

—Lo sé, pero te necesito ahora.

Fue un trayecto de regreso al hotel casi sin contacto con la realidad. Ruby era consciente de las manos de Zane en ella, sujetándola, acariciándole la espalda, sujetándola con firmeza por la cintura, y sin embargo, a pesar de toda la inocencia del contacto, nadie podía ver ni sentir la corriente de deseo que pasaba entre los dos, consumiéndolos.

El vestíbulo del Hotel Clemenger estaba prácticamente vacío. Sin preguntar, Zane la llevó a su suite sin dejar de mirarla y sin soltarla. Sin darle la oportunidad de echarse atrás. Aunque ella no pensaba ir a ningún sitio, al menos sin él.

Porque estaba hambrienta de él, hambrienta de lo que él podría darle, como si lo ocurrido en Broome hubiera sido sólo el aperitivo de una cena mucho más suculenta.

—Esta vez lo haré bien —le susurró él, una vez dentro de la habitación en penumbra.

Le alzó la barbilla y le besó los labios, y esta vez Ruby sintió algo nuevo en el beso, una ternura y algo más profundo que el deseo.

Después, Zane acarició con los dedos la tela que le cubría el pecho, y ella gimió en su boca y se olvidó de pensar, dejándose llevar por las sensaciones mientras él continuaba besándola por la garganta, cubriendo el hombro desnudo con los labios, deslizando los dedos bajo el escote del vestido.

—Un vestido precioso —dijo él, dejando que sus dedos continuaran explorando—. Pero ahora te prefiero sin él.

La tomó en brazos y la llevó a la enorme cama de matrimonio que había en la habitación contigua. Una vez allí, volvió a besarla y la depositó con exquisito cuidado sobre el edredón. Después se acercó a la ventana y descorrió las cortinas, dejando que el resplandor de las luces del puerto se colaran en la habitación.

Cuando se volvió hacia ella y la miró, el mundo se detuvo.

Se quitó la chaqueta y la corbata y las echó sobre una silla. Después fue desabrochándose poco a poco los botones de la camisa. Desde la cama, Ruby lo observaba. Incorporándose un poco sobre las almohadas, la joven se quitó los zapatos y dobló las piernas.

Despacio, Zane se desabrochó los puños de la camisa sin dejar de mirarla y se la sacó de los pantalones. Entonces, en silencio, como si hubiera escuchado las mudas súplicas que se podían ver en los ojos azules de Ruby, fue a la cama y se sentó a su lado, tan cerca que ella sintió su deseo del hombre entrelazarse con el propio.

El la sujetó con una mano por la nuca, la atrajo hacia él y la besó, lenta y profundamente. Ruby alzó una mano, la deslizó bajo la camisa entreabierta y acarició la piel que estaba ligeramente cubierta de una suave mata de vello. Al instante, notó el estremecimiento que recorrió el cuerpo de Zane y sonrió para sus adentros, al ver el efecto que tenía en él.

Envalentonada, deseando más, metió la otra mano bajo la tela y recorrió desde la piel lisa del abdomen hasta los hombros. Con impaciencia le bajó la tela por los hombros, y él terminó de quitársela y la dejó caer al suelo.

Después, respirando pesadamente y con los ojos nublados por el deseo, Zane se echó hacia atrás.

—Como ya he dicho, tenemos que quitarte esto —dijo, bajando el tirante del vestido con un dedo.

Entonces comenzó una sucesión interminable de sensaciones, de descubrimientos, de recompensas. Él le bajo el vestido, ella le desabrochó el cinturón, él le quitó las medias, y ella dio cuenta del resto hasta que quedaron los dos gloriosamente desnudos.

Zane le quitó el pasador del pelo, dejando que la melena cayera flotando sobre sus hombros a la vez que la tendía sobre las almohadas.

Zane le acarició la cara con la mano, y fue descendiendo lentamente hasta la garganta, hasta el colgante que llevaba, uno

más de la Colección Pasión.

—Es precioso —dijo él, rozándolo con el dedo.

—¿Me lo…?

—No te lo quites —dijo él—. Espera.

Zane se levantó de la cama y cruzó la habitación hasta la silla donde estaba su chaqueta.

«Protección», pensó ella, aliviada. Menos mal que al menos uno de los dos tenía la cabeza en su sitio.

Y enseguida Zane estuvo de nuevo a su lado. Dejó algo en la mesita y después sacó un largo collar de perlas y se lo puso al cuello, colocándolo entre los senos y sujetando una muñeca en un bucle que descendió hasta la curva del vientre y más abajo, mucho más abajo, donde las perlas besaron el suave vello femenino.

—Lo he tomado prestado de la colección —dijo él—. Un día te soñé adornada con perlas, y las perlas se tienen que usar, porque sin el contacto con la piel se apagan y pierden el lustre.

—Se han usado esta noche en el desfile —le recordó ella con una voz ronca y pastosa que apenas reconoció como suya.

—Así no —dijo él. Se echó hacia atrás y estudió su obra de arte —. La perfección —dijo—. Mi tesoro del fondo del mar.

Y entonces le tomó la boca a la vez que exploraba a las curvas femeninas con adoración y excitándola al máximo. Cada vez que ella movía la mano, la hilera de perlas se movía con ella, rodaba sobre su piel, la acariciaba y multiplicaba la intensidad de la experiencia.

Zane rodeó un seno con las perlas a modo de lazo y después bajó la boca hasta el pezón erecto, lamiéndolo y excitándolo hasta que ella arqueó la espalda y lo metió aún más entre los labios masculinos. Zane excitó primero un seno y después el otro, enloqueciéndola, y reduciéndola únicamente a una mujer desesperada sin capacidad de razonar que sólo deseaba satisfacer su pasión.

La boca masculina fue descendiendo más, siguiendo la línea de perlas que acariciaban la piel blanca, dibujando un sendero de besos por el cuerpo sedoso y curvilíneo. Zane besó el vientre plano y, cuando la separó, Ruby supo que estaba perdida. Una caricia de los dedos, un roce de la lengua y su cuerpo estalló. '

Y cuando creía que había alcanzado el máximo placer y estaba

descendiendo del clímax más espectacular que había experimentado en su vida, él la penetró con un movimiento lento y sensual, deteniendo la caída en el abismo del placer y llevándola de nuevo hasta la cima. Esta vez no hubo resistencia, ni dolor, tan sólo la creciente intensidad de una miríada de sensaciones. Con cada movimiento, Zane la llevaba más y más a la cima del placer, mientras las perlas entre ellos brillaban sobre la piel húmeda, moviéndose como si fueran parte de ella, capturando el ritmo y deteniéndose sólo en el momento álgido, el momento que precedió a la caída definitiva en el abismo.

Pero esta vez no estuvo sola.

Zane se apartó un momento de la cama, empapado en sudor y agotado, con la respiración entrecortada. Nunca había estado con una mujer tan receptiva, y nunca había sentido una explosión tan devastadora. La miró, y su belleza lo sorprendió más que nunca. Ruby estaba con la melena desparramada sobre la almohada, los labios carnosos y enrojecidos por sus besos, y la belleza de las perlas que descansaban sobre el cuerpo desnudo no se podía comparar con la de la persona que las llevaba. Ruby podía ser un cuadro de Botticelli, una diosa emergiendo del mar, una Venus contemporánea.

Ruby abrió despacio los ojos.

—Zane —susurró ella.

El ya quería más, quería volver a entrar en su cuerpo y sentirla rodeándolo por completo. Zane volvió a la cama y le acarició el pecho con la boca, alternando con las perlas, con los labios y con los dientes.

Cuando sintió los dedos femeninos acariciarle íntimamente, contuvo el aliento. Deseaba sus caricias y que ella le rodeara con la mano, pero en lugar de eso Ruby utilizó las perlas y las enrolló a su alrededor. É1 sólo pudo endurecerse más.

—Estás jugando con fuego —le advirtió.

—Te quiero ahora, otra vez —dijo ella, tirando del collar un poco más.

—¿Y crees que así lo vas a conseguir?

—Estoy convencida —sonrió ella, aplicando más presión al lazo de perlas.

—¿Quién ha dicho que tú eres la jefa? —bromeó él,

acariciándole el pezón con los labios e ignorando la intensa necesidad de poseerla unaa vez más—. Creía que éramos socios.

—No he dicho que tú no puedas disfrutar también —dijo ella, soltando el lazo—. Te quiero dentro de mí, ahora —dijo en una súplica que era más bien una orden.

Zane apenas tuvo tiempo para prepararse antes de perderse una vez más en el cuerpo femenino.

Ruby era una maga, una maga marina, y en ese momento él necesitaba toda su magia.

Era un nuevo día, pensó ella de pie en la terraza del hotel, recordando la noche anterior que había sido una auténtica revelación.

¿Se arrepentiría? Zane era un magnífico amante, algo que había puesto de manifiesto tantas veces durante la noche que había perdido la cuenta.

Al otro lado del puerto, los colores del horizonte estaban cambiando y el nuevo sol empezaba iluminar la ciudad que despertaba al nuevo día. Ruby suspiró. ¿Qué pensaría Laurence? ¿Ésas eran sus intenciones desde el principio, que su relación no se limitara a lo profesional?

Sonrió mientras contemplaba cómo desaparecía el color rosa del cielo y daba paso primero al gris y después al azul. No se arrepentía. En el fondo, sabía que Laurence lo aprobaría, y que seguramente había sabido que se enamoraría de él. Después de todo, Zane era su hijo. ¿Cómo no podía amarlo también?

¿Amarlo?

Ruby tembló y se apretó el albornoz del hotel con más fuerza. No podía amarlo. No a Zane. No después de lo que había ocurrido entre ellos. Y sin embargo, había algo dentro de ella que no podía ignorar. Algo que llevaba su nombre inscrito.

Zane no era el malvado que imaginó en un principio. De la misma manera que él asumió lo peor de ella, ella también se equivocó con él.

Pero ¿podía enamorarse de él? ¿Podía estar enamorándose de Zane?

De pie en el interior de la habitación, Zane la observaba en

silencio, preguntándose en qué estaría pensando. ¿Por qué había abandonado su cama? ¿Se arrepentiría de lo sucedido?

Porque de una cosa estaba seguro. Él no se arrepentía en absoluto.

Como si hubiera notado su presencia, Ruby volvió la cabeza, y al verlo abrió los ojos y sonrió. Era la misma sonrisa que Zane vio por primera vez en la lancha de regreso de la granja perlífera, la sonrisa que quería ver de nuevo, la que quería sólo para él. Y que en ese momento era increíblemente seductora. Se sujetó la toalla a la cintura y se acercó a ella, sujetándola por detrás y enterrando la cara en la garganta femenina.

—Te has levantado pronto —murmuró él sobre su piel.

—Y tú también —dijo ella, meneándose provocadoramente contra la erección que se adivinaba bajo la tela de algodón.

Zane se echó a reír y la metió en el interior de la habitación, donde el sol continuó iluminándola pero fuera de la vista de posibles curiosos.

La besó en la boca a la vez que la alzaba sobre una mesa de mármol y se metía entre sus piernas.

—A lo mejor puedes ayudarme con esto —sugirió él, desabrochándole el cinturón de la bata.

Ruby tembló mientras él le abría la bata y le deslizaba los brazos por la cintura para sujetarla por las nalgas.

—Eres mía —dijo él—. De la misma manera que has sido mía durante la noche, quiero que el día sepa también que eres mía.

La toalla cayó al suelo y Ruby vio con un íntimo placer el efecto que ella tenía en él. Lo sintió en su cuerpo hasta que toda ella estaba esperando, deseando, anticipando, y entonces él la penetró y la hizo suya una vez más con un movimiento lento y sensual.

Llenándola.

Poseyéndola.

Instintivamente, Ruby le rodeó la cintura con las piernas y se apretó más a él. ¿Habría hablado en serio? Porque la primitiva excitación que se apoderó de ella cuando lo vio magníficamente desnudo con sólo una toalla alrededor de la cintura, el impulso básico de unirse cuando él se frotó contra ella, e incluso la sensación del cuerpo masculino ahora resguardado en su interior, no eran nada en comparación con la intensidad de oírle decir que la

deseaba, y que era suya.

Sus palabras intensificaron el momento, y cuando ella alcanzó el orgasmo mientras él se vaciaba en su cuerpo, había tres palabras que se leían claramente entre los fuegos artificiales que estaban iluminando su nuevo día.

«Te quiero, Zane».

Capítulo 11

ZANE salió del cuarto de baño en traje y corbata, afeitado y perfectamente acicalado, y preparado para su vuelo de regreso a Broome. Al verlo, Ruby contuvo el aliento y sintió de nuevo un cosquilleo por todo el cuerpo. Pero Zane se iba en menos de cinco minutos, y todavía no habían podido hablar. ¿Qué ocurriría cuando ella regresara a Broome?

—No hemos tenido mucho tiempo para hablar —dijo ella, tras beber nerviosamente un sorbo de café.

La pícara sonrisa masculina se tomó más devastadora, a la vez que sus ojos la miraban como si le estuvieran quitando la bata otra vez.

—Tampoco hemos malgastado ni un minuto del que teníamos —aseguró él.

Ruby se ruborizó.

—Al menos supongo que ahora podemos olvidarnos de esa locura del matrimonio.

—¿Olvidarnos? ¿Por qué vamos a olvidarnos?

Ruby parpadeó, con una mezcla de sensaciones que iban desde la esperanza a la confusión. ¿Por qué querría continuar con esa idea a menos que…?

A menos que sintiera algo por ella también. Algo más allá que la mera necesidad física.

Ruby intentó reír para relajar la tensión que la embargaba.

—¿Por qué no? Ahora ya sabes que no tienes que tomarte la molestia de casarte conmigo para meterme en tu cama —le recordó ella.

—¿Quién ha dicho que casarme contigo sea una molestia? —preguntó él, tomándose el café de un trago.

—¡Zape, hablo en serio!

—Y yo también. No veo dónde está la pega. Sabemos que somos compatibles, compartimos una empresa, y hemos compartido la cama de forma más que satisfactoria. Y por lo visto también tenemos la bendición de Laurence, tu mentor. La persona que admirabas más que a nadie en el mundo. Esto es lo que él hubiera querido, que fueras la mujer de su hijo y le dieras más herederos. No querrás defraudarlos.

Ruby tragó saliva, sintiendo de nuevo la boca seca y pegajosa. Ahora lo importante no era pensar en los deseos de Laurence.

—¿Y el amor? ¿No crees que el amor debería tener algo que ver?

Zane frunció ligeramente el ceño, pero enseguida suspiró y le pasó un brazo por los hombros.

—No es obligatorio, si es lo que te preocupa. Estoy seguro de que con el tiempo nacerá un profundo afecto entre los dos. De hecho, seguramente es mejor que el amor.

Ruby no podía dar crédito a lo que estaba oyendo, pero al menos una cosa había quedado clara. Él no la quería. Y probablemente no la querría nunca.

—¿Cómo puedes decir eso?

Zane se encogió de hombros.

—Sé que el amor no ayudó en nada a mi madre. Ella adoraba a mi padre, pero él la traicionó. Ella lo amaba más que a nada en el mundo, y sin embargo él abusó de su confianza y de su amor y se buscó una amante.Por eso quizá sea mejor no amar —le dio un beso en la nuca—. Es mucho mejor así.

Ruby se puso en pie y se apartó de él, asqueada por su cinismo. ¿Qué decía eso de su amor por él? ¿De qué le servía si él no sentía lo mismo? Y si no la quería, ¿hasta qué punto le sería fiel? ¿0 también esperaba tener otras amantes a su disposición, como aseguraba de su padre?

¡No, no podría soportarlo!

—Tu padre quería a tu madre. Lo sé. Su muerte lo afectó profundamente.

—Si la hubiera querido de verdad, no habría buscado una amante.

Ruby se estremeció y cruzó los brazos. La fuerza de los resentimientos masculinos volvía de nuevo a erigir un sólido muro

entre ellos, recordándole todas las ra

zones por las que su matrimonio jamás podría funcio

nar.

—Ni siquiera sé por qué estamos hablando de esto. No tenemos que casarnos. No es una condición del testamento.

—Pero es lo que esperaba Laurence.

—¡Eso no lo sabes! Al menos con certeza, y la verdad, creo que te equivocas si piensas que un matrimonio sin amor puede funcionar.

—¿Por qué? ¿Puedes decir sin faltar a la verdad que el amor fue fundamental en la relación de tus padres?

—Sé perfectamente que la falta de amor de mi padre fue el elemento fundamental que provocó su ruptura matrimonial.

Zane titubeó, ladeó la cabeza, como evaluando la importancia de sus palabras. Después se levantó, se acercó a ella y le puso las manos en los brazos.

—Vale, quizá nos estemos precipitando. Todavía tenemos otros nueve meses de tiempo. Ahora tú te vas una semana de viaje. Piénsalo, y cuando vuelvas podremos volver a hablarlo —la besó una última vez y se dirigió hacia la puerta—. ¿Me prometes que lo pensarás?

Ruby asintió en silencio. Lo pensaría, desde luego, aunque eso no serviría de nada. No podía casarse con él, con un hombre que todavía tenía tantos prejuicios contra su padre y una idea tan cínica del amor y del matrimonio.

—Bueno, háblame de Zane.

Cuando su hermana Opal le sugirió que fuera a su apartamento a charlar un rato, Ruby sospechó que no tardaría mucho en lanzar la caña a ver qué pescaba.

—No cambies de tema, hermanita. Estábamos hablando de los hoteles.

Opal se echó a reír y sentó en la rodilla a su hijo Guglielmo de doce meses. En el suelo, a poca distancia de allí, estaba Ellie, su hija de cuatro años y medio, sentada encima de una alfombra rodeada de un montón de cuentos.

—Por favor, Ruby —suplicó Opal—. Vivo en un hotel. Trabajo

en un hotel. Me acuesto contando hoteles en vez de ovejas. Si no te importa, prefiero hablar de un bombón como Zane. Y tienes que reconocer, que el tío está como un pan, sobre todo viendo cómo te mira.

Ruby dejó la taza de café en la mesa. Probablemente Zane ya estaba camino de Broome y ella salía al día siguiente hacia Nueva York.

—¿Qué quiere saber exactamente?

—Todo. Cómo es, qué tal besa y si lo vuestro es una relación seria —disparó su hermana casi sin respirar.

—¿Quién dice que sé cómo besa? —preguntó Ruby, poniéndose inmediatamente a la defensiva.

Su hermana sonrió al ver la rápida reacción de Ruby.

—Anoche desapareciste de la recepción, hasta que alguien os vio en el paseo.

Muy a su pesar, Ruby se ruborizó y volvió la cabeza.

—Oh, fue sólo un beso. Eso no significa que haya nada entre nosotros.

—¡No me vengas con ésas! Ya viste cómo se puso anoche cuando te vio con Domenic. El tío está más que colgado contigo.

Ruby bebió un sorbo de café y recordó lo sucedido en la recepción. ¿Era eso lo que había pasado? ¿Tendría razón su hermana? ¿Zane había tenido celos de Domenic?

Pero ¿qué importaba? Lo único que significaba era que quería acostarse con ella y estaba dispuesto a batirse con cualquier rival. Era inútil querer entenderlo de otra manera, por mucho que lo deseara.

—¿Qué sientes tú por él? —insistió Opal.

—No lo sé —dijo ella con un suspiro, tratando de no recordar la noche que acababa de pasar en sus brazos, el júbilo de estar unida a él, el éxtasis que la hizo sentir y el vacío de la incertidumbre que siguió.

La dura luz del día no era sólo un tópico, se había hecho realidad.

—Ojalá lo supiera. Al principio no nos soportábamos. Yo odiaba que hubiera abandonado a su padre, y él odiaba mi relación con Laurence. Pero ahora, a veces me parece que es el hombre más especial del mundo, pero otras… —titubeó—. Otras no estoy tan

segura. A veces parece tan lleno de ira, que no sé cómo podrá superarlo.

—¿Ira hacia ti?

—No, hacia su padre. Lo responsabiliza de la muerte de su madre. Dice que su padre tenía una amante, por lo visto la mejor amiga de su madre. Y parece que era la amante quien conducía el coche en el accidente que murieron las dos.

Opal abrió los ojos de par en par.

—¡Cielos, y yo que pensaba que la historia de nuestra familia era dramática! —exclamó—. Pero tú conocías bien a Laurence. ¿Qué crees tú?

—Yo no creo que traicionara a su mujer. Era un hombre íntegro, y estoy segura de que nunca hizo una cosa así.

—Entonces es fácil —dijo Opal, dejando al pequeño de un año en el suelo —. Tienes que convencer a Zane de eso.

«Sí, claro, qué fácil», pensó Ruby viendo cómo su sobrino gateaba hasta donde estaba su hermana y abría un libro boca abajo sin que le importara en absoluto.

—Guglielmo es precioso —comentó, divertida—. Y va a ser igual que su padre, un auténtico seductor. Y Ellie es bonísima. Tienes dos hijos preciosos.

Pero Opal estaba menos interesada en hablar de sus hijos que de Zane.

—Zane y tú podríais tener unos hijos preciosos.

Ruby la miró, perpleja.

¿Hijos?

Entonces se dio cuenta.

Hijos de Zane.

Podría ser algo muy especial, darle un hijo, un pequeño Zane, quizá formar una familia con él que llenara el vacío que sentía.

Pero era una fantasía.

Ruby suspiró, sabiendo que probablemente no debía decir nada, pero necesitaba hablar con alguien.

—Ha hablado de matrimonio.

—¡Oh, Ruby! ¡Es fantástico! —Opal la abrazó—. ¡Enhorabuena! ¿Cuándo se lo vas a decir a mamá?

—Le he dicho que no lo he decidido todavía.

—Pero ¿por qué? Estás enamorada de él, ¿no? Ruby miró a su

hermana y parpadeó.

—¿Tanto se nota?

—Por favor —dijo su hermana mayor—. Tanto como a él. ¿No te has dado cuenta de cómo le miras? Y cuando estáis juntos, te aseguro que alguien enciende una cerilla y ardéis los dos.

—Puede, pero eso es deseo, y en este momento es lo único que hay entre nosotros. Zane no me quiere. Me lo ha dicho. Cree que con el tiempo llegaremos a establecer vínculos de afecto. Mira lo que le pasó a mamá, por amar demasiado.

Opal sujetó la mano de su hermana y la miró a los ojos.

—Eh, Zane te quiere, estoy segura. Pero a veces a los hombres les cuesta aceptar que están enamorados. Probablemente, todavía no se ha dado cuenta.

Zane intentó dormir en el vuelo de regreso a Broome. La noche anterior apenas había pegado ojo y ahora sólo de recordarlo se excitaba otra vez. Ruby era perfecta, por dentro y por fuera, y la idea de dormir sólo toda una semana se le presentaba como una verdadera tortura. Quizá debería haber ido con ella a Londres y Nueva York, y dejar que la empresa funcionara sola. Quizá así lograría tranquilizarla un poco.

¿Por qué no podía entender lo de casarse?

El matrimonio era la solución más lógica, tal y como había anticipado Laurence. ¿Qué mejor manera de mantener a su protegida en la empresa para siempre y lograr que su hijo volviera a vivir definitivamente a Australia? Zane sonrió. La idea de toda una vida de noches junto a Ruby era de lo más tentadora. Nunca lograría borrar lo que Laurence le hizo a su madre, pero tenía que reconocer que su padre había diseñado un plan perfecto.

Ahora sólo tenía que hacer que Ruby lo aceptara. Cerró los ojos y echó— el asiento hacia atrás, cruzando los brazos y los tobillos.

Seguro que entraba en razón.

¿Tendría razón Opal? Ruby no podía dejar de dar vueltas a las palabras de su hermana. Cuando no estaba en una u otra reunión, su mente no dejaba de dar vueltas a todas las posibilidades. Sólo

había dos cosas de las que estaba segura: una, que amaba a Zane, y dos, que estaría encantada de pasar el resto de su vida con él si estuviera segura de que su amor era correspondido.

Porque si él no la amaba y se casaban, ella corría el riesgo de no sentirse nunca amada de verdad. Y era un riesgo que no podía permitirse.

Al final fue la presentadora de un programa matinal de la televisión inglesa quien le dio la respuesta. Sonia Clarke era la reina de los programas de entrevistas matinales británicos y una gran admiradora de sus diseños.

La entrevista era la primera de una larga lista de compromisos que tenía para el día antes de tomar aquella noche el avión desde Heathrow que la llevaría de regreso a Australia, un día antes de lo previsto. Aunque tuvo que reorganizar algunas citas, al final logró terminar con sus obligaciones veinticuatro horas antes de lo planeado.

Ante las cámaras de televisión, Sonia Clarke le preguntó por qué creía que sus diseños tenían tanto éxito en todo el mundo. Sin molestarse en pensarlo, Ruby inició la respuesta habitual, que era muy afortunada por trabajar con las perlas más hermosas del mundo y siempre había tenido el apoyo incondicional de Laurence Bastiani. Entonces fue cuando Sonia, excelente conocedora de la industria perlífera, lo dijo.

—En mi opinión, creo que tu éxito se debe en parte a los riesgos que tomas con tus diseños. Un ejemplo claro es la Colección Pasión. ¿Quién podía imaginar que una joya con perlas pueda ser tan evocadora, y que pueda insinuar tan claramente el abrazo de dos amantes? Es evidente que el riesgo no te asusta. Si no, no habrías llegado tan lejos.

Ruby la miró, perpleja, y logró terminar la entrevista aunque no podía quitarse sus palabras de la cabeza. Sonia tenía razón. Ella se arriesgaba todos los días con sus diseños.

Quizá ya era hora de arriesgarse con Zane.

Ruby descendió del avión a la pista del Aeropuerto Internacional

de Broome y sintió cómo el calor del trópico la envolvía con un cálido abrazo, el abrazo de un amante. Nunca había sido tan feliz al llegar a Broome, y estaba impaciente por sorprender a Zane. Era domingo y seguramente estaría en casa, por lo que decidió ir directamente a verlo en lugar de pasar por el hotel a darse una ducha. Prefería ir a su casa, y con suerte podría darse una ducha con él.

El taxi se detuvo en la entrada de la mansión y la ayudó con la maleta. Estaba dejándola en la calle cuando Kyoto bajó corriendo por las escaleras.

—¡Señorita Ruby! ¡Señorita Ruby!

—Kyoto, ¿qué ocurre? —preguntó ella al verlo.

Kyoto no tuvo tiempo de responder. Una mujer rubia, alta y elegante apareció en el porche, con una mano apoyada en la barandilla y la otra en uno de los pilares, como si fuera la dueña de la casa.

—Así que tú eres Ruby. Pero ¿no has vuelto antes de tiempo? Zane me dijo que teníamos hasta mañana.

Capítulo 12

A RUBY se le heló la sangre en las venas a la vez que una palabra se grababa con letras gigantes en su corazón. «Tonta». La mujer era preciosa, como un lirio adulto y blanco, de facciones clásicas, vestida de alta costura y evidentemente no sólo una «vieja amiga» de Zane, como él le había dicho.

Y si la curva del vestido de seda que llevaba indicaba algo, la mujer estaba embarazada.

Oh, no. ¿El hijo de Zane?

Ahora entendía por qué él no se había ofrecido a acompañarla a América y Europa. Su intención era traer a su amante durante su ausencia, ¡después de hablar de matrimonio con ella!

—Tú debes ser Anneleise —dijo Ruby, y miró a Kyoto, que la miraba preocupado—. ¿Dónde está Zane?

—Se ha ido a trabajar —respondió Anneleise desde el porche—. Ha dicho que tenía trabajo, pero estoy segura de que ha ido a buscarme alguna tontería. Es muy detallista. Volverá esta tarde. ¿Quieres que le diga que has venido?

Ruby la ignoró, tratando aún con más fuerza de ignorar la imagen de Anneleise con uno de sus diseños sobre su piel de porcelana y Zane haciéndole el amor…

—¿Kyoto? —dijo, tratando de mantenerse anclada en la realidad —. ¿Qué ocurre?

—Lo siento, señorita Ruby. Le dijo que se fuera antes de que usted volviera.

—Seguro que sí —murmuró ella.

—Tranquilo, Kyoto —dijo Anneleise, bajando por las escaleras como una víbora plateada—. Teníamos que conocernos tarde o temprano, dado que las dos tenemos a Zane en común.

Si a Ruby le pareció que Anneleise, era guapa en el porche, verla de cerca era realmente espectacular. Con una piel casi translúcida y el pelo rubio plateado, tenía un aspecto frágil, casi etéreo.

Y después de casi veinticuatro horas metida en un avión, Ruby se sentía como un trapo con el que acababan de limpiar el polvo.

—¿Querías que Zane te llevara a algún sitio? —preguntó Anneleise con gesto sorprendido al ver la maleta en el suelo.

No exactamente, pensó Ruby, pero ahora desde luego no podía quedarse. Era evidente que ella sobraba.

—Sí, a mi hotel mientras hablábamos de negocios. Pero iré en taxi.

Kyoto la miró con tristeza, disculpándose, y se inclinó ligeramente.

—Le llamaré uno —dijo, y se metió de nuevo en la casa.

Anneleise se llevó una mano a la ceja.

—Hace un calor espantoso. Estoy un poco mareada —se quejó, poniéndose la otra mano sobre el vientre.

¡El hijo de Zane! Tanto hablar de los deseos de Laurence no significaba nada. Porque no le importaban en absoluto. A Zane lo único que le interesaba era arrebatarle el control de la compañía, incluso si para eso tenía que casarse con ella. Así se haría con las acciones y de paso una amante más en su cama.

¡Qué tonta había sido!

—No sé cómo soportáis este espantoso calor —protestó Anneleise, abanicándose la cara con la mano—. Pensaba que ahora aquí era invierno.

—Es invierno —respondió Ruby—. Pero aquí en los trópicos lo llamamos la estación seca.

—Entonces cuanto antes vuelva Zane a Londres, mejor. No creo que pueda aguantar esto mucho más. En Chelsea tiene una casa preciosa. Tienes que venir a visitamos alguna vez.

Ruby respiró. La cosa se ponía cada vez mejor.

—¿Cuándo crees que será?

—No estoy segura. En cuanto solucione no sé qué problema con las acciones, creo.

Eso llamó la atención de Ruby.

—¿Qué problema?

Anneleise se encogió de hombros.

—Algo que hizo su padre, por lo visto. No conozco los detalles, sólo que lo está reteniendo aquí más de lo que pensaba.

Ruby no dijo nada, aunque sólo tenían ganas de gritar. Y pegar a alguien.

Preferiblemente a Zane.

¿A qué había venido todo el rollo de —dirigir la empresa juntos en el futuro? ¿Por qué le había hablado de matrimonio? ¿0 eran esos sus planes, casarse con alguien a quien pudiera dejar el control de la empresa para poder volar a Europa con su bombón rubio siempre que le apeteciera?

¿0 estaba buscando vengarse de su padre casándose con su furcia y conseguir así el control de la empresa sin soltar un céntimo?

Ruby tuvo que hacer un esfuerzo para contener las lágrimas. Porque lo último que haría sería llorar delante de Anneleise.

Afortunadamente el taxi apareció enseguida. —Encantada de conocerte —dijo Anneleise desde el columpio mientras Ruby se metía en el taxi.

—¿Ya has recogido tus cosas?

Zane esperaba que así fuera. No estaba de humor para seguir aguantando las tácticas dilatorias de Anneleise. No estaba de humor para seguir aguantándola, sin más. Aquella mañana se había ido a la oficina para no tener que seguir escuchando sus intentos de persuasión para que le permitiera quedarse en Australia con él.

Anneleise hizo un mohín y se balanceó en el columpio.

—¿De verdad que ya me tengo que ir? —preguntó con voz melosa—. Es un viaje tan largo y pesado.

—Deberías haberlo pensado antes de presentarte aquí sin que nadie te invitara. Hoy te irás en ese avión.

¡Antes de que volviera Ruby!

—Pero en mi estado…

—Tenías que haber pensado también en eso.

—Con lo bueno que fuiste conmigo en Londres —dijo ella, fingiendo sorpresa—. Creía que me querías.

—Necesitabas ayuda y te la di —respondió él, aunque a veces se arrepentía de haberlo hecho—. ¿Dónde están tus maletas?

—Has tenido una visita.

—Oh —dijo él sin mucho interés.

En realidad estaba más preocupado sobre cómo explicar a Ruby la inesperada visita de Anneleise sin que pareciera que había intentado mantenerlo en secreto. Pero tenía que elegir el momento adecuado. Antes tenía que aclarar otras cosas.

Zane abrió el maletero del coche y miró hacia la casa, medio esperando ver a Kyoto salir por la puerta con las maletas de Anneleise.

—Estaba pensando que a lo mejor ya no hace falta que me vaya tan de prisa —continuó Anneleise—. Ahora que ya nos hemos conocido.

Zane sintió un sudor frío en la espalda. Miró a Anneleise, que le estaba sonriendo, con los ojos muy abiertos como si estuviera a punto de contarle un secreto.

—¿A quién has conocido?

—Oh, a tu amiguita Ruby, ¿a quién va a ser? Zane sintió que le arrancaban las entrañas. —¿Ruby ha estado aquí?

Anneleise se echó a reír, y en ese momento Zane la odió y se odió a sí mismo por haberse apiadado de ella en Londres.

—Es bastante guapa.

Tenía que hablar con ella. Zane cerró el maletero de golpe.

—¡Kyoto! ¡Kyoto! —gritó, yendo hacia la casa.

—Pero parecía enfadada por algo.

Zane giró en redondo, queriendo saber más y a la vez temiendo conocer ya la respuesta.

—¿Qué le has dicho?

Anneleise se levantó del columpio y caminó hacia él por el césped.

—Oh, nada en particular, y nada que no me dijeras en Londres. Sólo que pensabas volver a Londres en cuanto arreglaras lo de las acciones.

¡Cielos! Zane podía imaginarse perfectamente cómo interpretaría Ruby esas palabras.

—¡Kyoto! —gritó de nuevo—. Kyoto te pedirá un taxi. Quiero que te vayas ahora mismo, y cuando vuelva no quiero encontrarte aquí.

—Pero sabías que iba a venir. Te llamé cuando reservé el billete

—protestó Anneleise.

—Y te dije que lo cancelaras.

—¿Dónde vas? —quiso saber ella, al borde de las lágrimas.

Aunque para Zane las falsas lágrimas de Anneleise ya no significaban nada. Entró en la casa buscando a Kyoto.

—La quieres, ¿verdad? —dijo Anneleise, furiosa, abandonando por fin su intento de llorar al darse cuenta de que era inútil.

Por un momento, Zane estuvo a punto de responderle que se equivocaba, que no había esperanza en su relación.

Pero entonces se dio cuenta de algo importante. No podía decir eso. Anneleise había dicho la verdad. Era cierto.

¡Estaba enamorado de Ruby!

¿Cómo no se había dado cuenta hasta ahora? ¿Cómo se le había pasado por alto una verdad tan evidente?

Entró en la cocina con pasos acelerados, buscando a Kyoto, y entonces lo encontró.

Capítulo 13

LA PLAYA parecía extenderse eternamente y desaparecer a lo lejos en ambas direcciones. Ruby tenía la sensación de que, si seguía caminando, también ella desaparecería, de que se perdería en la distancia al igual que el litoral, y siguió andando por la arena casi sin ver, con los ojos irritados e hinchados, las sandalias en la mano y las olas del índico rompiendo a sus pies.

No supo cuánto rato llevaba andando. Tampoco le importaba. ¿Qué otra cosa podía hacer? Tras una hora de intentar dormir inútilmente, decidió salir a la playa, y allí estuvo paseando hasta que el sol empezó a hundirse en el océano. Cuando oscureció, regresó al hotel.

Allí vio la luz intermitente de los mensajes del teléfono. El teléfono sonó otra vez, pero lo dejó sonar. Si era Zane, no quería hablar con él. Y si no era Zane, la llamada podía esperar, así que lo ignoró y se metió bajo la ducha durante un largo rato, dejando que el agua se llevara las lágrimas y deseando que pudiera llevarse también las amargas huellas de su corazón.

Minutos más tarde, oyó unos golpes en la puerta.

No tuvo que abrir para saber quién era.

Zane.

Quizá, si no hacía ruido, él se cansaría y se iría.

0 ella podía avisar a seguridad del hotel y ordenar que lo echaran.

Cerró el grifo y buscó una toalla.

—Ruby —le oyó gritar—. Abre la puerta.

Ruby se tapó los oídos con las manos, pensando en abrir todos los grifos del cuarto de baño. Sería mejor que oír su voz.

—¡Ruby!

—Vete. No quiero hablar contigo.

—Tienes que venir. Es Kyoto. Está inconsciente.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Ruby, abrochándose el cinturón, con sumo cuidado de no mirarlo.

Tenía un aspecto horrible, con los ojos rojos e hinchados, la melena todavía húmeda de la ducha, y aun con todo era lo más hermoso que había visto en todo el día. Zane pasó un brazo por el respaldo de su asiento.

—Ruby, tenemos que hablar.

—No. Sólo de Kyoto.

—Pero…

—Creía que has dicho que tenemos que ir al hospital —le espetó ella, volviéndose a mirarlo al ver que no hacía amago de poner el coche en marcha.

Zane vio todo el dolor reflejado en los ojos azules, todoo el daño que le había causado, y el corazón se le encogió, pero arrancó el motor y pisó el acelerador. Sabía que no sería fácil recuperarla después de lo que había ocurrido.

—Estaba inconsciente en la cocina.

—¿Un infarto?

—Los médicos lo están evaluando. Puede ser un infarto, u otra cosa. Es mayor. Pero su estado es grave, y pensé que debías saberlo —la miró—. Llevo horas llamándote. ¿Dónde estabas?

—He ido a dar un paseo.

—Lo siento —dijo él, sinceramente apesadumbrado. —No quiero hablar de eso —respondió ella, volviendo la cara hacia la ventanilla.

Era demasiado pronto. Demasiado pronto para volver al hospital. Demasiado pronto para sujetar la mano de otro hombre agonizando. En las últimas semanas apenas lo había visto, pero tenía que haber pensado en él. Debía haber hecho algo por él. Alguien le puso una mano en el hombro.

—Ahora tiene que irse.

Ruby se dejó llevar hasta el pasillo. Allí Zane la esperaba, y al

verlo sintió de nuevo un agudo dolor que le atravesó el corazón.

Respiró hondo. Ahora no quería pensar en él. Tenía que concentrarse en Kyoto.

—¿Se recuperará? —susurró.

La expresión de Zane era lúgubre, y no ofrecía el atisbo de esperanza que ella deseaba.

—No lo saben, pero es muy mayor. Quizá ya no puedan hacer nada.

A Ruby las lágrimas le llenaron los ojos y le nublaron la visión.

—Primero, Laurence; y a lo mejor ahora también Kyoto —dijo con un sollozo. Se mordió el labio y miró al suelo—. Gracias por traerme.

—Vamos —dijo él sin tocarla—. Te llevaré a casa.

—¡No! —exclamó ella cuando el coche se detuvo delante de la mansión de los Bastiani—. Has dicho que me llevabas a casa. A mi casa.

—Tenemos que hablar.

—Y yo te he dicho que no quiero hablar. ¿Cómo has podido traerme aquí? No pienso entrar, sabiendo que está ella.

—Anneleise ya se ha ido.

—¿Y eso lo arregla todo? ¿Mandas a tu amante europea de vuelta a Londres para que tu amante de Broome pueda instalarse otra vez en tu casa? —preguntó ella con irritación—. No quiero entrar, y no quiero hablar.

—No es lo que parece.

—Pues desde luego no parece ser sólo una vieja amiga, como me dijiste.

—Lo sé —Zape respiró hondo—. Lo siento, debía habértelo dicho. Tuvimos una breve relación, muy breve. Pero terminó hace meses. Ni siquiera parecía importante.

—¿Un hijo no es importante?

—¿No creerás que es mío?

—¿Por qué no? Sé que estuviste con ella en Londres. Qué mala suerte que adelantara un día mi regreso. Según ella, tú mismo le dijiste que teníais hasta mañana. No creo que le haya hecho mucha gracia que la echaras antes de tiempo.

—¿Crees que la hubiera tratado así si fuera mi hijo? ¿Qué clase de monstruo crees que soy?

—Un monstruo capaz de hacer cualquier cosa para recuperar lo que cree que le he arrebatado —le acusó ella.

Zane suspiró.

—Ruby, puedo explicarlo todo, pero no aquí. Entra conmigo, por favor. Los dos necesitamos un café, o quizá algo más fuerte. Y si llaman del hospital…

—Tienes el móvil.

—Está casi sin batería. Si llaman del hospital, no lo sabremos.

Dentro de la casa, Ruby esperó en uno de los sofás del salón. Zane preparó café y le dio una taza. Sus manos se rozaron, y ella se estremeció.

—¿Tienes frío?

—Sí —mintió ella, que no quería que supiera lo mucho que seguía afectándola a pesar de su traición—. El café me sentará bien. Has dicho que ibas a explicarlo todo. Empieza.

Zane la miró, suspiró y se sentó frente a ella, dejando la copa de coñac en la mesa.

—Conocí a Anneleise en una cena. Parecía inteligente y me gustó. Salimos unas cuantas veces, sí, y al principio estuvo bien, hasta que me di cuenta de que bajo la superficie no había nada, de que era una mujer frágil y manipuladora. Cuando rompí con ella, se negó a aceptarlo.

—Pero la viste en Londres.

—Yo no la busqué, fue ella quien me pidió ayuda. Acababa de saber que estaba embarazada de su último amante.

—¿Por qué no acudió a él?

—Lo hizo, pero no quiso ayudarla. Cuando se enteró de que yo estaba en Londres, estaba desesperada, probablemente al borde del suicidio, así que le busque un psiquiatra y una clínica mental donde pudiera tranquilizarse y reflexionar. Entonces no me di cuenta de que con mi actitud ella creyó que seguía queriendo algo más. Y después me llamaba continuamente. De repente, ayer, se presentó en mi casa. Te aseguro que yo no quería que viniera.

Ruby parpadeó y lo miró a los ojos.

—Es un parásito, Ruby —continuó él—. Siento que la hayas conocido, y siento mucho más que hayas tenido que pasar por lo

que has pasado. ¿Puedes perdonarme?

Zane parecía más hundido que nunca, las líneas de la cara más profundas y marcadas que nunca, y Ruby deseó poder alisarlas y reconfortarlo.

Pero era demasiado tarde.

—No importa —dijo—. No es sólo Anneleise, ¿verdad? Podría ser cualquiera. Y eso es más importante que el hecho de tener una amante o no. No puedo confiar en ti. Lo que ha dicho de ti…

—¡Ha mentido! —exclamó él, poniéndose en pie.

—Quizá, pero ha dicho en voz alta lo mismo que me preocupa a mí. Para ti lo importante son las acciones. Harías cualquier cosa por conseguirlas.

—¡No es verdad!

Ruby se puso de pie y se apartó de él, cruzando los brazos para protegerse.

—Se lo dijiste cuando estuviste en Londres. Le dijiste que pensabas volver a Londres en cuanto arreglaras el problema de las acciones. ¿Por qué ibas a contar algo tan privado a una persona de la que no quieres saber nada?

—No fue así.

—Yo era el problema con las acciones, ¿verdad? Yo y mi cuarenta y cinco por ciento. Por eso al final encontraste la solución: casarte conmigo para tener las acciones sin que eso te impida tener otras amantes. Si no Anneleise, otra.

—¡No! Anneleise sólo quería hacerte daño. No dejes que su veneno te afecte. Lo dijo porque está celosa de ti.

—¿Por qué iba a estarlo? Ni siquiera me conoce.

—Te conoce porque en Londres le hablé de ti. Pasé horas con ella en la clínica y le hablé de Broome, y de tus diseños, y de los maravillosos que son. Ella te vio como una amenaza. Pero no era la única razón por la que quería hacerte daño.

—¿Entonces por qué?

Zane se acercó a ella con las palmas hacia arriba y los ojos suplicantes.

—Porque se dio cuenta de algo que yo he sido demasiado tonto para ver. Y es que quiero pasar el resto de mi vida contigo, si me aceptas. Y por eso quiero casarme contigo —le sujetó las dos manos y las apretó—. Porque te quiero.

Capítulo 14

ZANE observó la maraña de emociones que cruzó por los ojos azules como las nubes de tormenta que cruzaban el índico en la estación de las lluvias. Y esperó, diciéndose que quizá por fin había hecho algo bien.

—Oh, no —dijo ella por fin, soltándose de él.

Zane parpadeó. No podía haber oído bien.

—¿No? ¿Por qué no?

—¡Nunca! —exclamó ella, sacudiendo la cabeza—. Primero no pudiste comprarme las acciones y después no pudiste convencerme para que me casara contigo, así que has decidido sacar la artillería pesada y decirme que me quieres. Lo siento, Zane, pero no lo conseguirás. Estoy harta de mentiras, estoy harta de engaños y traiciones, estoy harta de no poder confiar en ti.

—No estoy mintiendo. ¿No te das cuenta?

—Me doy cuenta de que estás tan ansioso por casarte conmigo, que eres capaz de intentarlo como sea. Y la única razón que se me ocurre es hacerte con el control de mis acciones, que sin duda consideras tuyas por derecho —dijo ella, furiosa—. Así te vengabas de tu padre por partida doble, las acciones y yo.

—Quiero casarme contigo porque quiero estar contigo —insistió él—. Quiero pasar el resto de mi vida contigo, así que deja a mi padre fuera de esto. No tiene nada que ver.

—Tu padre es la única razón por la que estoy aquí. Sin él, me habría ido hace tiempo. Porque tu padre era un buen hombre, y un hombre íntegro. Pero tú no te das cuenta. No lo entiendes porque tú no eres así. Y tengo que decirte algo más, tú no eres ni la mitad de hombre que era él.

La sangre rugió en las venas masculinas con tanta fuerza, que lo

único que pudo aplacar su dolor en ese momento fue la cólera que se apoderó de él.

Zane no se consideraba una persona perfecta, pero que lo comparara así con su padre… ¡Ya era hora de que Ruby conociera mejor a Laurence Bastiani!

—¿Crees que mi padre era perfecto?

—Laurence siempre fue una persona íntegra, y yo siempre pude confiar en él. Siempre.

—Entonces echa un vistazo a esto.

De la repisa de la chimenea que había detrás de él, Zane bajó el cofre, la caja que su padre le había legado, y giró la llave.

—¿Que es? —preguntó ella con suspicacia.

—Mira —dijo él—. Laurence encargó a Kyoto que me lo diera a mi vuelta. Te conté lo que hizo cuando murió mi madre. Te conté que puso a su amante a la misma altura que mi madre. Pero no me creíste —abrió la tapa, buscó la carta que quería—. Me enteré de esto cuando era sólo un niño, que mi padre compró una casa para la mejor amiga de mi madre, muy cerca de aquí, y que dispuso que se le entregara una cantidad de dinero mensual de por vida. Yo no lo entendí hasta que murió, y entonces lo deduje.

—Zane, no creo…

—¡Léela! —insistió él—. ¡Lee esa carta! Léelas todas si no es suficiente. Seguro que son cartas de amor que apoyan lo que te estoy diciendo. Ya verás lo maravilloso que era en realidad tu mentor.

Ruby leyó la carta, que era exactamente lo que él había dicho: en pago a «servicios personales» había una propiedad y una generosa cantidad mensual de por vida.

Ruby no podía creerlo, pero Zane tenía razón. En sus manos estaba la prueba.

—Zane —susurró, profundamente dolida.

—Léelas todas —dijo él—. Así conocerás toda la verdad.

Ruby abrió otra carta y, después de echar un vistazo por encima, miró a Zane.

—Ésta no es una carta de amor —dijo después de ver los nombres—. Es de tu madre a Bonnie.

—Déjame ver —dijo Zane, sentándose junto a ella en el sofá.

Miró el sobre y la carta, y frunció el ceño. El sobre llevaba sellos

italianos, y el matasellos mostraba una fecha que se remontaba casi un año después de su nacimiento. Frunciendo el ceño después de leerla, la dobló y abrió otra, esta vez de su madre a Bonnie, con matasellos de Nueva York y fecha de una semana después. Una vez más ojeó el contenido por encima, y una vez más la dejó, cada vez más confundido e irritado. Después de media docena de cartas, cada una desde un lugar diferente del planeta, Zane dejó de leer.

Todas las cartas seguían la misma pauta, una breve introducción sobre dónde estaban, sus impresiones y después una descripción detallada de lo que hacía el pequeño Zane. «Zane ha dicho esto», «Zane ha hecho lo otro», «Hoy Zane ha dado sus primeros pasos, me gustaría que lo hubieras visto».

—Todas las cartas son sobre ti —dijo ella en un susurro—. ¿Has visto cómo están firmadas?

Zane asintió, sintiendo la garganta seca, a la vez que su mundo parecía derrumbarse a su alrededor.

—Maree las firma todas «de tu queridísima amiga para siempre» y… —Zane no pudo continuar, no pudo terminar lo que estaba a punto de decir.

Por eso Ruby terminó por él.

—«Y muchas gracias por tu maravilloso regalo» —Ruby lo miró, con un dolor en los ojos que no era nada en comparación con lo debía de estar sintiendo él—. Creo que tú eras ese maravilloso regalo, Zane. Maree le da las gracias a Bonnie en todas las cartas, porque Bonnie era tu madre biológica.

—¡No! ¡Bonnie era la amante de mi padre; ella mató a mi madre! —estalló el, a pesar de que estaba pensando lo mismo.

—Zane… —Ruby le puso una mano en el brazo—. ¿Por qué si no iban a repetir lo mismo todas las cartas?

—Es imposible, tengo la partida de nacimiento y mi madre es Maree. Es imposible que Bonnie me diera a luz.

—A lo mejor les ayudó alguien en el hospital —sugirió Ruby.

—No nací aquí. Mis padres estaban de vacaciones en Italia. Yo nací antes de lo esperado.

—Quizá, si Bonnie estaba con ellos…

—¡No! —exclamó él, golpeando la mesa—. Si en mi partida de nacimiento pone el nombre de Maree, no tengo que pensar nada más.

Ruby sacó el resto de las cartas del cofre y se las entregó.

—Quizá deberías leerlas todas.

—¡No quiero leer más! —exclamó él, tirando las cartas de un manotazo al suelo.

Ruby se agachó y recogió de nuevo las cartas diseminadas por el suelo. Entre ellas, había unas páginas azules cuya letra reconoció. Era de Laurence.

—Zane —dijo, enseñándole las hojas con el corazón latiéndole fuertemente en el pecho—. Creo que deberías leer ésta. Está dirigida a ti, y es de tu padre.

Zane se volvió despacio y miró tanto a la carta como a ella con suspicacia.

Pero ella lo miraba con una expresión entre desafiante y cargada de ternura, como si entendiera perfectamente en qué situación se hallaba.

«La mujer que amo», pensó él, sabiendo que tampoco había sabido hacerlo con ella.

Y nada de lo que su padre pudiera decirle podía ser más devastador que saber que había perdido a Ruby.

Le tomó las páginas de la mano y empezó a leer.

> *Querido Zane, hijo mío:*
>
> *Ésta es una carta muy difícil para un padre, pero después de tantos años separados sé que tengo que escribirla, para que la leas junto con las cartas de Maree a Bonnie y lo entiendas todo una vez que yo me haya ido. Y quizá algún día puedas perdonarme.*
>
> *La verdad es que debí contártelo hace muchos, muchos años, pero he esperado demasiado. Era más fácil dejar las cosas como estaban, porque así todo el mundo estaba contento. Todos sabíamos que algún día tendrías que conocer la verdad, pero lo íbamos posponiendo continuamente.*
>
> *Pero entonces Maree y Bonnie fallecieron repentinamente juntas y de repente el momento de decírtelo pasó.*

Zane sentía unas tenazas de hierro oprimiéndole las entrañas, apretándole por dentro y dejándolo sin aire en los pulmones. Se dejó caer en el sofá y continúo leyendo.

Aunque fue tu madre, Maree, quien te crió como su propio hijo, fue Bonnie quien te llevó en tu seno y te trajo al mundo. Maree quería desesperadamente tener hijos, y yo también, sólo un hijo. Pero Maree sufrió cinco abortos, y el último le causó terribles complicaciones, tras lo que ya no pudo volver a quedarse embarazada. Ella estaba desolada, y yo no sabía cómo ayudarla.

La idea se le ocurrió a Bonnie, que vio el devastador efecto que estaba teniendo en Maree. Quería hacer algo para ayudarla, y lo único que pudo fue ofrecerle el hijo que no podía tener.

Yo estaba totalmente en contra. No quería que nada se interpusiera entre Maree y yo, pero a Maree le pareció una maravillosa idea y desde el principio la aceptó como la mejor solución.

Así, las dos mujeres calcularon el mejor momento, y me acosté con Bonnie. Fue lo más duro que tuve que hacer en mi vida. Hasta su muerte, también fue la única vez que lloré. Pero gracias a Dios, funcionó, y Bonnie se quedó embarazada tras aquel primer intento. Maree estaba encantada. Era un milagro, decía, sintiéndose de nuevo esperanzaba después de tantos años.

—Tenías razón —dijo, levantando la cabeza—. Bonnie era mi madre. Mi padre se acostó con ella, pero sólo una vez. No era su amante. Y todos estos años…

Todos aquellos años había culpado a su padre, y a Bonnie, la cariñosa y atenta Bonnie siempre dispuesta a darle un abrazo, a ayudarlo con los deberes, a estar a su lado. Pero él nunca tuvo la oportunidad de decirle lo mucho que la quería. Ni siquiera se quedó para su funeral.

¡Y era su madre!

Poco antes de nacer tú, las dos se fueron a vivir a mi pueblo natal. Allí la comadrona, que era prima mía, te trajo al mundo, y no fue difícil registrar a Maree como tu madre.

Cuando volvimos, le compré una casa cerca de la nuestra, y así tú creciste rodeado del amor de las dos mujeres, que ahora estaban más unidas que nunca. Y me dije que algún día te

contaría la verdad, y lo sabrías. Pero Maree era tan feliz siendo tu madre, que no podía hacerle eso. Al menos hasta que estuviera preparada. Estaba orgullosa de llamarse tu madre, orgullosa de que fueras su hijo.

Y además, tú querías tanto a Bonnie que, aunque hubiera sido tu madre, no podrías amarla más. Pero lo era, y cuando murieron juntas aquel día, supe que había esperado demasiado para decírtelo. No sólo me odiarías por ocultártelo y por el engaño, sino por no darte la oportunidad de conocer a Bonnie como tu madre biológica y poder reconocer la verdad.

Y me odiaste. Yo me puse furioso, muy furioso, como sin duda recuerdas, pero al final ni siquiera importaba que estuvieras enfadado conmigo por un motivo falso. Yo merecía tu ira. Y tú te fuiste de Broome para siempre, una decisión que yo acepté como mi castigo. Creo que te perdí el mismo día que perdí el amor de mi vida y a la madre de mi hijo. Pero siempre, siempre he estado muy orgulloso de ti.

Zane terminó de leer el resto y por fin dejó la carta, se recostó en la silla y se frotó el ceño.

—¿Zane?

Zane abrió los ojos y la vio allí, inclinándose sobre él, hermosa y pendiente de él, como un ángel.

—Te he preparado algo caliente. Pensé que te sentaría bien.

Ni siquiera se había dado cuenta de que había salido del salón, pero allí estaba otra vez, cuidándolo. Casi le dijo que la amaba, pero las palabras no llegaron a pasar de sus labios. No podía. No podía arriesgar a enfadarla de nuevo.

—Gracias —dijo, bebiendo un trago del carajillo de coñac que le había preparado.

Tras recobrar nuevas fuerzas, Zane continuó leyendo las cartas, que fue pasando a Ruby, compartiendo con ella lo que su padre le había dejado. Debajo de todas las cartas, había una postal. Zane la sacó y miró la foto. Era de Disneyland en Los Ángeles. Recordó aquellas vacaciones cuando él tenía ocho años. Y la tarjeta estaba escrita por él.

Querida tía Bonnie:

Disneyland es genial, pero te echo mucho de menos. Te quiero mucho, mucho, mucho. Zane

¡Gracias a Dios que le había dicho que la quería al menos una vez! Aquélla era la prueba de que Bonnie sabía que la quería, porque se lo había dicho.

Dejó la tarjeta y vio a Ruby tumbada en el sofá, con la cabeza en un cojín, dormida por fin, probablemente agotada tras casi veinticuatro horas de viaje y todo lo sucedido a su llegada. Para no despertarla, en lugar de llevarla a la cama, la cubrió con una manta y la dejó dormir en el sofá.

—Buenas noches, Ruby.

El timbre del teléfono la despertó e inmediatamente Ruby recordó que Kyoto estaba en el hospital. Abrió los ojos y allí estaba Zane, hablando por teléfono.

Ruby se levantó del sofá donde había pasado la noche y, todavía un poco tambaleante, se acercó a él.

—Era del hospital —dijo Zane después de colgar—. Kyoto está mucho mejor y fuera de peligro. Todavía no saben exactamente qué sucedió y tienen que hacer más pruebas, pero ahora están seguros de que se recuperara.

—¡Gracias a Dios! —exclamó ella, abrazándose a él con alivio, rodeándole el cuerpo con los brazos—. Oh, Zane, es una noticia maravillosa.

Él la abrazo también, apretándola suavemente y acariciándola. Ruby sintió los labios masculinos en el pelo, y después que él apoyaba la cabeza en la suya y respiraba profundamente, como aliviado.

—Perdóname —dijo ella, apoyando la cabeza en el pecho masculino, sin mirarlo, porque así era más fácil admitir su error.

—¿Por qué me pides perdón?

—Por compararte con tu padre. Por no creer que él también pudo engañarte.

—Pero yo era el que estaba muy equivocado —reconoció él.

—Sí, pero tu padre permitió que continuaras en el error, y eso fue lo que marcó tus acciones y tus sentimientos. Y yo tampoco supe confiar en ti.

—¿Y ahora?

Ruby aspiró hondo, saboreando su olor.

—Tenía que haberlo hecho, no puedo creer que Laurence te hiciera lo que te hizo.

—Yo sí —dijo él—. Lo hizo por mi madre. Pero soy yo quien debe pedirte perdón, por haberte hecho pasar por un infierno al creer que mi padre y tú…

—Yo también tengo la culpa —reconoció ella—. No lo desmentí porque servía a mis intereses. Porque mientras tú me odiaras, yo estaba a salvo de la fuerte atracción que sentía hacia ti. Era mi escudo protector, hasta la noche del lanzamiento, cuando pensaba que me iba y sólo quería una noche contigo antes de salir definitivamente de tu vida.

Zane la abrazó con más fuerza, levantándola del suelo y besándola en el pelo y en la cara. Por fin la soltó.

—Todavía nos quedan algunos asuntos pendientes, pero ahora tenemos que ir al hospital a ver a Kyoto.

Zane llevaba en los brazos las flores que había comprado para complementar las ramas de buganvillas en flor que cortó del jardín de su casa. No había vuelto al cementerio donde estaba el panteón familiar desde el funeral de su padre, y entonces ni siquiera miró en aquella dirección. Nunca había visto la lápida, ni leído la inscripción. Pero ese día lo hizo.

Se arrodilló junto a la tumba de la mujer que le trajo al mundo, tocó la lápida y pasó las manos por la superficie lisa, dibujando con los dedos las letras de su nombre grabadas en el mármol, y le pidió perdón.

Dejó las flores sobre la tumba y después hizo lo mismo con la tumba contigua, la de la mujer que siempre creyó su verdadera madre, y que en su corazón lo era.

Ruby lo observaba bajo la sombra de un árbol y lo vio acercarse a la tercera tumba, que era la de su padre. No sabía que ése era el asunto que Zane tenía en mente después de visitar a Kyoto en el hospital y asegurarse de que estaba mejor.

Entonces entendió las palabras de Laurence en su lecho de muerte.

«Cuida de Zane», le había dicho. Porque era consciente del

impacto que supondría para su hijo conocer la verdad. Y Laurence quería que fuera ella quien estuviera a su lado.

Zane se acercó por fin a ella y la tomó de la mano. Ella abrió la boca para decir algo, pero él la interrumpió.

—No, no digas nada —dijo—. Aún no.

Volvieron a casa, y esta vez ella no protestó, porque entendió qué estaban haciendo allí.

Sin palabras, se comunicaron a través de sus cuerpos y sus miradas. Zane la tomó de la mano y la llevó a su dormitorio. Entonces le tomó la cara entre sus manos, acariciándole el cuello con los dedos, y la besó. Sentida y profundamente, con un beso que valía más que mil palabras.

Después, lentamente, se desnudaron el uno al otro e hicieron el amor.

—Te quiero —susurró ella después, abrazada a él.

Zane se incorporó y la miró.

—¿De verdad?

—Oh, sí, con todo mi corazón.

Zane parpadeó.

—¿Desde cuándo?

—Me di cuenta a la mañana siguiente de hacer el amor en Sidney. El nuevo día me dijo que te amaba. Pero no podía decírtelo, porque entonces pensaba que para nosotros no había esperanza. Pero al final decidí arriesgarme, y cuando volví de Europa venía con la intención de decirte que aceptaba tu proposición de matrimonio. Pensé que podría conseguir que te enamoraras de mí.

Zane bajó la cabeza.

—Lo siento muchísimo. Me imagino lo mal que te sentiste cuándo llegaste y te encontraste con…

—Shh, no hablemos de eso —le interrumpió ella—. Te quiero y quiero casarme contigo.

Zane ladeó la cabeza y la miró con curiosidad.

—Sigues queriendo casarse conmigo, ¿no? —preguntó ella con un mohín.

—Claro que sí, pero no quería meterte prisas.

—Pues yo sí. No quiero que nuestros hijos nazcan fuera del

matrimonio.

—¿Hijos?

—Oh, sí, un montón de hijos. Para formar una gran dinastía Bastiani —rió ella.

Epílogo

LA NAVIDAD resultó una fiesta muy emotiva. Toda la familia se reunió en uno de los elegantes salones del Hotel Clemenger después de la ceremonia que había unido en matrimonio a Ruby y Zane.

Sapphy había diseñado el vestido de novia para Ruby, un diseño azul plateado que acentuaba el color de sus ojos y resaltaba su espectacular belleza morena.

Hacía mucho que las tres hermanas no estaban juntas, y ahora ya no eran únicamente ellas tres. Opal estaba con Domenic y sus dos hijos, Ellie y Guglielmo; Sapphy y Khaled habían llegado en su avión privado con sus gemelos, Amid y Kahlil; y su madre, Pearl, estaba allí disfrutando de la alegría de ser abuela de cuatro maravillosos niños.

Después del intercambio de regalos, Zane tomó a su mujer de la mano, la apartó un poco y la sentó de medio lado sobre su regazo, para abrazarla y sentir su cuerpo bajo las manos. De repente deseó estar en algún lugar más privado. Últimamente Ruby estaba más hermosa que nunca.

Ruby se acurrucó entre sus brazos un momento antes de sacar un pequeño paquete con una cinta dorada.

—Tengo un regalo para ti —le dijo.

Zane la miró, sorprendido, y se maldijo para sus adentros. A pesar de que se habían intercambiado regalos antes de salir de Broome, un Mercedes plateado para ella y un yate de quince metros de eslora bautizado con el nombre de Bonnie Maree para él, no pensó que ella tendría algo más para después de la ceremonia.

—Pero yo no tengo nada para ti.

—Sí, lo tienes —susurró ella—. Ya me lo has dado.

Le alzó la mano y se la colocó sobre el abdomen. —Aquí está tu

regalo. El regalo más maravilloso. El regalo de tu amor.

—Un hijo —susurró él casi sin poder creerlo.

—Tu hijo.

—Nuestro hijo —dijo él, abrazándola—. Te quiero. Te quiero muchísimo.

—Lo sé —respondió ella, confiando plenamente en él—. Yo también te quiero.

Entonces la besó, un beso que no pasó desapercibido para algunos de los demás invitados.

—Eh, vosotros, ¿qué hacéis ahí? —preguntó su hermana Sapphy, interrumpiéndolos.

Ruby se echó a reír y se separó de su nuevo marido.

—¿Se lo decimos? —preguntó él.

—No más secretos, ni ahora ni nunca —dijo ella. Zane la miró con respeto y admiración, sintiendo que la amaba todavía más. Y entonces la besó una vez más para asegurarse de que ya lo sabía, antes de ir a dar la buena nueva al resto de la familia.